



SERMONES

DEL

ILUSTRISIMO SEÑOR

DON JOSEPH CLIMENT

OBISPO DE BARCELONA.

TOMO II.

Se dan á luz, como las pláticas dominicales, de cuenta
y á beneficio del Colegio ó Casa de Huérfanos
de Castellon de la Plana, fundado
por S. S. I.

CON PRIVILEGIO.

BARCELONA: EN LA OFICINA DE BERNARDO PLA.
MDCCCL.

SERMONES

DE

ILUSTRISIMO SEÑOR

DON JOSEPH CALABRIT

OBISPO DE BARCELONA.

TOMO II.

Se ha impreso en la imprenta de don Juan de la Cruz, en la calle de San Mateo, número 10, en esta ciudad de Barcelona, el día 15 de Mayo de 1841.

1841.

CON LICENCIA

DE SU ALTEZA REAL EL PRINCEPE DE BARCELONA

1841.

INDICE DE LOS SERMONES QUE CONTIENE
este Tomo II.

- Sermon XXIV. *DE LA SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESU-CHRISTO*: Gran fineza y beneficio que nos hizo el Señor en derramar su sangre por nosotros.
- XXV. *DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN*: Gran dicha y gloria que se le sigue á María Señora Nuestra por ser madre del Carmelo: inmensa felicidad que logra el Carmelo y su religion por tener tal Madre.
- XXVI. *DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO*: Es alimento, y medicina de nuestras almas.
- XXVII. *DE SAN IGNACIO DE LOYOLA*: Su humildad y su penitencia.
- XXVIII. *DE LA ASUNCION DE MARÍA SANTÍSIMA*: María Sra. Ntra. mereció la inmensa gloria de que goza.
- XXIX. *Del mismo*: Obras de misericordia, exercicios de perfectísima vida activa, con que María Señora nuestra se mereció la mayor gloria.
- XXX. *Del mismo*: Con los exercicios de la vida contemplativa María Señora nuestra mereció mejor que con los de la activa la gloria de que goza.
- XXXI. *DE SAN ROQUE*: Su paciencia heróica, y su caridad y misericordia insigne.
- XXXII. *DE SAN BERNARDO ABAD*: Excesivo fervor de su espíritu en seguir á Christo: su grande autoridad en el mundo.
- XXXIII. *DE SAN AGUSTIN*: Conoció la verdad y la enseñó: enseñó la virtud y la practicó.
- XXXIV. *DE SAN FRANCISCO DE ASIS*: Virtudes que le hicieron pequenuelo á los ojos del mundo y digno de que el Señor le comunicara la ciencia de los Santos.
- XXXV. *DE SANTA TERESA DE JESUS*: Aprendió la ciencia de los Santos, y la enseñó á otros.
- XXXVI. *DE SAN PEDRO PASQUAL*: Se negó á sí mismo: llevó su cruz: y sirvió á Jesu-Christo.
- XXXVII. *DE LA TRASLACION DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO Á LA CAPILLA NUEVA DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE*
SAN

- SAN ANDRES:** Despues de colocado sobre su ara estará el Señor en ella física y realmente como en un trono de magestad y de gloria, y como en un tribunal de piedad y misericordia.
- XXXVIII. DE LA CONCEPCION DE NUESTRA SEÑORA:** Fué feliz en su Concepcion: y de aí proviene nuestra verdadera felicidad.
- XXXIX. DE SAN NICOLAS DE BARI:** Tanto acreditó su esfuerzo en defender á su Señor perseguido; como su zelo despues en aumentar la gloria de su nombre.
- XL. DE SAN ESTÉVAN:** Es enviado del Señor á los Fariseos: pierde la vida en el empeño, y corona con la muerte la embaxada.
- XLI. DE SAN JUAN EVANGELISTA:** Amor que Jesus tuvo á San Juan: amor que San Juan tuvo á Jesus.
- XLII. DE LOS SANTOS INOCENTES:** Fué igual la misericordia de Dios á la crueldad de Heródes: en recompensa de la vida mortal que les quitó un Tirano, les dió el Señor una inmortal corona.
- XLIII. DE GRACIAS EN EL DIA CENTENAR DE LA FUNDACION DE LA CONGREGACION DEL ORATORIO DE VALENCIA:** El Señor ha sido engrandecido en ella; reyna espiritualmente, y se muestra inclinado á mantenerla.
- XLIV. DE LA NEGACION Y LÁGRIMAS DE SAN PEDRO:** Pedro muy fiado de sí negó á Jesu-Christo: desconfiado de sí y asistido de Dios lloró amargamente su pecado.
- XLV. DE ROGATIVAS Y DESAGRAVIOS:** Gravedad de la injuria que ha hecho al Señor el sacrílego ladron del Sacramento de su cuerpo y sangre: obligacion que tenemos de sentirla y de satisfacerla.
- XLVI. DE LAZARO:** Infelicidad y miseria que contrae el que pecando se acostumbra á pecar: inefable misericordia que Dios usa con él restituyéndole á la vida de la gracia.
- XLVII. DE LA FERIA SEKTA DESPUES DE CENIZA:** De la mansedumbre y clemencia.
- XLVIII. DE LA MISMA FERIA:** Del amor de los enemigos.

SERMON XXIV.

DE LA SANGRE

DE NUESTRO SEÑOR JESUCHRISTO. (*)

*Unus militum lancea latus eius aperuit, & continuo exi-
vit sanguis & aqua. Ioan. c. XIX. v. 34.*

La oda la historia evangélica, que escribió el evangelista san Juan, es un hermoso tejido de prodigios y maravillas. En ella como en un teatro se nos representa la Magestad de Christo ostentando su omnipotencia. Ya al imperio de su voz recobran en un instante la salud todos los enfermos de Jerusalem: ya con el contacto de sus manos restituye la vista á los ciegos: ya resuscita difuntos hediondos: ya con autoridad soberana lanza ó arroja los demonios de los cuerpos que los poseian: ya aplaca la furia de los vientos, y sosiega las borrascas del mar: ya se pasea sobre las aguas, y hace que sus discípulos caminen sobre ellas. ¡Representacion por cierto alegre y admirable! Para hacer creibles y verosímiles los prodigios que nos propone, no se detuvo el evangelista en aseverarlos, ó en señalar testigos. Porque habiendo prevenido en el principio de su evangelio, que Jesu-Christo era el hijo de Dios, el Divino Verbo encarnado, pensó que nadie podia dexar de creerlos. La misma divinidad era eficaz argumento pa-
Tom. II. A ra

(*) Predicado en Valencia en la Capilla del huerto de Es-
sendra al Gremio de los Sogueros, en el día 8. de Julio de
1739.

ra persuadir aquellos portentos: porque no es maravilla que el Omnipotente obre maravillas.

2 Pero quando llega á referir en las cláusulas del evangelio que habeis oido la pasion y muerte del Dios hombre, se suspende, interrumpe la narracion para ratificar su dicho, asegurando que fué testigo de vista: *Et qui vidit testimonium perhibuit, & verum est testimonium eius* ¹. Porque aquí la Divinidad podía ser motivo razonable para no creerlo. ¿Dios, á cuyo impulso se mueven los cielos y todas las criaturas, inmóvil, clavado á una cruz? ¿Aquel que produjo las fuentes, y da curso á las aguas, sediento? *Sitio?* ¿El inmortal Señor de la vida, muerto? *Tradidit spiritum?* Si: san Juan lo atestigua, y es infalible su testimonio: *Et verum est testimonium eius*. Despues de indecibles tormentos murió, señores, Jesu-Christo, del mismo modo que mueren los demas hombres. Su santísima alma se separó del cuerpo. Faltó la union física con que estaban unidos el cuerpo y el alma; pero no la union hipostática de entrámbos con la naturaleza Divina. Quedó el cuerpo sin vida y sin alma, unido con la Divinidad, mientras unida con la misma baxó el alma al limbo. Disolvióse el sagrado vínculo entre el cuerpo y alma, y el que ántes era Dios y hombre, quedó pendiente de una cruz Dios y cadáver. ¡Triste espectáculo! Suspende, admira y enternece considerar frio é inmóvil aquel corazon, que fué la fragua del fuego de amor, y el primer móvil de la piedad. Sin aliento aquel pecho centro de la fortaleza y depósito del poder. Sin movimiento aquella lengua, cuya voz era el asombro del abismo, y la alegría del cielo. Hundidos, cerrados aquellos ojos, que como las dos lumbreras mayores del firmamento alumbraban el universo. Feo y aun espantoso aquel rostro, que era la delicia del Padre, y el embeleso de los ángeles. Descoyuntado y lleno de llagas, horror y sangre aquel hermoso cuerpo, que formó el Espíritu
San-

¹ Ioan. c. XIX. v. 35.

Santo en las entrañas de María Señora nuestra: conmuévase la tierra hasta su centro, ábranse los sepulcros, pártanse de por medio las piedras: obscurézcanse sol, luna y estrellas; y los judíos autores de esta tragedia mueran del dolor de haberlo sido. ¡Mas ay! que son mas insensibles que lo insensible. No se ablandan sus duros obstinados corazones. Extienden su atrocidad mas allá de los términos de la vida del Señor. Buscan un bárbaro soldado, que ciego á la piedad, con un bote de lanza abra el costado de nuestro Redentor: *Unus militum lancea latus eius aperuit.* ¡Santos cielos! Continúe el eclipse de vuestros astros. ¡Tierra! Auméntese el terremoto; porque ingeniosa la impiedad añade un nuevo inaudito dolor á los inmensos dolores del Criador: *Super dolorem vulnerum meorum addiderunt* ¹.

3 No pudo el Señor, es verdad, sentir la herida que abrió en su costado la lanza, porque la muerte le privó del sentimiento. Pero previendo ántes el golpe, anticipó el dolor, clamando por la boca del Real Profeta, que este habia de ser el mayor y el último de sus dolores: *super dolorem vulnerum meorum addiderunt.* Contempló en aquella herida los excesos de la saña é inhumanidad de los judíos, que como bestias carnice-ras habian de cebarse en su cuerpo ya difunto. Consideró que aquella cruel lanza que habia de herir su costado, era la espada, que en cumplimiento del vaticinio de Simeon, traspasaría el alma de su madre: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius.* Así lo entiende ² san Anselmo; así nos lo enseña san Bernardo. Y como el corazon de Maria era la parte mas sensible y mas delicada de Jesus, el dolor de aquella herida sobrepujó á todos los dolores. Antes se partian las penas entre la madre y el hijo; ya quando no puede el hijo sentir las, todas cargan y oprimen á la madre.

¹ Psal. LXXVII. ² S. Ans. y S. Bern. de Pass. Dom.

4 Apartad, señores, la vista de Jesu-Christo muerto en la cruz, para fixarla al pié de ella en María Señora nuestra. Allí cuenta una por una las llagas de su amado hijo, para trasladar á su corazon la pena de todas. Allí gime, suspira y llora amargamente. Allí se extremece al ver la furia con que aquel soldado vibra la lanza contra el costado de Jesus, y quedando como muerta al rigor de una mas que mortal afliccion, merece la corona de reyna de los mártires. Allí recoge en un lienzo la sangre que sale del costado, para ofrecerla mezclada con sus propias lágrimas al eterno Padre, en precio de la redencion del mundo. Bien pudiera al ver en sus manos derramada aquella noble porcion del fruto de sus entrañas, irritarse contra la crueldad de los hombres: pero su piedad y misericordia no dexan lugar á la ira. Se compadece de la miseria de los hijos de Adan, y como olvidada de sus penas, y de su desamparo, los toma baxo su amparo y proteccion. En la persona de Juan los adopta por hijos: *Ecce filius tuus*; pasando gustosa, de ser madre de Dios á ser madre de desamparados. Allí al pié de la cruz, desempeña el renombre de Madre nuestra con los extremos del mayor cariño. Derramara toda la sangre de sus venas, si para sacarnos de la esclavitud del demonio no bastara el infinito precio de la de su hijo. ¡O felices nosotros en tener tal Madre! ¡O Madre piadosa! Nunca os contemplo mas llena de gracia, que quando os miro bañada con la sangre de vuestro hijo: porque Vos fuisteis la que de mas cerca y mas de lleno participasteis de su infinita virtud y eficacia. Nunca os contemplo mas propicia y benigna con nosotros, que quando advierto, que el Señor, derramando sobre Vos su sangre, os hace como depositaria del inmenso tesoro de sus merecimientos, para que liberal distribuyais entre ellos las riquezas de su gracia. Experimenten, pues, vuestra liberalidad mis oyentes, que desamparados os invocan Madre suya, mientras tributan estos cultos á la preciosa sangre de

vues-

vuestro buen Jesus. Y para excitarlos á su mayor veneracion logré yo la gracia de que necesito, y que imploro por vuestro medio, diciéndoos con el ángel: *AVE MARIA.*

5 **N**o os parezca, señores, ageno del asunto de mi oracion el exórdio que habeis oido. Porque siendo este de la sangre nuestro Señor Jesu-Christo ¿podia dexar de acordaros los tormentos de su pasion y muerte? ¿No fuéron sus llagas las fuentes que manáron los preciosos raudales de su sangre? Hasta la última gota, segun nos dice el evangelista, salió por la herida que abrió en su costado la lanza: *Continuo exivit sanguis & aqua.* Y así no podia separar de la festividad de este dia la memoria de la pasion del Señor, que sin duda os habrá contristado y afligido. Pero no me pesa, os diré con san Pablo; porque entiendo que esta tristeza ha de moveros al arrepentimiento de vuestras culpas, que diéron motivo á tantas penas: *Gaudeo quia contristati estis ad pœnitentiam;* y ha de excitaros á la correspondencia del infinito amor de Jesu-Christo, que con tanto dolor quiso derramar su sangre por redimirnos. No me pesa, digo: porque ¿que otra cosa debo desear mas, que el que aborrezcais el pecado, y ameis á Dios? Por eso continuaré mi oracion, ponderándoos en toda ella la gran fineza y beneficio, que nos hizo el Señor, en derramar su sangre por nosotros, para que reconocidos procureis no malograr vuestra dicha.

Primera parte.

6 **N**o es ménos imposible, decia el señor santo Tomas de Villanueva¹, ocultar el fuego del amor, que

¹ S. Th. de Vill. *Serm. de S. Magd.* p. 247.

que las luces del sol. Luego que prende en la voluntad, se descubren sus llamas. Apenas produjo Dios al hombre á su imágen y semejanza, quando enamorado de su hermosura manifestó su benevolencia. Llenóle de bendiciones. Dividió con él, el dominio de las criaturas, sujetándolas á su obediencia: *Subiicite terram & dominamini universis animantibus, quæ moventur super terram* ¹. Y como que se despojó de su soberanía, dignándose de tratar con el hombre inocente, segun nos enseña san Agustin, con aquella misma familiaridad, que con sus ángeles. Diriais, que siendo el empíreo la corte de su Magestad, era el paraíso su real deliciosa casa de campo. Y aun quando mas ofendido de la infiel ingrata rebeldía del hombre, no pudo, ó no quiso ocultar del todo el amor que le conservaba. Reconocia que, aunque pecador no dexaba de ser obra de sus manos, imágen y participacion de su bondad, y con estos respectos le amaba. Pero al mismo tiempo, viendo la fealdad de su culpa, le aborrecia: unas veces se manifestaba ayrado, otras tantas cariñoso. Ya no era familiar con los hombres su comunicacion; pero entre sueños, nubes y velos se dexaban oír de los oídos de los profetas las voces de la Divina benignidad, paraque pasando por sus bocas al resto de los mortales, uno que otro, recobrando la inocencia, se hiciese digno de ser amado.

7 Así por espacio de muchos siglos se mantuvo el Divino amor violento, digámoslo así, oculto con el disfraz de la mas justa indignacion, hasta que llegando el tiempo predefinido apareció de golpe y de lleno toda su fuerza y benignidad. *Apparuit benignitas Salvatoris*. La persona del Divino verbo se unió á nuestra naturaleza con un vínculo de amor indisoluble, ó como se explica el angélico doctor santo Tomas, se desposó espiritualmente con ella. Y como el matrimonio lleva consigo una mutua comunicacion de bienes y de males;

¹ Gen. c. i. v. 28.

les; al mismo tiempo que la naturaleza humana logró las prerogativas de Divina, esta cargó con las miserias de la humana. ¿Y que miserias? No será fácil ponderarlas. La muerte de todos los hombres hubiera sido mal ménos sensible, que el que padecía entónces su naturaleza: porque la universal dura esclavitud de todos era una pena mas acerba que la muerte. ¿Quantos pueblos enteros, pospusiéron la vida á la libertad? Están llenas las historias de estos exemplos. A la vista tenemos á Sagunto, cuyos ciudadanos, no pudiendo ya resistir los avances del formidable ejército cartagines, quisieron perder ántes la vida que la libertad. Españoles fuéron tambien los Numantinos, que eligieron morir por no quedar esclavos de los Romanos. Hasta el Espíritu Santo nos da á entender que es la esclavitud de peor condicion que la muerte. Pues quando lloraban los Israelitas á su amado rey Iosías muerto en una batalla, les mandó por Jeremías, que suspendieran las lágrimas, y que las guardaran para llorar la desventura de su hijo, que habia de quedar esclavo del rey de Babilonia.

8 Pero aunque no fuera esto verdad, no podriais negarme que la esclavitud de que hablo era mas penosa que la muerte; porque era el demonio el fiero tirano dueño de los hombres, siendo los pecados las duras cadenas que les oprimian: siendo los infiernos los calabozos, ó mazmorras á que nacia condenados. La esperanza de la libertad era ninguna; porque nadie tenia caudal para redimirse de la esclavitud. Nadie podia desagraviar á Dios justamente irritado contra el género humano, por la injuria infinita que le hizo Adán su primer cabeza. Nadie podia pagar la deuda que de padecer penas eternas contraxo su primer Padre. ¿Puede darse mayor miseria? ¿Puede discurrirse fineza mayor que la que hizo el Divino esposo de unirse ó desposarse con esta infeliz naturaleza, tomando á su cargo satis-

tisfacer sus culpas, y pagar sus deudas con la sangre de sus venas?

9 El Padre eterno á nuestro modo de entender representó á su hijo el deplorable calamitoso estado del género humano, y la voluntad que tenia de librarle. Bien pudiera él perdonar las culpas de los hombres, restituirles á su amistad y gracia, y darles la gloria. Pero para mayor prueba de su benignidad quiso que esto se executara en términos de justicia. Quiso que su hijo comparciera ante su tribunal con el traje de hombre y reo, para ser condenado á satisfacer las deudas de los hombres, quedando de esta suerte obligado á perdonarlas. Ofrecióse gustoso el hijo á cumplir la voluntad de su Padre, y á darle el precio por la libertad del hombre. ¿Y que precio, señores, os parece que se concertó entre el Padre y el hijo? ¿Habia este de darle el oro y plata que producen las minas de Ofir, ó las perlas que arroja el mar de Arabia? ¿Habia de entregarle tantas ciudades, reynos y provincias, como ofrecia Dario á Alexandro por la libertad de su muger é hijas? ¿O habia de darle las estrellas, los planetas, y los angeles del cielo? Nada de esto bastaba. Ni todo junto puede compararse en el valor con el precio que quiso dar Jesu-Christo por los hombres: su preciosa sangre fué la moneda con que compró su libertad: *Non corruptilibus auro vel argento*, decia san Pedro, *redempti estis de vana vestra conversatione paternæ traditionis, sed pretioso sanguine, quasi Agni immaculati Christi, & incontaminati* ¹.

10 No hay duda que condignificando la persona del Verbo todas las oraciones de Jesu-Christo, qualquiera merecia el perdon de las culpas de los hombres, qualquiera podia satisfacer llenamente sus deudas; pero una vez que tomó á su cargo la satisfacion de ellas, quiso pagarlas con el infinito excesivo precio de su sangre, para hacer ostentacion de su magnanimidad, y de su amor.

¹ I. Petri. c. 1. v. 18.

amor. Las lágrimas que derramó la Magestad de Christo en la muerte de Lázaro fuéron una prueba evidente de lo mucho que le quería: *Lacrymatus est Iesus* ¹. Luego que los judíos le viéron llorar dixéron: veis aí claramente quanto le amaba: *Dixerunt Iudæi: Ecce quomodo amabat eum*. Y al ver ellos mismos la sangre que derrama por la eterna muerte de sus almas, ni corresponden á su amor, ni aun conocen el beneficio. ¡Ciegos ingratos! Dexades, señores, en su infiel ingratitud, y oid al Príncipe de los apóstoles, como confundido se escusa de que el Señor le lave los pies, diciéndole. *¿Domine, tu mihi lavas pedes?* ¿Vos, Señor, hijo de Dios vivo, Príncipe de la eternidad, rey de los siglos, y dueño de la gloria habeis de lavar los pies de un pecador miserable, que es la escoria del mundo? ¿Vos que estais sentado sobre las alas de los chérubines, y teneis á la tierra por alfombra de vuestros pies, habeis de postraros á mis pies? *¿Tu mihi?* ¿Como? Ésas manos hechas á torno, adornadas de jacintos, que sustentan á los ángeles, mueven los cielos y los elementos, han de lavar mis pies? *Tu mihi lavas pedes?* Y al decir esto, asombrado y como fuera de sí, segun nos refiere san Agustín, levantándose, empezó á correr por el cenáculo y á gritar: No ha de ser: no he de permitirlo: *Non lavabis mihi pedes in æternum* ². Detente Pedro, vuelve en tí, recóbrate: confieso que es excesiva esta fineza del amor de tu Divino Maestro; pero es sin comparacion mayor la que está para hacerte. Ahora lava tus pies con agua, mañana lavará tu alma, y las de todos los hombres con su preciosa sangre. Esta maravilla debe llenar las medidas de tu admiracion. Esta fineza ha de ser el asunto de tu agradecimiento, y del nuestro.

II En el baño de la sangre de Jesu-Christo, decia san Pablo, insigne predicador de sus misterios, se limpian nuestras conciencias de todas las inmundicias: *San-*
Tom. II. B *guis*

¹ Ioan. c. xi. v. 35. ² Aut. Serm. Fratr. in Erem. 8.

guis Christi emundabit conscientias nostras ab operibus mortuis. Los sacramentos son como unos canales, por donde se nos comunican los saludables efectos de la sangre del Señor: de ella participan la virtud y eficacia que tienen para causar la gracia en nuestras almas. Y así cada vez que recibimos algún sacramento, puede decirse, que de nuevo derrama Jesu-Christo su sangre sobre nosotros; con la qual el alma se lava las manchas de la culpa, consigue la salud perdida, se hermosea con el candor de todas las virtudes, se inflama con las llamas de la caridad, y sale mas resplandeciente que el sol y las estrellas. ¿Que hermosa nos describe san Juan en su Apocalipsis á la ciudad de Jerusalem, viva representacion de la Iglesia de Christo! Al verla embelesado no supo apartar los ojos de ella; juzgóla baxada de los cielos, y no tuvo á quien compararla, sino á la esposa adornada del mismo Dios, á satisfacion de su esposo: *Vidi civitatem Sanctam, Ierusalem novam descendentem de caelo, á Deo paratam, sicut sponsam ornatam viro suo* ¹. Pues toda esta belleza, señores, la atribuye Orígenes á la prodigiosa virtud de la sangre del Señor, movido de aquellas palabras, que con espíritu profético pronunció Jacob, hablando de Jesu-Christo: *Lavabit in vino stolam suam* ². Lavará con vino su estola, siendo esta su Iglesia lavada y hermoseada con su preciosa sangre.

12 Aspirad, señores, ya que teneis la dicha de ser miembros de la Jerusalem, ó de la Iglesia de Jesu-Christo, aspirad á conseguir una belleza y un esplendor, con que no solo igualeis, sino que excedais á los ángeles. Lavaos en esta divina sangre. Anhelad á adquirir el reyno de los cielos con las poderosas armas de la sangre del Señor, que dá cetros y coronas. Los santos coronados en el cielo van diciendo al Salvador: *Redemisti nos Deo in sanguine tuo, & fecisti nos Deo nostro regnum.* Nos redimisteis, Señor, con vuestra sangre

¹ Apoc. c. xxi. ² Gen. c. xlix, v. 11.

gre y nos diste un reyno, no de aquellos que están expuestos á la contingencia de perderse: no de aquellos, cuyas insignias al mismo tiempo que adornan, gravan y afligen: no de aquellos, cuya limitada mal sufrida magestad no sufre compañía. Nos diste, dicen, un reyno eterno: un reyno, cuya soberanía no se disminuye con la comunicacion; porque no envidiamos la agena felicidad, siendo inmensa la de cada uno de nosotros, siendo la corona de la gloria que ciñe nuestras sienes de un precio infinito, siendo el manto regio que nos adorna de púrpura teñida con vuestra sangre.

13 Son y serán innumerables los justos que bañados con la sangre de Jesu-Christo entrarán en los cielos á poseer el reyno de la gloria, sin que pueda temerse que se agoten sus raudales; porque son inagotables. Solo la que derramó el Señor en su circuncision bastara para inundar el mundo de felicidades. Entónces empezó á dar á su eterno Padre el precio de la libertad de los hombres: entónces empezó á pelear con el demonio su tirano dueño; é inflamado en el ardor de la batalla, no supo salir de ella, hasta derramar la última gota de sangre. Al primer reencuentro pudo vencer al demonio; pero ya no era su empeño este, sino el de vencer á los hombres con finezas. Sudó sangre en el huerto de Gethsemaní, derramó sangre al rigor de los azotes, y en el árbol de la cruz por las quatro fuentes de sus pies y manos, como por otras tantas fuentes arrojó copiosos raudales de sangre. Y aun mas: siendo así que la sangre con la muerte naturalmente se quaxa y congela; el fuego del amor de Jesus á los hombres liquidó la poca que quedaba en sus venas, para derramarla por la herida del costado: *Continuo exiuit sanguis.* ¡O ardor inextinguible! ¿Que frio corazon no ha de inflamarse á las llamas de este fuego? ¿Que bárbaro ingrato pecho no ha de rendirse á la fuerza de tanto beneficio?

14 Quando yo me viera exáltado en una cruz, decia el Señor por el evangelista san Juan, atraheré á

mí todas las cosas: *Ego si exaltatus fuero á terra, omnia traham ad me ipsum* ¹. Entónces Jesus ha de ser como el iman, que atrayga las voluntades mas duras que el hierro, no por alguna oculta simpática qualidad, como la creyeron los aristotélicos en aquella piedra, no por los efluvios imperceptibles del sentido, que fingen en ella los modernos, sino por los efluvios de sangre que derrama, y percibe la vista. Sus gotas han de ser eslabones de una cadena, con que nos ha de atar á todos á la cruz: pues con su fuerza ha rompido la dura cadena con que nos aprisionaba el demonio. Si, Dios mio, con suave violencia me voy corriendo hácia Vos. Me reconozco esclavo vuestro. Y al veros en la cruz ensangrentado, os aclamo vencedor del demonio, y dueño amoroso de nuestras almas, miéntas los gentiles os miran con oprobio, y los judíos como escándalo. Y si los ángeles al verle subir á los cielos, atónitos me preguntan por la boca de Isaías: *¿ Quis est iste qui venit de Edom tinctis vestibus?* ² *¿ Quien es este que viene de Edom teñidos con sangre sus vestidos?* Les diré, que es el mismo Dios que tomó el nombre de los exércitos, y de las batallas, nunca mas vencedor, que quando parece vencido. Les diré, que reparen en la púrpura y rubies que le adornan, y conocerán ser el rey de la gloria. Les diré, que miren á los patriarcas, á los profetas, y los antiguos justos que le acompañan, y viendo en sus frentes el roxo señal, que les exíme del rigor del ángel exterminador, conocerán que es el Mesías prometido á los patriarcas, vaticinado de los profetas, y deseado de los justos. Les diré. . . Mas no, que bien lo saben: lo preguntan, en sentir de san Gerónimo, no ignorantes, sino asombrados: *Interrogant Angeli rei novitate perterriti*. Porque son testigos de vista, de que el Señor entrando por las puertas de los cielos, y puesto en la presencia del eterno Padre, le descubre sus llagas para moverle á piedad con los hombres, le entrega su san-

¹ Ioan. c. XII. v. 31. ² Isai. c. LXII.

sangre en precio de su libertad que compra, y le conviene con la obligacion de perdonar las deudas de los hombres. Los ángeles viéron, como nos refiere san Juan, que el cordero sin mancha muerto rompió los sellos, abrió el libro de la vida para escribir en él los nombres de los redimidos: y al verlo, confesáron que era digno del poder, de la fortaleza, de la sabiduría y de la divinidad: que era digno de ser honrado, glorificado y obedecido por toda la eternidad: *Dignus est Agnus accipere virtutem & divinitatem, & sapientiam & fortitudinem, & honorem, & gloriam, & benedictionem* ¹. Y no pueden los ángeles recusarse por sobornados; porque no participáron de la eficacia de la sangre del cordero, todo su fruto le percibiéron los hombres. Pero gozosos de la felicidad de los que entraban á ser compañeros suyos en la gloria, cantaban himnos y alabanzas al Redentor de los hombres, miéntras estos á los cánticos añadian las mas rendidas gracias: *Cantabant canticum novum, quoniam redemisti nos Deo in sanguine tuo.*

15 A imitacion pues de aquellos célestiales espíritus, celebremos con cánticos nuestra dicha. A imitacion de aquellos justos bienaventurados, agradezcamos el beneficio de nuestra redencion. Procuremos obedecer y servir á nuestro Dios y redentor. Si bien lo miramos, no tenemos libertad para dexar de hacerlo: porque no somos nuestros, decia san Pablo, somos de Jesu-Christo, que nos ha comprado con su preciosa sangre. Nuestro corazon, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestra vida, nuestras riquezas, nuestra honra, todo en suma es de Jesus. Sin manifiesta injusticia de nada podemos disponer contra su gusto. Como esclavos suyos todo debemos emplearlo en su obsequio. Y no será difícil merecer su agrado: porque se contenta con que meditemos el amargo cáliz de su pasion. *Quid retribuam Domino, preguntaba David* ², *pro omnibus quæ retri-*

¹ Apoc. c. v. v. 13. ² Ps. cxv.

tribuit mihi? ¿Que daré yo al Señor por los muchos beneficios que le debo? Y el mismo responde: *Calicem salutaris accipiam.* Meditaré vuestro caliz, lleno de la sangre que derramásteis en vuestra pasion; y enternecido y devoto invocaré vuestro santísimo nombre: *Et nomen Domini invocabo.*

16 Meditad pues, christianos, con frecuencia los tormentos que padeció el Señor en su pasion, contemplad la sangre que derramó en ella. Con esta meditacion se enternecerán vuestros corazones, se inflamarán vuestras voluntades en el fuego de caridad, y conociendo la dicha que gozais con ser esclavos de Jesu-Christo, os dedicaréis gustosos á servirle. No fixeis la vista ni el deseo en las cosas terrenas: no arrimeis vuestros labios al delicioso impuro cáliz de Babilonia: porque será cosa lastimosa, decia san Agustin, que por un momentáneo deleyte vendais al demonio el alma que compró Jesus á tanto precio. Será cosa lastimosa, que la sangre del Señor malograda por vuestra culpa se vuelva contra vosotros y por cuenta de conciliaros la misericordia del eterno Padre, irrite su justicia. Y así, quando mas asaltados de torpes pensamientos, poneos junto á la cruz, y cubiertos con el manto de María madre y señora nuestra, tomad de sus manos, y bebed la sangre que sale de las fuentes del Salvador: fortalecidos con ella venceréis al demonio y sus tentaciones, y adornados con su púrpura entraréis triunfando en la gloria, que os deseo. Amen.

S E R M O N XXV.

DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

Beatus venter qui te portavit, & ubera quæ suxisti.
Luca c. XI. v. 27.

I **A**l mismo tiempo que se entibia ó disminuye la piedad y devocion de los christianos, paraque no se acabe y extinga del todo, se multiplican en la christianidad las sagradas festividades. En los primeros siglos de la Iglesia eran innecesarios estos estímulos y fomentos: porque estaban los christianos muy propensos al divino culto, siendo para ellos todo el año, segun escribia el Máximo Gerónimo ¹, una no interrumpida eterna festividad: *Nobis qui in Christum resurgentem credimus est iugis & æterna festivitas.* Todos los dias eran festivos, ó dias de fiesta, no porque cada uno de los fieles no se empleara en el ministerio propio de su estado: pues sabemos que Tertuliano manifestó al emperador de Roma, que eran los mas laboriosos entre sus vasallos, y leemos que san Pablo vivia del trabajo de sus manos; sino porque las horas que otros concedian al descanso ó á recreos ménos decentes, ellos las empleaban en los mas santos ejercicios de piedad. Tenian consagrados á Dios todos los dias de la semana, siéndoles feriado ó prohibido todo profano comercio. De aí nace en sentir del cardenal César Baronio, que se les diera el nombre de ferias; los que á mi juicio, bien pudieran entónces llamarse domingos ó dias del Señor, aun aquellos, en los quales se veneraba la memoria de María señora nuestra y de los santos: porque los sagrados
cul-

(*) Predicado en su convento de Valencia á 16. de Julio de 1739.

¹ S. Hier. *Epist.* 151.

cultos que les tributaban aquellos primeros christianos, se dirigian en derecha al Señor.

2 Sabian ellos muy bien, y debeis saber, señores, que la virtud de la Religion que profesamos se ordena á dar á nuestro Dios la debida reverencia; y que todos sus actos son reconocimientos y protestaciones de su soberania y de nuestra sujecion. Y así paraque el culto que dais á los santos sea religioso, debe terminarse á Dios. Prudente y santa es la práctica que observais de inclinar la cabeza á los santos, doblar una rodilla á María Señora nuestra, y entrámbas á su santísimo Hijo; pero á estas ceremonias exteriores añadid, á mas del conocimiento de que á la suprema Magestad de Dios se debe una adoracion infinitamente mayor que á su santísima Madre, ni á sus santos, añadid digo la intencion de que las reverencias que les haceis, paraque sean actos de religion, digan respeto á aquella Magestad. Al modo que (es exemplo de los santos Padres) reservando para vuestro rey un supremo político rendimiento, tributais vuestros respetos á su madre, y á sus ministros ó favorecidos, venerando en aquella la dignidad de madre, y en estos la gracia y favor que gozan de su Soberano. Advertidlo bien. Ya que por la misericordia de Dios no estais á riesgo de incurrir en la impiedad de los hereges del norte, que niegan todo sagrado culto á los santos; no os dexéis preocupar de alguna devocion indiscreta, que os haga atribuir á las criaturas aquella especie de honor y de gloria, que segun san Pablo ¹, solo se debe al Criador, y que haciéndoos creer en ellas algun absoluto poder, os induzca á que pongais en su asistencia las esperanzas, que solo deben estribar en la del Omnipotente. Suba, os diré con el evangelista san Juan, suba el humo de vuestros incienso á las manos de los santos; pero desde allí elévese al excelso trono de la Divinidad. No veneréis á los santos en sí mismos, decia el Angélico doctor

¹ 1. ad Tim. c. 2. v. 17.

tor santo Tomas ¹, sino á Dios en sus santos. Reconociéndolos como ministros suyos y grandes de su corte, venerad en ellos aquella porcion de santidad y de gloria, que se ha dignado comunicarles el Altísimo.

3 Este es el espíritu de la Iglesia, que se manifiesta en las oraciones que canta en las festividades de María Señora nuestra y de los santos. En ellas las súplicas se hacen á Dios, y por Dios, paraque se entienda, que á Dios se dirige el culto, y que solo Dios es quien puede conceder lo que se le pide; siendo por eso la mejor disposicion para lograrlo, el estar en su gracia. Esta fué la práctica de los primeros fieles, que al mismo tiempo que adornaban con flores los sepulcros de los mártires, los bañaban con lágrimas de penitencia. Celebraban en sus vigiliás, y en aquellas grutas, templos mas venerables que estos suntuosos, el incruento sacrificio de la misa; y fortalecidos todos con la víctima del cuerpo y sangre del Señor, que veneramos patente en esas aras, salian con deseo y propósito de imitar la santidad y el zelo de aquellos mártires, cuya memoria veneraban. ¡Ah! ¿Que se hizo aquella sólida piedad de nuestros mayores? ¿En donde se halla aquella devocion verdaderamente christiana? ¿De que sirve que se conmueva el ayre al estrépito de las voces y de las campanas, si no se oye un ay, ni un suspiro penitente? Arden muchas luces en los templos, pero ni se alumbran los entendimientos á la luz del desengaño, ni se inflaman las voluntades al fuego del divino amor.

4 Próvida la Iglesia nuestra Madre añade festividades á festividades, paraque se renueve ó renazca en sus fieles aquel primitivo religioso espíritu. Y como ninguna memoria puede ser mas eficaz ni mas executiva que la de María Señora nuestra, en el discurso del año nos acuerda todos los misterios de su vida, desde su Concep-

Tom. II.

C

cion

¹ 2. 2. q. 82. a. 2. ad. 3.

cion sin mancha hasta su Asuncion á la gloria. Y aun mas, reconociendo en María Santísima algunos atributos y títulos, que manifiestan su benignidad en patrocinarnos, instituye especiales festividades. Pero entre todas bien puede llamarse la mas solemne la de este dia, en que la veneramos con el título y renombre de Madre y señora nuestra del Cármen; porque su invocacion no se encierra dentro de los términos de una ciudad, ni de un reyno, se halla dilatada por todo el orbe christiano. Todos sin diferencia de edad, de sexô, ni de estado la invocan en sus necesidades, y casi sin eleccion exclaman: *Válgame la Virgen del Cármen*. No sé deciros que tiene este nombre, que con tan dulce suave violencia atrae los labios y los corazones de todos. Pero bien sé que esto mismo facilita mi desempeño. Porque si el fino amor que tenian los romanos á Germánico fué la causa, de que á la primer palabra de la oracion fúnebre que dixo en su muerte un orador inexperto, prorumpieran todos en lágrimas; bien puedo yo esperar que la tierna devocion que teneis á María Madre y señora nuestra del Cármen será bastante motivo, paraque sin disgusto y con provecho oygais de mi boca sus glorias. Y mas, si consigo del Espíritu Santo la asistencia de que necesito para referirlas. Vos, soberana reyna, estais en algun modo interesada en mi acierto: Interponed vuestros ruegos con el Divino Espíritu, miéntras yo os invoco y saludo, diciéndoos con el ángel. *AVE MARIA*.

5 **U**na de las penas que impuso á nuestra madre Eva, la Magestad de Dios ofendido de su enorme culpa, fué la de parir con dolores: *In dolore paries filios* ¹. Y una de las gracias que concedió liberal á Ma-

¹ Gen. c. III. v. 13.

María su madre fué el librarla de aquella pena. Cada vez que Eva daba á luz alguno de sus hijos, la vehemencia del dolor la acordaba la tragedia del paraíso, y la hacia mirar á sus hijos como herederos de su desgracia. María señora nuestra no tuvo que sentir en el nacimiento de su divino Hijo, ántes sí, se llenó de gozo al verle en sus brazos, heredero de la felicidad de su eterno Padre, y causa primera de su propia dicha. Al contemplarla la muger de nuestro evangelio Madre de Jesu-Christo, la aclamó feliz: Feliz, dixo al Señor, el útero virginal que te abrigó en su seno, y felices los pechos que te alimentáron. *Beatus venter qui te portavit, & ubera quæ sustisti.* Y al considerar yo á María, como madre de la esclarecida religion del Carmelo, á la qual, segun declara la santidad de Gregorio XIII. engendró espiritualmente en sus entrañas y crió á sus pechos, prorumpiré en las mismas aclamacione del evangelio: *Beatus venter, diré á esta religion insigne, qui te portavit, & ubera quæ sustisti.* Feliz religion que tiene tal madre, y no ménos feliz madre que tiene tal hija. Estas serán las dos partes de mi oracion y de mis aclamaciones. En la primera veréis la gran dicha y gloria que se le sigue á María Señora nuestra por ser madre del Carmelo; y en la segunda la inmensa felicidad que logra el Carmelo y su religion por tener tal madre. El argumento es natural, y entiendo que no serán violentas las pruebas.

Primera parte.

6 **T** al vez tendrá por feliz y muy feliz á Salomon, quien le oyga decir ¹, que recogió inmensas riquezas, fabricó suntuosos palacios, se sirvió de lucida y numerosa familia, que entregado del todo al placer, y á las deli-

C2

deli-

¹ Ecclesiastes. c. 1.

delicias, no hubo objeto agradable, que no fuera logro y posesion de sus sentidos; y que dedicado á la especulacion y al estudio no hubo arcano, ni misterio que se ocultara á su perspicacia. Y en una palabra, que siendo sus tributarias la naturaleza y la fortuna, llegó á ser el hombre mas divertido, el monarca mas opulento, mas poderoso, mas venerado, y mas sabio del orbe. Pero sin duda mudará de parecer al oír, que él mismo advertido de su error á la luz, y á costa de propios escarmientos, en todo el libro del Eclesiastes predica desengaños, y se lamenta de su desgracia. Quéjase amargamente de que á cada paso tropieza con el engaño, y con la afliccion del espíritu. De suerte que en nada encuentra satisfacion, ni gusto: hasta la risa y el regocijo le enfadan; por lo que se explica desesperado y aborrecido de sí propio: *Idcirco tæduit me vitæ meæ, videntem cuncta vanitatem, & afflictionem spiritus* ¹ ¿Y que mucho que se le malograran á Salomon sus designios, si buscaba la felicidad y la gloria, por el camino real de la desgracia y de la infamia? Quanto mas se acercaba con el entendimiento y voluntad á las criaturas, tanto mas se alejaba del Criador, centro y principio de la verdadera felicidad y gloria.

7 Quando yo, señores, os propuse feliz á María Señora nuestra como madre del Cármen, no pensé hablaros de aquella felicidad que se fingió ignorante Salomon, y se fingen los mortales: ni tampoco de la felicidad ó gloria esencial que goza en los cielos, y consiste en la clara intuitiva vision de la divinidad; sino de otra gloria, aunque accidental, sólida y verdadera, que reconozco en aquel título é invocacion. No llega la dignidad de madre del Cármen á igualar á la de madre del divino Verbo. Es la distancia infinita. Pero despues de esta, juzgo que aquella es la que mas engrandece á María señora nuestra. Y aun, si bien lo reparo, miro equivocada á María, como madre de Dios con ella

¹ Ib. c. II. v. 17.

ella misma como madre del Carmelo. Un mismo signo la significa. Porque aquel vapor hermoso á los ojos, agradable á los deseos y á las esperanzas: aquella nubecilla, que al calor del sol, y á las influencias del cielo se formó blanca en las verdinegras ondas, fecunda en las salobres espumas, y ligera en la pesadez del golfo: aquella nubecilla, digo, que el santo patriarca Elías desde la cumbre del Carmelo vió salir de entre las olas del mar, preñada de agua que habia de ser la alegría de Israel sediento y afligido: *Ecce nubecula parva ascendebat de mari*: ¿No fué en sentir de los santos padres símbolo de María preñada y madre del divino Verbo? Pues ella misma fué á juicio de la Iglesia gero-glífico de María madre del Cármén. ¡O maternidad gloriosa, que llegas á equivocarte con la mas divina! ¡O feliz madre del Cármén! Inmensa es tu gloria, inefable es tu dicha.

8 María Señora nuestra mereció la honra de ser prometida á los patriarcas, vaticinada de los profetas y deseada de los justos, por haber sido elegida desde la eternidad para Madre del Mesías. Y por eso en todos los signos que la representáron se descubren las señas de su maternidad. ¿Que significaba aquella zarza que gozaba los resplandores de la llama, sin sentir la voracidad del fuego? ¿Que? sino á María, que habia de dar á luz un hijo, sin sentir los dolores del parto? ¿Que significaba la vara de Aaron, una misma con la vara de la raiz de Jessé, que florecia y fructificaba sin participar alguna virtud de la tierra? ¿Que? sino á María, que sin concurso de varon habia de producir á la mas hermosa flor, y al fruto mas sazonado? ¿Acaso apenas descubrió Gedeon el vellocino no le vió bañado con el rocío del cielo? Si pregunta Salomon por la muger fuerte ¿no responde luego que la verán venir de paises distantes, enriquecida de un precio raro é inestimable? Y en fin no hay que buscar sagrado símbolo de María, que no la represente Madre del divino Verbo. Todos ó casi todos

dos los registró san Bernardo¹, y en todos encontró señas de la maternidad; dándonos á entender que la prerogativa de ser prometida, vaticinada y deseada está unida con la alta dignidad de Madre de Dios.

9 Pero me causa admiracion que san Bernardo no reparara en aquella nube, que como habeis oido, vió el patriarca Elías desde la cumbre de su Carmelo. ¿No era geroglífico de María madre del divino Verbo? ¿No eran las aguas que encerraba en su seno muy semejantes á las que saliendo de las fuentes del Salvador, habian, segun profetizó Isaías, de fertilizar y llenar de gozo á Israel? *Haurietis aquas cum gaudio de fontibus Salvatoris?* Es cierto. Pues ¿como no se valió el santo doctor de este símile? No lo alcanzo. Sospechar que se ocultó á su perspicacia es injuria. Mejor será presumir, que contempló aquella nube símbolo peculiar y propio de María madre del Cármen, y como su asunto era publicar alabanzas de la Madre de Dios, le reservó para quien hubiera de referir las glorias de María madre del Cármen. A nosotros pues nos toca venerar, y aplaudir la dicha que consiguió María con ser prevista y vaticinada. En otro dia celebrad con la muger del evangelio la felicidad de ser madre de Dios. *Beatus venter, qui te portavit.* En este dia acompañemos las voces, con que Elías, y sus carmelitas al verla figurada en aquella nube, la aclamaron feliz madre suya.

10 Entónces empezó á aclarecerse el conocimiento que ántes pudo ser confuso de María madre del Cármen, y añadiéndose á esta los aplausos de Elías y de sus hijos, consiguió María aquella gloria, que siendo consecuencia del mérito y de la dicha, consiste, segun nos enseña el Angélico maestro², en la clara noticia mezclada de alabanzas: *Gloria est clara cum laude notitia.* Antes pudo ser venerada por Madre del Mesías pro-

¹ S. Bern. *De lau. Virg. Mar. Hom. 2.* ² 1. 2. q. 2. a. 3. *in corp.*

prometido, entónces empezó á ser conocida por madre del Carmelo. Entónces comenzáron á resonar en las cuebas de aquel monte los cánticos y los himnos, con los cuales los hijos de Elías manifestáron su veneración, y las ansias de ver á su madre y á su reyna, á cuya vista se llenáron despues de gozo y de alegría. Parece que Dios fué manifestando á los hombres la gloria de su madre por los mismos pasos, y al mismo tiempo que la suya. Desde el principio del mundo hasta Abraan fué venerado Dios inefable, innominado. A aquel patriarca santísimo, á su hijo Isaac, y á su nieto Jacob, les dió algunas señas de su divinidad, les manifestó parte de su gloria, y tomó el nombre de Dios de Abraan, Dios de Isaac y Dios de Jacob. Pero singularmente quiso y se glorió de ser llamado Dios de Israel: porque el pueblo de Israel habia de ser el teatro de sus glorias. Allí naciendo al mundo habia de manifestar la gloria y la magestad de Unigénito del Padre eterno: habia de hacerla patente paraque la vieran todos: *Vidimus gloriam eius, gloriam quasi unigeniti á Patre*. Y viéron al mismo tiempo la gloria de María señora nuestra en el mas alto grado de su perfeccion.

II No entraré, señores, en Nazareth á oír como el ángel la saluda llena de gracia, á verla ya desposada con el Espíritu Santo. Aguardaré que salga hácia las montañas de Judea. La acompañaré en el camino, y entraré con ella en la casa de Elías. En la casa del Bautista, Elías en la penitencia, Elías en el zelo, Elías en el espíritu: *Ipse præcedet ante illum in spiritu & virtute Eliæ*¹. En Nazareth la veneraria Madre del Divino Verbo, aquí la contemplaré Madre del Cármén. Allí admiraria la felicidad de María en su fuente y en su origen, aquí la veré como en un río caudaloso sin margen ni orilla. Allí me confundiera al verla en el valle de la mas profunda humildad: *Ecce ancilla domini*, aquí la miraré en la mas alta cumbre del monte Car-

me-

¹ Lucae. c. 1. v. 17.

melo ó del monte de su gloria: *Abit in montana*. Allí oculta su dicha, aquí ella misma publica, que el Señor hizo alarde de su poder, echó el resto de su liberalidad para engrandecerla: *Fecit mihi magna qui potens est* ¹. Una misma era la felicidad de María en su casa de Nazareth, que en la del segundo Elías; pero en esta fué mayor su gloria: porque se tuvo mas clara noticia de su dicha, sin que se echaran ménos en ella las alabanzas y los aplausos. La madre del Bautista levantó la voz para aclamarla bendita: *Exclamavit voce magna: Benedicta tu inter mulieres* ². Y allí vaticinó María señora nuestra que habian de llamarla feliz todas las gentes. *Beatam me dicent omnes generationes* ³. En cumplimiento de esta profecía, aclamadla vosotros feliz madre del Cármen: *Beatus venter qui te portavit*. Y al ver que su liberalidad derrama felicidades en la casa de Elías, ó en los de su familia, aclamadlos felices hijos de tal madre. Mas no. Suspended las aclamaciones, guardadlas para mi segunda parte, en la qual ofrecí manifestaros la felicidad de la Religion y de los hijos de María señora nuestra y madre del Cármen.

Segunda parte.

12 Sin salir, señores, de la casa del Bautista, encontraréis bastantes señas de su felicidad, y de su gloria. ¿No veis que al arribo de María se inunda de gracias el alma del Bautista, tanto que no pudiendo contener su gozo, da saltos en el útero materno? ¿No veis que Isabel logra la plenitud del Espíritu Santo: *Repleta est spiritu sancto*? ¿No oís que Zacarías, mudo de nueve meses, recobra el habla para bendecir al Señor: *Loquebatur benedicens Deum*? ¿No veis que aquella familia ántes sacerdotal se transforma en profética? Profe-

¹ Ib. v. 39. ² v. 49. ³ v. 42.

fetiza Isabel, profetiza Zacarías, y entre plácemes y enhorabuenas exclama, que con aquellas profusiones como que se ensancha y se engrandece la infinita misericordia de Dios: *Magnificavit Dominus* ¹ *facere misericordiam suam.* ¿No veis que no cabiendo en aquella casa la admiracion y la alegría, se sale por sus puertas, y se difunde por las montañas de Judea? Pues todas estas señas que veis son argumentos de la felicidad de la Religion del Cármén, representada en aquella dichosa familia del Bautista.

Una vez que María eligió á la casa del segundo Elías para teatro, en que habian de representarse sus glorias, la eligió tambien para que lo fuera de las de la Religion de Elías; porque siendo como es su madre ¿podia dexar de comunicarle su dicha? ¿Habia de ser su maternidad estéril? ¿Habia de encerrar dentro de sí misma toda la felicidad? ¿No habia de ser fecunda, liberal, generosa? Luego luego que se puso sobre el Carmelo aquella nube, geroglífico de María, bañó su cumbre con la lluvia mas copiosa, hermososeó su falda de flores, y fertilizó la campaña, estéril con la larga sequedad de tres años; y al mismo tiempo que la lluvia causó aquellos efectos naturales, experimentáron Elías, Eliseo y sus compañeros el beneficio espiritual de las prodigiosas aguas de la gracia, que derramó el cielo sobre sus almas. Pero ¿que me detengo en buscar las glorias de esta insigne Religion entre nubes y sombras? ¿Para que en buscarlas á la escasa luz de las profecías? ¿Para que en los estrechos términos de Judea? Quando puedo hallarlas descubiertas á la clara luz del Evangelio, quando puedo verlas dilatadas por todo el orbe. Ya con la venida del Señor se retiráron las sombras, se deshiciéron las nubes, se rompió el velo. Ya para decirlo con Isaías, se enderezáron las torcidas sendas, se desmontáron las malezas, se allanáron los montes, que

Tom. II.

D

cer-

¹ *Ibid.* v. 58.

cerraban el paso , para que salieran de aquel distrito sus glorias. Antes podia ser conocida la Religion del Cármen en Judea , en donde solo era Dios conocido: *Notus in Iudæa Deus*. Ahora puede extenderse su noticia juntamente con la de la ley evangélica.

13 Corre la misma fortuna que la Iglesia christiana. Gime , quando la Iglesia llora perseguida de los tiranos. Está sepultada en la cuevas del Carmelo , mientras la Iglesia vive en las grutas ; y empieza á respirar , quando Constantino da la paz á la Iglesia. No apartéis la vista del Carmelo , y veréis que al siglo quarto salen sus hijos á ilustrar con sus gloriosas hazañas las campañas del oriente. En aquella region , en donde el sol nace , corren como aquel planeta con pasos de gigante la mas lucida gloriosa carrera. En aquella region de la luz resplandecen como astros de primer magnitud. No puede negarse que el oriente fué la cuna de nuestra Religion , y que fué el campo mas ameno de la Iglesia. Allí la santidad y la sabiduría tuviéron su domicilio por muchos siglos. ¿ Quantos anacoretas diéron al cielo la Tebáyda , y la Palestina ? ¿ Quantos Doctores á la Iglesia Aténas , Alexandria y Cesarea ? Pero tampoco puede negarse que aquella tierra , verdaderamente feraz , entre las flores y los frutos produjo muchos abrojos y espinas. La eminencia de su ingenio hizo soberbios á los orientales , y la soberbia los hizo hereges. Con los Atanasios , los Cirilos y los Flavianos nacióron los Arrios , los Nestorios y los Eutíchês. De suerte que no sé , si al ver esta Religion en el oriente , debeis alegraros y celebrar su dicha , ó entristeceros y temer su desgracia. Mas no. No deis lugar á la tristeza y al susto ; ocupe todo vuestro corazon el regocijo : porque , siendo hija de María , vive á la proteccion de aquella heroina , que segun canta la Iglesia , por sí sola debeló todas las heregías : *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo*. No : ¿ como los Carmelitas habian de negar con Arrio la Divinidad al hijo de su
pro-

propia madre? ¿Como habian de disputarla con Nestorio la dignidad de madre del divino Verbo? ¿Como habian de ponerla en duda con Eutichês, atribuyendo á Jesu-Christo un cuerpo celeste, que no fuese fruto de las entrañas de María? No. No era posible. Unidos con los santos patriarcas de Alexandria y de Constantinopla se mantuviéron constantes en la fe, miéntras titubeó todo el oriente; y defendiéron valerosos la gloria de María su madre y señora nuestra, miéntras sus blasfemos paysanos intentaban obscurecerla.

14 Es una de las mayores glorias de la Religion de María haber sido la mas agradecida á sus finezas. Este es el mérito que tuvo para conservarse, á pesar de las mas bárbaras persecuciones. ¿Que estragos no causó en el Carmelo, y en toda la Palestina el cruel Cósroas á la frente de un formidable ejército de Persas? ¿Que ruinas no lloró el oriente del furor de los Agarenos, capitaneados por los Califas, sucesores del pérfido Mahoma? ¿Y que no padeció entónces la Religion del Cármén? Si creemos á las historias, ciento y quarenta mil carmelitas muriéron mártires, ó ciento y quarenta mil palmas del Carmelo cortó la mas bárbara segur. Pero veis aí, que aquella sangre es semilla de Carmelitas. *Sanguis martirum*, decia en otra ocasion Tertuliano, *semen christianorum*. Veis aí que los Carmelitas que mueren empuñan las palmas, ó para entrar con ellas triunfando en el cielo, ó para que echando en la tierra su fruto, nazcan nuevas frondosas palmas. Veis aí porque si Salomon contempla á María como cabeza del Carmelo: *Caput tuum ut Carmelus*, compara á su Religion que es la estatura que la engrandece, á la palma, simbolo de la eternidad y de la victoria: *Statura tua assimilata est palmæ*.

15 Mas ¡ay! que llega el tiempo en que habrán de arrancarse de raíz todas las palmas del Carmelo, y trasplantarse á otra parte. Llega el tiempo, en que la Religion del Cármén habrá de dexar su patria, huyendo

del contagio de la heregia, que la infesta. Llega el siglo en que Focio intruso patriarca de Constantinopla niega la obediencia al Romano Pontífice, y disimula de suerte su soberbia, persuade con tal eficacia su error, que hace á todo el oriente cómplice de su delito. Con la aguda espada de su sacrilega eloqüente lengua corta de un golpe la union de la iglesia griega con la latina, y corta las esperanzas de volver á unirse. No ha padecido la Iglesia cisma mas funesto, ni pernicioso, que el que llamamos griego. Horroriza ver, como en un instante se transformó el oriente en una Libia, y que en lugar de santos producía monstruos: ver como se obscureció la gloria de aquellas iglesias patriarcales, que fuéron la veneracion del orbe. ¿Que se hicieron tantos Anacoretas que poblaban los desiertos? ¿Que se hicieron tantos cenobitas, que llenaban las ciudades? Que se hicieron aquellas esclarecidas religiones, que fundáron los. . . . Pero ya que degeneráron de sus excelsos patriarcas no merecen tener sus nombres. ¿Que se hicieron? De las mas nos queda en las historias la memoria: de alguna se encuentran en Europa las reliquias; pero tan desfiguradas, que apénas son señas de lo que fuéron. Al caer el edificio de la iglesia griega se sepultáron entre sus ruinas.

16 Huye, Religion insigne, huye de tu patria infeliz. Ven al occidente, no te negará la entrada, aunque vengas de países infectos: porque en tus méritos, traes un auténtico testimonio de tu sanidad. Ven, no temas los tiros que ha de dispararte la envidia, al verte peregrina, no ménos en la hermosura, que en el trage. No temas los siniestros informes, con que la malignidad preocupa los oídos de un sumo Pontífice, para que te persiga. Entre las persecuciones han de aumentarse y descubrirse mas tus glorias. Bien sabes que estás comparada al grano de trigo del evangelio, baxo cuya metáfora manifestó Christo Señor nuestro la fecundidad que causaria en la Iglesia su muerte: *si granum frumen-*

ti mortuum fuerit, multum fructum affert. Pues con la muerte de los mártires, que dexas muertos á manos de los cismáticos, nacerán en occidente á millares las espigas, que llenarán el monton de trigo cercado de azucenas, á quien con razon te asemejas: *sicut acerbus tritici vallatus liliis.* Ven, que María tu madre con revelaciones, con prodigios, con maravillas ha de declararte amada hija suya. Entre sueños manifestará á aquel sumo Pontífice tu gloria, y el gran mérito que tienes en dexar tu patria, por mantenerte en su obediencia: ven, que tu madre y tu reyna quiere entregar á tu capitán general un escapulario, que sea ó arnes que te defienda, ó divisa que te ilustre. A su vista los pontífices, los emperadores, los reyes, y los príncipes han de favorecerte, y todos han de venerarte: ven, que en occidente serás aun mas fecunda de glorias, que lo fuiste en el oriente. Sicilia ha de darte un Alberto, que siendo en el espíritu Elías, ha de ser tu segundo patriarca. Inglaterra ha de darte un Simon, que siendo en el zelo Macabeo, ha de defender tu honra. Italia de un soldado sacrílego ha de labrarte un Franco prodigioso. España y Francia han de darte dos Juanes, émulos del Bautista y del Evangelista. De tus claustros saldrán varones eminentes en sabiduría; y para mayor prodigio y gloria tuya saldrán doctoras de la Iglesia: de Alemania saldrán las Angelas, de Florencia las Madalenas de Pázis, de España las Teresas.

17 Aquí interrumpe mi oracion su curso, porque no puede mi corta vista registrar las luces que esparce el sol de Teresa en la lucida esfera de su Religion. Y al pronunciar su nombre, enagenado de gozo, te aclamo no solo feliz, sino llena de felicidades y de glorias. Y al ver la ternura y la fineza, con que en este dia celebras las glorias de María tu madre, y agradecida á sus beneficios la rindes las mas debidas gracias: volveré con la muger del Evangelio á aclamarla una y mil veces feliz: *Beatus &c.* Y si me fuera lícito os dixera, so-
be-

berana Reyna, lo que el Troyano á su pretendida protectora: *Sis felix, nostrumque leves quemcumque laborem.* Sed enorabuena feliz, séalo tu Religion sagrada; pero haced felices á vuestros ilustres cofadres, que os veneran como á su madre. La insignia que les adorna les da derecho á la felicidad que piden. Y en fin ya que es inmensa vuestra piedad, y tan eficaz vuestro patrocinio, interceded con vuestro Hijo, paraque siendo todos felices con su gracia, merezcamos serlo en la gloria. Amen.

SERMON XXVI.

DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO

DE LA EUCHARISTÍA. (*)

Caro mea vere est cibus: & sanguis meus verè est potus. Ioan. c. VI. v. 56.

I Aunque Dios no ménos poderoso en el órden de la gracia que en el de la naturaleza, puede inmediatamente por sí mismo producir todos los efectos, tanto sobrenaturales como naturales: esto no obstante, así como dispuso producir unas cosas con bastante virtud, paraque en el órden natural fuesen causas de otras, así tambien dispuso instituir en el órden sobrenatural unas cosas sagradas ó sacramentos, que causasen la gracia que nos santifica. Y para disponerlo de esta suerte, para causar en nuestras almas la gracia por medio de los sacramentos, tuvo el Señor muchas y poderosas razones, segun discurre el angélico maestro santo Tomas ¹. Porque primeramente como en esta vida no podemos conocer las cosas espirituales, sino con la ayuda de los sentidos, y al modo de las corporales: paraque adquiramos algun conocimiento de la gracia, con que Dios nos santifica, se vale de unas cosas corporales y sensibles, quales son los sacramentos, que la causan y la significan. A esto se añade, que estamos mas propensos á exercitar las acciones del cuerpo que las del alma; y conformándose Dios con nuestra inclinacion, nos da en el uso de los sacramentos materia, para-

(*) Predicado en el convento del Cármen en 20. de Junio de 1754.

¹ D. Th. 3. p. q. 61. a. 1.

raque corporalmente nos exercitemos, al mismo tiempo que espiritualmente nos aprovechamos. En fin ya que perdemos la Divina gracia por nuestro desordenado afecto á las cosas corporales: paraque se aplique el remedio en donde está la enfermedad, consagró Dios las mismas cosas corporales, y por su medio dá la salud, y la vida espiritual á nuestras almas.

2 Son pues los sacramentos de la nueva ley, segun decia san Ambrosio ¹, unos conductos ó canales, por donde Jesu-Christo nos comunica la gracia, que mereció con su pasion y muerte. Son, segun se colige de san Agustin, unas señales sensibles, que por divina institucion significan y causan la gracia que nos hace justos y santos ². Y esto, que es comun á todos los sacramentos, conviene con la mayor perfeccion á este augusto Sacramento de la Eucaristía. Porque esas especies, ó accidentes del pan, cuya substancia se convirtió en el cuerpo de Jesu-Christo, son tan sensibles, que las vemos con los ojos, las tocamos con las manos, las percibimos con el gusto. Y por otra parte esos mismos accidentes, que percibimos con los sentidos, son una señal, que significa á la gracia, que causan en los que dignamente los reciben: con que son con toda propiedad sacramentos. Y si bien entre los siete sacramentos de nuestra Religion christiana es el del Eucaristía el tercero en el orden, con que los numeró santo Tomas, y el sagrado concilio de Trento, con todo en la excelencia es el primero, y el mas principal de todos. Porque, segun observa el angélico doctor ³, los demas sacramentos tienen la virtud que les dió Jesu-Christo para causar la gracia; mas esas especies consagradas, que como dixé son el sacramento de la Eucaristía, contienen física y realmente al propio autor de la gracia Jesu-Christo. Y siguiendo al mismo santo Tomas,

¹ S. Amb. *lib. 5. de Sac. c. 4.* ² S. Aug. *In Ps. 75. epist. 34. &c.* ³ D. Th. 3. p. q. 65. a 3.

mas, hallamos que el sacramento de la Eucaristía es el fin, á que se ordenan todos los demas; pues con el bautismo, con la confirmacion, con la penitencia y extremauncion nos disponemos para recibir dignamente la Eucaristía: con el orden sacerdotal nos habilitamos para consagrarla; y el matrimonio, en quanto significa la union de Christo con la Iglesia, dice respecto á la Eucaristía, que es el símbolo mas propio de aquella unidad. De lo qual se infiere, que así como el fin excede en la bondad á los medios: así la Eucaristía excede en la perfeccion á los demas sacramentos.

3 Tambien prueba la gran excelencia del sacramento de la Eucaristía el que en la antigua ley hubo muchas figuras, é insignes símbolos, que le representaban. Porque ¿ no fué figura de este sacramento el pan y el vino, que ofreció el sumo sacerdote Melchisedech? ¿ No fué figura suya el maná, aquel manjar que baxó del cielo, tan admirable que sabia á todos los manjares? ¿ No fué tambien figura de la Eucaristía el cordero pascual, con cuya sangre tiñeron los Israelitas las puertas de sus casas, para librarse de las iras del ángel exterminador? Pero aunque estos fuéron unos símbolos muy expresivos del sacramento de la Eucaristía; con todo en este dia, y en este templo merece particular atencion el pan subcinericio, ó cocido al rescoldo, que en diferentes ocasiones comió el gran profeta Elías ¹. Porque, segun entienden los padres, que escribiéron contra el error de Berengario ², en aquel pan subcinericio estuvo figurado este pan Eucarístico; y siendo los que en su veneracion consagran estos solemnes cultos hijos del santísimo profeta Elías, me parece, hermanos mios, ser muy puesto en razon, que tenga presente, y os acuerde lo que nos refiere el sagrado libro de los reyes de aquel pan subcinericio, y

Tom. II. E que

¹ III. Reg. c. xvii. ² Lanfrancus, Algerus et alii.

que tome de aí asunto para hablaros de este pan Eucarístico.

4 Si quisiera proponeros, señores, á la Eucaristía, como un milagro del divino poder, la hallaria muy semejante á aquel pan subcinericio. Porque así como, que sea uno, que sean mil, segun con santo Tomas canta la Iglesia, los que reciben el cuerpo de Jesu-Christo sacramentado, este no se consume, sino que permanece entero, y permanecerá para alimentar á los fieles hasta el fin del mundo: así siendo tan poca la harina, que tenia la pobre viuda de Sarephta, que apenas bastaba para un dia, entrando el profeta Elías en su casa, la multiplicó de modo, que bastó paraque él, aquella muger, y su hijo comiesen por espacio de muchos dias. Y así como este pan Eucarístico, ó por mejor decir, Jesu-Christo milagrosamente baxa del cielo, para dársenos en comida baxo los accidentes de pan: así tambien milagrosamente baxó del cielo, hecho por mano de ángeles, el pan subcinericio, que segunda vez comió Elías, caminando hácia el monte Horeb.

5 Pero no pienso, hermanos míos, hablar del sacramento de la Eucaristía, como de un estupendo milagro del infinito poder de Dios, y de modo que se conmueva vuestra admiracion; sino que pienso hablaros de él, como de un don de la divina liberalidad, como de un manjar muy provechoso, paraque se encienda en vuestros corazones la devocion, y el mas ardiente deseo de recibirle. Y en esto me conformo con el evangelio, en que Christo Señor nuestro nos dice, que su cuerpo es verdaderamente comida: *Caro meae verè est cibus*. Y así considerado este sacramento es tambien muy semejante al pan subcinericio que comió Elías. Porque si este fué muy substancioso y saludable para el profeta, tambien lo es el pan Eucarístico para los que dignamente le reciben. Baxo estos dos respectos pues, de alimento y de medicina de nuestras almas, os propondré esta mañana al augusto sacramento de la

Eucaristía. Mas conociendo, que para hablar con acierto de un asunto el mas inefable, y para lograr el fin de vuestro espiritual aprovechamiento, necesito de la divina gracia, ayudadme á implorarla por la intercesion de María Santísima, diciéndola con el ángel.

AVE MARIA.

Primera parte.

6 Quando Christo Señor nuestro dixo: Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida; muchos de sus discípulos calificaron estas palabras de crueles é indignas de ser oidas. *Durus est hic sermo, & quis potest eum audire?* Y es que, atendiendo al sonido de las voces é interpretándolas material y groseramente, juzgáron que el Señor les decia, que como bárbaros Cíclopes habian de cortar, despedazar, y comer su carne en su propia especie. Si ellos hubieran tenido el respeto, y el concepto que se merecia la veracidad de su divino Maestro, hubieran creído, que era verdad lo que les decia, como lo creyeron los apóstoles, y á lo mas, confesando su ignorancia, le hubieran pedido humildemente, que les manifestara el sentido de aquellas sublimes misteriosas palabras; pero soberbios, incrédulos, y farisáicamente escandalizados, apénas las oyéron, se apartáron de la compañía y escuela del Señor. Felices nosotros, hermanos míos, que somos en la fe compañeros de los apóstoles y del número de los humildes pequeñuelos, á quienes el Señor se ha dignado admitir á su confianza, revelar sus secretos, y enseñarnos, que su carne ó su cuerpo sacramentado baxo las especies de pan, es verdaderamente comida de nuestras almas. *Caro mea verè est cibus.*

7 Para mejor inteligencia de esta verdad conviene saber, que todas las criaturas que viven, tienen algun alimento, con que sustentan su vida, proporcionado á su naturaleza. De suerte que los vivientes corpóreos, como son las plantas y los brutos, se alimentan de una comida corporal; mas los vivientes espirituales, como son los ángeles, se mantienen con una comida espiritual é invisible, segun dixo san Rafael á Tobías ¹: *Ego cibo invisibili utor*. Y como los hombres estamos compuestos de cuerpo y de espíritu, necesitamos de una comida corporal para sustentar el cuerpo, en que nos asemejamos con los brutos, y de una comida espiritual para alimentar al espíritu, en que nos asemejamos á los ángeles. Y por esta parte, por lo que toca á nuestra alma, su alimento es el mismo que el de los ángeles. Dios es la comida espiritual de entrámbos: con la diferencia, que Dios alimenta y da vida á los ángeles, dexándose ver claramente, y gozar como es en sí, y á nuestras almas alimenta y da vida, encubierto y sacramentado en ese pan Eucarístico.

8 Miétras que nuestras almas están unidas al cuerpo no pueden ver á Dios claramente, alimentarse de su vista, ni vivir la vida bienaventurada que viven los ángeles. ¿Pero que? Siendo como son vivientes espirituales ¿no han de tener alguna comida espiritual con que mantener su vida? Dios, que para sustento de nuestro cuerpo ha producido en el ayre, en el agua, y en la tierra tantas especies de aves, de peces, de animales, de granos y de frutas, tantas verduras, tantas especies aromáticas con que sazonar los manjares, habia de dexar perecer á nuestras almas por falta de alimento? ¿No son estas sin comparacion mas nobles que nuestros cuerpos, y por consiguiente no han de merecer á Dios otro mayor cuydado, otra superior providencia? Es cierto, oyentes míos. Y en efecto el mismo Dios, ¡que fineza! ¡que regalo! quiso dársenos

en

¹ Tob. c. XII.

en comida á nuestras almas en ese augusto sacramento. Ya el Señor alimentó y dió vida á las almas de los antiguos justos, que le conocieron con la fe, y le amaron con la caridad; pues segun dixo san Juan ¹, en el amor de Dios consiste la vida espiritual. Pero despues que Dios se hizo hombre para dar vida, como dixo el mismo Evangelista, y vida mas abundante á los hombres: *Ego veni, ut vitam habeant, & abundantius habeant* ², quiso ser de un modo especial y propio nuestra comida, sacramentado baxo las especies de pan. Verdaderamente quando recibimos el sacramento de la Eucaristía, comemos el sagrado cuerpo de Jesu-Christo, que está en él física y realmente presente: el mismo que nació de María Santísima, estuvo clavado en la cruz, y está sentado á la diestra de Dios Padre. Mas no comemos el cuerpo del Señor de un modo natural, basto, sensible, como pensaron los Cafarnaitas, sino de un modo sobrenatural, divino, incomprehensible, que no llegan á alcanzar nuestros sentidos; y en su defecto y en su ayuda, como dice santo Tomas, viene la fe con que creemos, que recibiendo el sacramento de la Eucaristía, comemos el cuerpo del Señor, y que recibéndole dignamente, alimenta y vivifica nuestras almas.

9 De aí nace, señores, lo que insinué al principio, y definió el concilio Florentino, es á saber: que esta celestial comida causa en nuestras almas los mismos efectos, que causa la comida corporal en los cuerpos. Porque si la comida corporal da fuerzas al cuerpo, para que podamos andar por nuestros pies, y las mantiene por mas largo y penoso que sea el viage: tambien el sacramento de la Eucaristía da fuerzas á nuestro espíritu, para que podamos andar por el áspero trabajoso camino de la virtud, por cuyo motivo se llama *viático*, que quiere decir, prevencion para el viage. Tenemos en el pan subcinericio que comió Elías la prueba y fi-

gu-

¹ II. Ioan. c. III. ² Ioan. c. X. v. 10.

gura de esta verdad; pues huyendo el profeta de la impia reyna Jezabel que le perseguia de muerte, le faltó la comida: faltándole juntamente con ella las fuerzas para pasar adelante, rendido del trabajo y de la angustia, se echó en tierra, y se quedó dormido á la sombra de un enebro. Ciertamente hubiera perecido el profeta, á no haber baxado del cielo un ángel á darle un pan subcinericio, con cuya comida recobró aquel santísimo profeta tanto vigor, tanta fuerza, que sin comer otra cosa, pudo caminar por espacio de quarenta dias hasta llegar al monte Horeb.

IO Esto es, oyentes míos, lo que nos refiere el sagrado autor del tercer libro de los reyes; y con el fin de manifestarnos en lo que sucedió al santísimo profeta Elías, como en una sombra ó imágen imperfecta, la verdad de lo que nos sucede. Porque ¿no somos viadores, ó peregrinos en la tierra? ¿No es el cielo nuestra patria, y el término de nuestro viage? ¿Que largo, que escabroso es el camino! ¿Que fuerzas tenemos en nuestra naturaleza para andarle? Ningunas. Ni un paso podemos dar en el camino de la virtud y de la gloria, si Dios no nos dá fuerzas para ello. Pero su Magestad es tan misericordioso, tan liberal con nosotros, que no se contenta con enviarnos el sustento con alguno de sus ángeles, como á Elías; sino que su unigénito hijo Jesu-Christo baxa del cielo á este augusto Sacramento, para ser comida y alimento nuestro. Y siendo infinita la virtud, é infinitamente perfecta la substancia del cuerpo del Señor: ¿que vigor, que fuerza comunica al espíritu de los que dignamente le comen ó le reciben? ¿Que robustos, que ágiles van estos, ó para mejor decirlo con David¹, corren por el camino ó por la observancia de los divinos mandamientos, venciendo asperezas y dificultades hasta llegar á la cumbre del monte de la gloria? Leed las vidas de los santos. Y aun con solo leer lo que de su vida nos dexó escrito la mas esclare-

¹ Ps. cxviii. v. 32.

cida hija del Carmelo, santa Teresa de Jesus, conoceréis mejor de lo que yo puedo ponderar, la fortaleza, que comunica á las almas el sacramento de la Eucaristía.

II Otro efecto, á mas de este, causa esa celestial comida, en que tambien se asemeja con la comida corporal. Porque así como la comida corporal no solo mantiene el cuerpo, y repara sus fuerzas, sino que le aumenta, segun es de ver en los niños, cuyos cuerpos con la comida crecen, y se hacen mas fuertes y mas robustos; así mismo ese divino pan, cada vez que le comen los justos, aumenta las fuerzas de su espíritu, esto es la gracia y las virtudes, de modo que espiritualmente crecen, y segun decia el Apóstol, de niños pequeños y flacos que ántes eran, pasan á ser grandes perfectos varones, y llegan á tener una estatura cabal, y ajustada á la medida de Jesu-Christo, que es su cabeza ¹. *In virum perfectum in mensuram ætatis plenitudinis Christi.*

12 Pero no podemos negar, señores, que esa comida espiritual tiene una singular virtud, que no se halla en la comida corporal. Porque si bien los manjares corporales comunican al cuerpo su temperamento y sus calidades de calor, frio, sequedad ó humedad: con todo nunca convierten en substancia suya á los que los comen; ántes al contrario el alimento por la nutricion se convierte en substancia del alimentado. Mas este divino manjar del cuerpo de Jesu-Christo, comunicando sus virtudes á los que dignamente le comen, no se convierte en la substancia de ellos, sino que los convierte, y transforma en sí, segun dixo el Señor á san Agustin: *Nec tu me mutabis in te, sicut cibum carnis tuæ, sed tu mutaberis in me.* Y esto es muy conforme á lo que dixo Jesu-Christo en nuestro evangelio: Quien come mi carne, y bebe mi sangre está en mí, y yo estoy en él. Y así como yo vivo por mi padre: así
quien

¹ Ephes. c. IV. v. 13.

quien me come vive por mí, vive mi propia vida, una vida nueva, santa, inmaculada, inocente: vive como yo vivo. *Qui manducat me & ipse vivet propter me*¹. ¡Oh transformacion prodigiosa! ¡Oh dicha inefable de aquellos, que experimentandola en sí mismos, pueden decir con san Pablo: vivo yo, mas no soy yo quien vive, que Jesus es quien vive en mí².

13 ¿ Quien creyera, señores, que siendo tan inestimables estos, y otros bienes espirituales, que causa el sacramento de la Eucaristía, habia de haber christianos que estuviesen meses y años sin recibirle? Pues los hay. Bien lo sabeis vosotros, Hermanos míos. Ojalá no hubiera tantos. Y lo mas sensible es, que los mismos que no piensan en alimentar sus almas con ese divino pan, no contentos con comer todos los dias lo que basta para alimentar sus cuerpos, hacen las mas vivas diligencias, expenden largos caudales para saciar su gula: cueste lo que costare, todos los dias se ha de cubrir la mesa de los mas sabrosos exquisitos manjares. ¡Ah! ¡Que necios, que iniquos estimadores de las cosas son los mundanos! En tanto aprecian sus cuerpos perecederos, que ponen el mayor cuydado en su regalo; y en tan poco se estiman sus almas inmortales, que no procuran siquiera darles el preciso alimento! ¡Ah pobres almas! ¡Que lástima me dais! Os contemplo en los cuerpos de los glotones y de los demas esclavos de los deleytes, como en unos oscuros hediondos calabozos, flacas, macilentas y condenadas á morir de hambre, por falta de alimento. ¡Ah christianos míos! quisiera que ninguno de vosotros tratara con esa impiedad á su alma. Deseo que todos fueseis muy diligentes y fervorosos en recibir el sacramento de la Eucaristía; y con este fin despues de haberos persuadido, que es alimento que mantiene la vida de nuestras almas, voy á haceros ver que es medicina que cura sus enfermedades.

Se-

¹ Ioan. c. vi. v. 58. ² c. ii. v. 20.

Segunda parte.

14 Bien pudiera, señores, deciros que el sacramento de la Eucaristía cura muchas veces nuestras enfermedades corporales. Pues san Gregorio Nazianceno¹ nos refiere, que á su vista, dentro de su casa curó las mortales dolencias que padecian su padre, su madre, y su hermana santa Gorgonia. Pero como lo que mas nos importa es la salud de nuestras almas, debemos apreciar á este sacramento y recibirle con frecuencia por razon de la virtud que tiene para causarla. Y para este fin principalmente le instituyó Christo Señor nuestro: ni parece justo, que habiendo el Criador producido muchas hierbas, aguas y minerales saludables para curar las enfermedades del cuerpo, dexara sin remedio á nuestras almas, que están sujetas á mas y mas graves enfermedades que nuestros cuerpos.

La principal enfermedad de nuestras almas, y el origen de todas las demas es aquella, á la qual por su gran malignidad dan los teólogos muchos y diferentes nombres. Unos la llaman concupiscencia, ó desordenado deseo de los bienes terrenos: otros debilidad y vicio de la naturaleza: otros *fómes* del pecado: otros estímulo de la carne. San Pablo la llamó ley de los miembros, carne, cuerpo del pecado, y alguna vez pecado: no porque en verdad sea pecado, sino porque nace del pecado original, y nos induce ó instiga á los pecados actuales. Ninguno puede decir, que está libre de esta enfermedad habitual. Es un contagio universal que tiene inficionada toda la naturaleza humana. Y ¿quien no se reconoce asido á los bienes terrenos, y desmedi-

Tom. II.

F

da-

¹ S. Greg. Nazian. *Orat. in funere Patris*, & *Orat. in funere S. Gorgoniae*.

damente apasionado á los deleytes sensuales? ¿ Quien no experimenta dentro de sí mismo la rebeldía de su apetito á la razon, y aquella cruel guerra de la carne contra el espíritu que hizo estremecer y clamar al Apóstol de las Gentes: ¡ Ay de mí hombre infeliz! ¿ Quien me librará de las manos de esta muerte? *Infelix ego homo ¿ quis me liberabit de corpore mortis huius?* ¹

15 Verdad es, que por el bautismo, perdonándonos el pecado original, pasamos de la muerte á la vida de la gracia; pero restan las mas funestas reliquias de aquel pecado: siempre quedamos flacos, enfermizos, ó habitualmente enfermos, y por consiguiente necesitados á tomar con frecuencia remedios, para que no se grave mas, y se haga mortal la enfermedad. Y nuestro Dios infinitamente misericordioso nos da en el bautismo una medicina, que nos comunica la vida espiritual, de que nacimos privados por el pecado original: en el sacramento de la Eucaristía nos da un remedio, que si no cura de raiz la indisposición ó enfermedad, que en nuestra naturaleza causó aquel pecado, á lo ménos la alivia, y corta sus accesiones ó crecimientos, que este nombre podemos dar á los desordenados movimientos del apetito. Porque si al imperio de la voz de Jesu-Christo ² obedecieron los vientos y las ondas, y se quietó el mar alborotado: con mayor razon al contacto físico de su Divino cuerpo, que recibimos en la Eucaristía, han de refrenarse los estímulos de la carne, y sosegarse los ímpetus de la ira, de la envidia y demas pasiones, para que goze el corazon de la mayor tranquilidad.

Quando pues os sentís débiles, perturbados y asaltados de tentaciones, al modo que los apóstoles en la borrasca del mar acudieron á Jesu-Christo, buscadle vosotros en este Sacramento, y hallaréis el mas pronto remedio. Porque, si bien se mira el desorden de nuestras pasiones, todo nuestro mal consiste en la inapetencia,

¹ Rom. c. VII. ² Mat. c. VIII.

cia ó disgusto, que tenemos de los bienes espirituales, y en el demasiado gusto de los bienes corporales. De suerte, que para que curen nuestras almas, es menester que se truequen estos gustos: lo que conseguiréis, recibiendo dignamente ese augusto sacramento; pues, segun enseña santo Tomas, da al espíritu un especial gusto de las cosas celestiales, un vivo sentimiento de su dulzura; y de aí se sigue el fastidio y disgusto de todo lo terreno, y el aprecio de Dios y de los bienes celestiales, que dispensa á los que le aman y le sirven.

16 Finalmente para acabar de persuadiros esta verdad, volved á poner los ojos en Elías, y veréis que el pan subcinericio, á mas de alimentar á su cuerpo, curó á su espíritu en la ocasion, en que se halló desfallecido y enfermo. Porque habeis de saber, señores, que aquel profeta que ántes valeroso se burló de la fiereza del rey Acab, temió despues las iras de una muger. Aquel que, enardecido en el zelo de la honra de Dios, hizo frente y confundió á los falsos profetas de Baal, se entibió ó acobardó tanto, que llegó á pedirle á Dios que le quitara la vida. San Juan Chrisóstomo¹ discurre, que el Señor retiró entónces del alma de Elías las singulares gracias, que le habia dispensado, para que conociendo este prácticamente que no eran suyas sino de Dios, jamas se ensoberbeciera, fuera siempre humilde y agradecido. Pero yo pienso, que en esta providencia tuvo gran parte el designio de manifestar Dios la eficaz virtud que tiene el sacramento de la Eucaristía, para curar las enfermedades de nuestras almas; disponiendo, que el pan subcinericio, que no era mas que una figura suya, restituyera á Elías el zelo, la fortaleza y doblado espíritu del que ántes tenia.

17 Quizá me diréis, que recibiendo muchas veces ese pan Eucarístico, no experimentais que produzca

F 2

en

¹ D. Chris. Hom. de Elia, & Petro.

en vuestras almas semejantes saludables efectos: no os sentís con fuerzas, sino con una gran flaqueza para caminar por el camino del cielo; ni percibís gusto, ni dulzura, sino disgusto y amargura en el servicio de Dios y exercicio de las virtudes. De esto se dolía nuestro santísimo prelado Tomas de Villanueva: *Hoc est quod ego vehementer doleo*: y de lo mismo debo yo lamentarme, creyendo que este divino pan dexa de alimentar y de curar vuestras almas, no por su ineficacia, sino por vuestra mala disposicion. Porque, al modo que los alimentos corporales quanto mas substanciosos, y los remedios quanto mas eficaces son, tanto mayor debe ser la disposicion del cuerpo, paraque le sean provechosos: así tambien el celestial alimento y divino remedio de la Eucaristía pide en nuestras almas la debida disposicion, sin la qual en lugar de aprovechar, las daña. No es como aquellos remedios, de los quales solemos decir, que si no hacen bien, no pueden hacer mal: ántes al contrario el sacramento de la Eucaristía es un remedio como aquellos, que los médicos llaman máximos remedios, y son de tal calidad, que bien indicados inmedia é infaliblemente curan, y mal indicados matan: pues segun nos enseña la fe, los que limpios de pecados mortales bien dispuestos reciben este augusto Sacramento, infaliblemente consiguen la abundante gracia, que causa por los méritos de la passion de Jesu-Christo; y los que indignamente le reciben, cometen un sacrilegio tan enorme, que san Pablo no dudó compararle con el que cometieron los judíos, que crucificaron al Señor, diciendo: que se hacen reos ó cómplices de su muerte. *Reus erit corporis & sanguinis Domini* ¹.

18 Ahora bien, hermanos míos, entrad en juicio con vosotros mismos: exâminad, si recibisteis digna ó indignamente el cuerpo del Señor, para conocer si sacasteis daño ó provecho. Confieso, que así como no po-

¹ 1. Corint. c. xi.

demo saber si estamos en gracia ó desgracia de Dios; así tampoco podemos saber con certeza la disposicion de nuestras almas, ni el efecto que causa en ellas ese augusto Sacramento. Pero algun conocimiento podemos adquirir, atendiendo á la semejanza que tiene con los alimentos y remedios corporales. Porque, si comiendo con frecuencia algun manjar substancioso, en lugar de engordar, enflaqueceis, ¿no decís que no os nutre? Si tomando muchas veces algun remedio, en lugar de quitar, aumenta la enfermedad, ¿no conocéis que no os aprovecha? Pues á este modo si recibiendo el Sacramento de la Eucaristía, se disminuyen las virtudes, crecen los vicios, y reincidís en las mismas, ó en mas graves culpas, ¿que podeis inferir de aí, sino que os es nocivo, por recibirle indispuestos?

19 ¡Ah! si el apóstol escribiendo á los Corintios dixo de los christianos de su tiempo, que muchos por recibir indignamente el cuerpo del Señor enflaquecian, enfermaban, y morian espiritualmente: *Ideo inter vos, multi infirmi, imbecilles, & dormiunt multi* ¹: ¿con quanta mas razon puedo yo decirlo de los christianos de estos tiempos infelices, en que los mas fervorosos, segun se explica santo Tomas de Villanueva, son tibios comparados con aquellos? ¡Ah! quantos de vosotros, hermanos míos, con harto dolor lo digo, quantos comulgais una y muchas veces al año, sin mudar de vida, sin enmendar las costumbres, manteniéndoos siempre avaros, soberbios, vengativos, lascivos? ¡Ah! ¿Que pronóstico quereis que haga de vosotros, sino el que hizo san Pablo de los Corintios, que comulgais indignamente y os tragais con el cuerpo del Señor, la sentencia que os condena á una muerte eterna? *Iudicium sibi manducat & bibit*. Pero ¡oh infinita bondad de Dios! Todavía, hermanos míos, no está desesperada vuestra salud: aun podeis recobrarla, haciendo lo que un ángel dixo al santísimo profeta Elías: Levántate y

CO-

¹ 1. Cor. c. XI.

come : *Surge & comed.* Si estais en tierra , asidos á las riquezas ; envueltos en el cieno de torpes deleytes , levantaos : *Surge.* Limpiad vuestras almas de las manchas de las culpas : doleos de todo corazon de haberlas cometido : proponed firmemente no volver á cometerlas : confesadlas , descubridlas todas á un sabio zeloso médico , que os trate con el rigor y la benignidad que se requiere para curar perfectamente vuestras almas enfermas. Levantaos limpios de los afectos terrenos : *Surge* ; y luego comed , recibid el cuerpo del Señor con humildad , ternura y devocion , y con la fe de que ha de ser el alimento y la medicina de vuestras almas. Y ahora mismo á vista de este solemne exterior culto que los religiosos hijos y herederos de la piedad de Elías tributan á Christo Señor nuestro sacramentado , con espíritu de religion tributadle todos un culto interior : purificad vuestros corazones para ofrecérselos en sacrificio , para hospedar en ellos al Señor. Comenzad á disponeros diciendo : Amabilísimo Jesus , confesamos que os hemos tratado con irreverencia é indignidad : que quando debíamos , al recibir vuestro Cuerpo , acordarnos como Vos mandasteis , de lo mucho que padecisteis por nuestro amor , hemos renovado los tormentos de vuestra pasion. Pero ya estamos arrepentidos , nos pesa de haberos ofendido. Perdonadnos , Jesus mio misericordioso : ya que residís en ese Sacramento como en un trono de misericordia , exercitadla en nosotros , aunque no la merecemos : concedednos la gracia de que dignamente os recibamos encubierto baxo esas especies , para que despues de esta vida , os veamos en el cielo lleno de magestad , reynar con el Padre y el Espiritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

S E R M O N XXVII.

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. (*)

Humiliabam in ieiunio animam meam. Psal. XXXIV.
v. 13.

Los que piensan, que los sermones panegíricos son unos discursos de sola pompa y ostentacion, los juzgan muy agenos de estos ú otros semejantes ejercicios de piedad. Y tienen razon. Porque ¿aquellos hechos maravillosos, de que están llenos algunos panegíricos, que tal vez no tienen mas fundamento que la credulidad del pueblo, ¿producen otro efecto que una admiracion estéril? ¿Aquellos hipérboles y comparaciones odiosas, en que siempre el santo del dia sale superior á todos los demas, ¿de que sirven, sino de quitar la veneracion y la fe al ministerio de la predicacion? ¿Aquellos sutiles, ingeniosos, ó por mejor decir, vanos pensamientos, con que alguno pretende igualar ó equivocar la santidad y la gloria de una criatura con la del Criador, ¿pueden dexar de escandalizar los oidos piadosos? Tales discursos no solo son agenos de estos ejercicios, sino que son del todo inútiles, y absolutamente perniciosos.

Pero si los panegíricos de los santos se hacen conforme, y segun el espíritu de la Iglesia, son muy del agrado de Dios, y son una de las partes mas excelentes

y

(*) Este sermón es la plática que predicó el señor Climent en su iglesia parroquial el año de 1740, en que la fiesta de san Ignacio cayó en la Dominica 8. *post Pentec.* No habiéndose colocado en los tres tomos de pláticas, se pone ahora entre los panegíricos.

y provechosas de la eloqüencia christiana. Los otros sermones explican la fe en sus misterios, ó convencen al entendimiento con la doctrina y las razones: los panegíricos hablan al corazon con el exemplo, persuaden la virtud con la misma virtud. Aquellos hacen conocer al mundo la grandeza y la verdad de Dios en las Escrituras: estos demuestran las riquezas de su misericordia y los frutos de su redencion en la santidad y en la gloria de sus elegidos. Descubren á los hipócritas la imágen de una sincera devocion, á los frágiles la fuerza de la gracia de Jesu-Christo; quitan á los pecadores los pretextos que suelen alegar para serlo; infunden aliento en los mas viles y cobardes para abrazar la virtud; y hacen ver á todos, que no es imposible, ni aun difícil ser santos: porque las vidas de estos que refieren y celebran los panegíricos, no son otra cosa, que la ley de Dios reducida á práctica: no son otro que el evangelio de Jesu-Christo puesto en execucion.

2 Y así tengo por muy propio y muy conveniente haceros en esta tarde un breve elogio del gran patriarca san Ignacio, cuya memoria veneramos. Feliz yo, si supiera formarle segun las reglas de la verdadera christiana eloqüencia ¡O! si supiera dar á las acciones de nuestro Santo aquel esplendor que se merecen! ¿Que gloria le resultaria á Dios, que quiso ser tan magnífico en su santidad? *Magnificus in sanctitate* ¹. ¡O! si con los colores de la oratoria, ó con el pincel de la lengua supiera pintaros una hermosa perfecta imágen de su virtud heróyca! ¡Como, como con el deseo de la semejanza os inspirara el gusto en la misma virtud! Yo os confieso ingenuamente, señores, que me enternecí muchas veces al leer, años ha, en Mafeo la vida de Ignacio; y la gran veneracion que le tengo en alguna manera la atribuyo á la energía y hermosa magestad del estilo con que la escribió aquel docto eloqüentísimo hijo de nuestro Santo. Esta experiencia me hace mas sensible la fal-

ta

¹ Exod. c. xv. v. 11.

ta de la eloqüencia que no tengo. Si el cielo me hubiera comunicado este don, para mayor gloria de Dios y provecho vuestro, le empleara gustoso en el elogio de Ignacio. O bien os representara la fortaleza, con que puesto á la frente de una invencible compañía, peleó contra legiones de hereges, que soldados del infierno investian por todas partes la católica Iglesia, reyno de Dios en la tierra: ó bien os manifestara la magnanimidad de su corazon, que no cabiendo en los dilatados términos del occidente, buscó en el oriente recién descubierta nuevas provincias, en donde explayar su apostólico zelo: ó bien os propondria la sabiduría y la prudencia, con que nuevo patriarca instituyó una admirable religion, con nuevas admirables leyes, y con un nuevo admirable gobierno, con el deseo y con el fin de que despues de su muerte quedaran en sus hijos otros tantos herederos de su espíritu. Y con esto os diria de Ignacio lo mismo que la Escritura de Salomon: *Dedit Deus sapientiam Salomoni, & prudentiam multam nimis, & latitudinem cordis, quasi arenam, quæ est in littore maris* ¹; y al oirlo, atónitos diriais lo que la reyna Sabá, al ver en Salomon mas de lo que publicaba la fama.

3 Estas virtudes, que hicieron á Ignacio uno de los mayores héroes de la Iglesia, para ser dignamente celebradas necesitan de la facundia de un Chrisóstomo, y de la energía de un Nacianzeno. Por eso empeñado yo, á pesar de mi insuficiencia, á formar su elogio, no me atrevo á tomarlas por asunto. No quiero proponérslo semejante á Salomon en la magnanimidad, en la sabiduría ó en la prudencia, virtudes propias de un gran monarca, que haciendo resplandecer en nuestro Santo la inmensa magestad y gloria de Dios, le concilian nuestra admiracion y respeto. Pretendo proponérsle semejante á David en la humildad y en la penitencia,

Tom. II.

G

vir-

¹ III. Reg. c. iv. v. 29.

virtudes propias de un pecador, que pueden moveros á la imitacion. Deseo que tengais por exemplar y por maestro á nuestro Santo humilde y penitente, y así os hablaré en las dos partes de mi oracion de su humildad, y de su penitencia.

Primera parte.

4 **N**o una vez sola sino muchas manifestó al mundo el real profeta David su humildad. Apénas acaba de decirnos, ó decir á Dios en las palabras del tema que me propuse, que humillaba su alma con el ayuno y la penitencia: *Humiliabam in ieiunio animam meam*: luego al verso inmediato continua diciendo, que triste y lloroso se humillaba: *Quasi contristatus & lugens sic humiliabar* ¹. Tenia siempre presente el enorme delito que había cometido, y su gravedad y su peso le abatía y le humillaba: porque como enseña el señor santo Tomas de Aquino ², el conocimiento de los propios defectos es el mas poderoso motivo que tiene una criatura racional para humillarse. Verdad es que en sentir del mismo angélico doctor, sola la Magestad de Dios bien conocida es bastante motivo para humillarnos. Aunque alguno fuera tan perfecto, que mirándose á sí mismo no encontrara la menor falta, con todo, si levantando los ojos al cielo se comparara con Dios, se hallara no solo defectuoso, sino reducido á la mayor poquedad, y casi á la nada, como se explica Isaías ³: *Omnes gentes quasi non sint, sic sunt coram Deo*. Así María señora nuestra siendo la mas pura, fué la mas humilde de las mugeres, y así tambien Jesu-Christo, siendo impecable, fué mas humilde que todos los pecadores.

Pe-

¹ Psal. xxxiv. v. 14. ² 2. 2. q. 161. ³ Isai. c. xl. v. 7.

Pero esto no obstante, si no tuviéramos el contrapeso de los pecados cometidos, con gran dificultad nos humilláramos: pues vemos que nuestro amor propio, que no solo no nos quita nuestras faltas, sino que ocultándolas lisongero, nos las aumenta, es el mayor enemigo de la humildad, es el que nos hace vanos y soberbios. Y sabemos que el mas perfecto de los ángeles viéndose hermoso, sin mancha, se hizo tan soberbio, que se atrevió á igualarse con el Dios que acababa de criarle. El conocimiento pues de sus defectos y de sus pecados es el que humilló al real profeta: *Humiliabam in ieiunio animam meam*. Y el mismo conocimiento es el que hizo humilde á san Ignacio.

5 Un nacimiento ilustre, una crianza libre, un genio altivo, todo el mundo, el infierno todo conspiraron en hacer á nuestro Santo soberbio y pecador. Contemplad, señores, como en sus primeros años desdenándose de labrarse su fortuna en la carrera de las letras, por mirar como sombría la gloria que se adquiere en las escuelas, sale de la casa de sus padres á buscar la gloria militar en las campañas. Contemplad como ya soldado, empeñándose bárbaramente en los mayores peligros, sin reparar en la nota de temerario, aspira á tener el crédito del mas valiente. Contemplad, como persuadido de la superioridad de sus hazañas y de sus méritos, no sufre competidor en la distribucion de los premios. Y á mas de su ambicion y soberbia entre las licencias de soldado, registrad disolutas, desenfrenadas todas las vehementes pasiones de la juventud. ¿ Quien, pregunto, ha de humillar á este jóven soberbio? ¿ Quien ha de darle á entender su error y su engaño? ¿ Quien ha de sujetar su dura cerviz al yugo del Evangelio? ¿ Quien? Dios omnipotente. La mano de Dios que derribó en los campos de Damasco á san Pablo, no la mano del enemigo, es la que hirió y postró á Ignacio quando intrépido defendia una ciudad sitiada. Dios es el que dispone, que en lugar de un libro de novelas ó

de fábulas, le dén la historia de las vidas de los santos. Parece que estoy viendo como, incorporado en la cama, lee con gusto lo que empezó á leer por pasatiempo, contempla la quietud y sosiego interior que gozaban los anacoretas, y pasa á hacer reflexi6n sobre su vida inquieta y turbulenta. Compara el premio que merecen los que militan con Jesu-Christo, con el que alcanzan los que sirven al mundo, reconoce en aquel la ventaja, y envidioso de la dicha de los santos, se pregunta: *¿No soy yo de su misma naturaleza? Pues ¿porque no he de ser yo feliz como ellos, haciendo todo lo que ellos hicieron?*

6 Despues de estas primeras agitaciones, primeros movimientos de su corazon, aprovechándose de la luz y de la gracia, que empezaba á comunicarle el cielo, quiere ser juez de sí mismo. Encontrándose luego convencido de sus delitos, se confunde, se humilla tanto, que se condena por el mas vil miserable pecador: *¿Hay, decia, prueba mayor, mejor argumento que yo de la miseria del hombre?* E inmediatamente se impone el severo castigo, la dura pena de reprimir en sí todos los movimientos del orgullo, todos los impulsos de la vanidad. Desde luego empieza á decirse lo que despues repetia muchas veces como compendio de toda perfeccion: *Ea, corage, véncete á tí mismo.* Para conseguirlo renuncia todos los bienes de su patrimonio, todas las esperanzas de su fortuna, todos los placeres del sentido. Renuncia el amor de su pais y parientes: renuncia á su amor propio: renuncia á su propia voluntad.

7 No le perdais de vista, señores, y veréis quando sale segunda vez de su casa de lo que salió la primera. Aquel que salió ántes á vestirse en los palacios y en los exércitos del César las galas de cortesano, y las corazas de soldado, insignias de su vanidad, se desnuda ya de unas y otras, y las cuelga en el templo de María de Monserrate, como trofeo, ó como despojo de su humildad. Aquel que enamorado de su natural gallardía,

día, por no perderla sufrió en su cuerpo el mas cruel tormento, vestido de un saco, débil, macilento, reclinado sobre un bordon, apenas conserva en su rostro la menor seña de lo que fué. Aquel que altivo aspiraba á ser independiente, ya sirve en los hospitales, ya va mendigando de puerta en puerta el pan, ya sufre las mayores befas, oprobrios y escarnios. Aquel que no sufría igual entre los hombres, para aprender los primeros rudimentos de la gramática, ocupa el último lugar en una escuela de niños. ¡O Dios mio! ¡O Ignacio! ¡O señores! No extrañeis que interrumpa mi oracion con el asombro: porque cada una de estas acciones es un prodigio de humildad, y es un fiscal de nuestra soberbia. Bien pudo David entre las paredes de un palacio y los esplendores de un solio, abrir en su corazon profundas las zanjas de su humildad. Pero Ignacio, siendo dentro de sí mismo humilde, nos dexó, como habeis visto, admirables exemplos paraque lo fuéramos. Y siendo penitente, nos dexó tambien muchos exemplos de penitencia, como veréis en la

Segunda Parte.

8 Cada vez que el real profeta, nos acuerda su humildad, hace mencion de su penitencia. Ya nos propone su humildad entre los ayunos: *Humiliabam in ieiunio*. Ya entre lágrimas de penitencia: *Quasi lugens sic humiliabar*. Y quando elige á su corazon humillado, como la víctima mas agradable, para ofrecerle á Dios un sacrificio, le elige tambien contrito y penitente: *Cor contritum & humiliatum Deus non despicias*. Están éntre sí especialmente conexâs estas dos virtudes: porque siendo, como os dixé, el conocimiento de nuestras culpas el motivo de ser humildes; lo es tambien de ser penitentes. Los pecados como faltas propias nos mueven

ven á la humildad: los pecados como ofensas de Dios los obligan á la satisfaccion ó penitencia. Por eso nuestro Santo luego luego que fué humilde, fué penitente. Apenas conoció la gravedad de las culpas que le oprimian y humillaban, procuró satisfacerlas ó aligerarlas con la penitencia.

9 No fué del número de aquellos que dando el primer paso en el camino de la penitencia, se retiran: que preguntan continuamente si pueden ó no pueden, si es tiempo ó no es tiempo; y con una circunspeccion que les inspira la prudencia de la carne, temiendo pasar mas allá de lo que pueden llevar sus fuerzas, se quedan mas atras de lo que piden sus obligaciones. Fué Ignacio del número de aquellos penitentes, que entran en el camino de la penitencia con madura deliberacion, no se arrojan con un fervor precipitado: que previendo las dificultades para superarlas, exâminan su conversion, no para diferirla por respectos humanos, sino para fortificarla con sérias y santas reflexiones. Ni la ligereza, ni el capricho tuvieron parte en su mudanza. Por eso fué constante en la penitencia: desde el primer instante de su conversion hasta el último de su vida ayunó todos los dias, dedicó siete horas á la oracion, poquísimas al descanso, y castigó tres veces su cuerpo con ásperas disciplinas.

10 Ni la burla, ni el escarnio que hizo el mundo de Ignacio al verle penitente, le detuvieron en el camino, ni le turbáron su santo propósito. Este es uno de los mayores obstáculos que opone el demonio á la conversion de los pecadores. El real profeta se quejaba amargamente de los oprobrios que le decian, porque llevaba una vida regulada: *Locuti sunt vanitates, quoniam sequebar bonitatem* ¹. Lo mismo que le sucedió á David y á nuestro Santo profetizó san Pablo que sucederia á quantos quisieren exercitarse en la piedad: *Om-*

nes

¹ Psal. xxxvii. v. 21.

nes qui pie volunt vivere in Christo persecutionem patientur ¹. Y aun en nuestros dias parece que ha subido de punto la malignidad: sin mas razon que porque algunos con sus hipocresía han infamado la virtud, se atreven muchos á motejar de hipócritas á quantos no se les asemejan en la insolencia. Si un hombre arrepentido de su mala vida pasada dexa el juego, se aparta de la compañía y de la casa en que por experiencia conoce que se arriesga su salvacion: si distribuye entre los pobres la parte de los bienes que le sobra, si asiste con mas frecuencia y devocion á los sagrados misterios: si una señora en la flor de su edad renuncia á las vanidades del siglo, y reduciéndose á vivir segun las reglas de la christiana modestia, huye de aquellas conversaciones en que tanto peligra la pureza, y asiste á las iglesias y á los hospitales; luego los censores de la república sin conocimiento de causa, dan una sentencia del todo contraria á la caridad y á la justicia. Aquel, dicen, es un ridículo, amigo de novedades: ha sido un capricho por distinguirse de los demas. La otra, dicen sin saberlo, se le han desvanecido sus ideas y sus deseos, no basta su patrimonio para las galas que rozaba, esto es ligereza de su genio inconstante. ¡Que perjuicios causan estas malignantes censuras! ¡Quantos actos de virtud impiden! ¡Quantas penitencias, que están para nacer, las sofocan! ¡Quantas tiernas conversiones malogran!

II Culpable es, señores, tanta malignidad; pero tambien fuera indigna y villana vuestra flaqueza, si por el temor de estas voces, y de las opiniones de los hombres frustrárais las inspiraciones del cielo, abandonando la resolucion y el designio, que teneis formado, ó debeis formar de servir á Dios. Aprended de Ignacio á vencerlas con el desprecio. Corrido de haber sido pecador, no se corre de ser penitente. Atento al juicio de su conciencia que le acusa, no oye, ó no hace caso de

los

¹ II. ad Timot. c. III. v. 11.

los juicios y acusaciones del mundo. Solas sus culpas le turban y confunden: todo lo demas ni le avergüenza, ni le da cuydado. Como ama á Jesu-Christo, y no al mundo, solo á Jesu-Christo teme, no al mundo. Todos sus deseos son de servirle, todos sus temores son de disgustarle. Lleno de dolor verdadero, incapaz de vano temor, penetrado de compuncion, sale al mundo cargado de cilicios, con un Crucifixo en la mano, teniéndose por muy feliz, si á costa de su pública penitencia y confusion consigue la gracia que le pide.

12 Ahora reparo, señores, que fuí inadvertido en deciros en el exórdio de mi plática, que la magnanimidad, la fortaleza y la prudencia hiciéron con especialidad resplandecer en nuestro Santo la gloria, y la magestad de Dios. Hablaria tal vez á los ojos, ó segun el juicio del mundo: porque á las luces de la fe se ostentó Dios mas admirable y mas glorioso en su humildad y penitencia, que en las otras virtudes. En su mudanza de soberbio á humilde, de pecador á penitente hizo Dios alarde de su poder y de la sabia conducta de su providencia. ¡Quan incomprehensibles son, Señor, vuestros juicios! ¡Quan admirable fuiste en nuestro Santo! Permitiste, que frágil cayera, paraque se levantara humilde. Permitiste que enfermara por la culpa, para darle mas robusta salud con la penitencia. Quisiste, segun se explica Agustino, que su caida en el pecado fuese en el camino de la perfeccion un paso mas hácia á la gloria: *Quia meliores redeunt atque cautiores*. Quisiste que Ignacio humilde y penitente fuese nuestro mejor maestro.

13 En la escuela de su vida, señores, debemos tomar lecciones de humildad y penitencia. A todos nos dice lo mismo que se decia á sí propio: Tened aliento, tened ánimo para venceros á vosotros. Venced el amor propio que os desvanece: venced la pusilanimidad que os hace horrorizar del solo nombre de penitencia. Con el exemplo nos enseña lo mismo que nos dice. Ya que
fui-

fuimos como Ignacio soberbios, seamos como Ignacio humildes. Ya que fuimos como Ignacio pecadores, seamos como Ignacio penitentes. Si deseamos tenerle por protector y abogado, tomémosle desde ahora por maestro y por exemplar. Postrados á los pies de Jesu-Christo, mirando la gravedad de vuestras culpas y á su Magestad ofendido, humillaos, compungios. Haced un verdadero propósito de resistir los impulsos de la vanidad, de mortificar los sentidos con la penitencia. Vos, Señor, estais ofendido de mis culpas: me pesa, &c.

S E R M O N XXVIII.

DE LA ASUNCION DE MARÍA SANTÍSIMA. (*)

Martha satagebat circa frequens ministerium. . . Maria óptimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.
Lucæ c. X.

I Si la Iglesia no acostumbra celebrar la memoria de los santos sino en el dia de su muerte, por ser aquel el dia feliz, en que comenzáron á vivir una vida eterna, ó segun la expresion del real Profeta, subiéron como ligeras águilas á renovar su juventud á los rayos del sol eterno: Si la Iglesia, Ilustrísimo y Reverendísimo Señor mi Señor, decia yo, por lo regular solamente celebra la dichosa muerte de los santos, con mucha razon celebra en este dia la muerte de María señora nuestra, mas santa que todos los santos, mas bienaventurada que todos los bienaventurados. Y bien que no sea esta la única festividad de María Santísima, siendo

Tom. II.

H

mu-

(*) Predicado en 1761. en la catedral de Valencia.

muchas las que por especial privilegio suyo le consagramos en el discurso del año, con todo esta es la principal, la mas solemne y regocijada. Esta festividad es la corona de todas las festividades de María: así como la gloria, que alcanzó en este dia, fué la corona y premio de sus inefables merecimientos. Consiguientemente la Iglesia muestra hoy un singular regocijo, declara que fué grande el que cupo á los ángeles, viendo exáltada á su reyna, y nos exhorta á que nos alegremos por la felicidad, de que goza nuestra madre, al mismo tiempo que nos estimula á que procuremos imitar sus virtudes para participar de su gloria.

2 No hay duda, señores, que basta á alentar nuestra esperanza, y á movernos al exercicio de las virtudes habernos prometido Dios la eterna bienaventuranza en premio de nuestras buenas obras. Pero la noticia de que aquellas promesas, que leemos en las sagradas letras, se han cumplido en innumerables santos, y con exceso á todos en María Santísima, nos confirma mas en la esperanza, y nos estimula mas al merecimiento. Al modo que, segun observó san Agustin, los antiguos Romanos executaron portentosas hazañas, no tanto porque su república estableció las mas justas leyes para premiar á los que fuesen dignos, como porque fiel y efectivamente á vista de todos distribuyó los premios conforme á los méritos de cada uno; y singularmente porque concedió el mayor honor de todos, qual era el del triunfo, á los que volvian vencedores de sus enemigos. ¡Que espíritu, que valor infundia en el corazon de unos ciudadanos ver como otros entraban en Roma coronados de laurel, vestidos de púrpura, sentados sobre un magnífico triunfal carro: como iban precedidos del senado, circuidos de la lucida tropa de oficiales y soldados, que habian sido compañeros suyos en las batallas, y victoreados de todo el pueblo que les seguia, hasta dexarles en el Capitolio! Cada triunfo daba ocasion á otros muchos triunfos.

3. Pues toda esta gloria tan apetecida de los Romanos no merece llamarse sombra de la que concedió Dios á María Santísima en este dia, ni de la que concede á qualquier santo en el dia de su muerte, que es el mismo dia de su triunfo. Porque ¿acaso puede compararse la corona de laurel, que tan fácilmente se marchita, con la que el Señor corona á los vencedores del mundo, del demonio y de la carne? ¿Que tienen que ver las aclamaciones de los hombres con los vítores, con que los ángeles aplauden la triunfante entrada de los justos en el cielo? ¿Por ventura es lo mismo subir á un monte á postrarse delante de la estatua de Júpiter Capitolino, que subir al empíreo á sentarse en presencia de un Dios verdadero, vivo, omnipotente? Por otra parte aquellos triunfadores estaban expuestos al peligro de ser vencidos y muertos por los mismos enemigos, de quienes habian sido vencedores; pero los santos en el dia de su muerte quedan invencibles é inmortales, empezando entónces á vivir una vida eterna ó perdurable. La qual, segun nos enseña san Juan ¹, consiste en conocer á un solo Dios verdadero, y á su hijo Jesu-Christo; mas no con un conocimiento obscuro, como lo es el de la fe, con que ahora conocemos los misterios de la Trinidad y de la Encarnacion, sino con un conocimiento claro. Porque aquí en la tierra conocemos á Dios por enigmas, le miramos como en un espejo: allá en el cielo los bienaventurados le ven cara á cara, como es en sí, segun decia san Pablo: *Videmus nunc per spéculum in ænigmate: tunc autem facie ad faciem* ².

4. En fuerza de esta clara intuitiva vision de Dios, los bienaventurados, segun se explica san Juan, se hacen semejantes á su Magestad del modo mas perfecto que les es posible: se unen íntimamente con el Señor: le aman sin poder dexar de amarle: poseen y gozan de

H 2

aquel

¹ Ioan. c. xvii. v. 3. ² I. Cor. c. xiii.

aquel sumo bien, de suerte que queda saciado el natural apetito, que todos los racionales tenemos de la sabiduría, de la grandeza, del deleyte y de la inmortalidad. Porque los bienaventurados ven á la Divina esencia, primera causa en que se contienen, primera verdad en que resplandecen todas las verdades criadas. No tienen pues que averiguar las causas naturales, ni los efectos, para sacar por consecuencia el conocimiento científico de las cosas. Beben en la misma fuente de sabiduría, y segun decia san Felipe, no necesitan de buscar los arroyos: *Ostende nobis Patrem, & sufficit nobis* ¹. Se hallan así mismo reyes coronados en la corte de los cielos: se hallan, como decia un Profeta, elevados al honor de dioses, y de hijos del Altísimo: *Dii estis, & filii excelsi omnes* ². ¡Que mayor grandeza! Los gozos que perciben, las delicias que gozan, no son como los placeres del sentido, que esperados inquietan, poseidos fastidian, y jamas sacian. Porque aquel es un gozo espiritual, puro, consumado, con que Dios, torrente de delicias, inunda las almas de los bienaventurados: *De torrente voluptatis tuæ potabis eos* ³. Y como conocen claramente, que su felicidad es inamisible, perpetua, juntamente con el apetito de la sabiduría, de la grandeza, y del deleyte se cumple ó satisface el de la inmortalidad: *Hæc est vita æterna, ut cognoscant te Deum verum.*

5 Mucho mas, señores, pudiera deciros; pero jamas consiguiera explicaros bastantemente toda la felicidad, que en sí contiene la vida eterna ó perdurable de que gozan los santos en el cielo. Y ménos podré manifestaros la que alcanzó María Santísima en este día de su Asuncion triunfante. Porque si ni los ojos han visto, ni los oidos han oido, segun decia san Pablo, ni eabe en nuestro pensamiento una justa idea de lo que
Dios

¹ Ioann. c. xiv. v. 8. ² Ps. lxxxvi. v. 6. ³ Ps. xxxix. v. 9.

Dios tiene prevenido para los que le aman: ¿quién podrá comprehender, preguntaba san Bernardo ¹, lo que el Señor tuvo preparado para la Madre que le engendró, y le amó sin duda mas que todos? Confieso con el santo doctor mi impericia, no encubro en este caso mi temor ó pusilanimidad: *Fateor imperitiam meam, pusillanimitatem propriam non abscondo.* Y haciéndome cargo, que otra vez, y no mucho ha os hablé del mejor modo que pude de las glorias de María en su Asuncion á los cielos, estoy para seguir el exemplo del mismo san Bernardo, que despues de haber predicado un corto sermon de este asunto, en los otros tres siguientes expuso moralmente el Evangelio, declarando que su fin era la reforma de las costumbres de sus oyentes. Pero considero que fuera mortificaros, defraudándoos de los piadosos deseos que teneis de oir las alabanzas de la Virgen Madre. Y así pienso explicarme de manera, que atienda á vuestra devocion, y á vuestro espiritual aprovechamiento, tomando de nuestro Evangelio motivo para haceros ver, como María Señora nuestra mereció la inmensa gloria de que goza.

6 **P**or mas que veneremos la infinita misericordia de Dios, reconociendo como un liberal gracioso efecto suyo la eleccion de los predestinados á la gloria: con todo no podemos negar que el Señor la confiere exercitando su justicia. Porque el Apóstol de las gentes, perpetuo predicador de la gracia y misericordia Divina, claramente dixo: Que entran en el cielo triunfantes los soldados, que pelean valerosamente en la tierra ²: que consiguen el palio, ó la joya los atletas que corren velozmente en el estadio ³: y que la corona de la gloria es una corona de justicia, no como quiera, sino tan de
jus-

¹ S. Bern. *serm.* I. ² 2. *ad Tim.* c. II. ³ I. *Corinth.* c. IX.

justicia, que la da el Señor, puesto de tribunal, como justo juez: *Repósita est mihi corona iustitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die iustus iudex* ¹. Segun esto debemos mirar la eterna bienaventuranza como un premio de nuestros méritos, y no podemos esperarla, sino de mano de la Divina justicia. Verdad es que ahí mismo resplandece la misericordia de Dios; pues graciosamente sin mérito nuestro nos confiere la gracia habitual, que es semilla de la gloria; y luego nos dispensa muchas repetidas gracias ó auxilios, con que podemos hacer méritos para el premio de la gloria, que despues nos da el Señor coronando con ella, segun la expresion de san Agustin, sus propios dones.

7 Sin embargo aunque la Divina gracia tenga la primera parte en nuestras buenas obras, no dexa de tener la suya nuestra voluntad: tanto que son verdaderos merecimientos nuestros, y absolutamente precisos para llegar á conseguir el premio de la vida eterna. Formad, oyentes míos, el mas alto concepto de la misericordia de Dios; mas no sea de modo que le despojeis de su justicia, como lo pretenden los mundanos. Porque reparo, que ponderando ellos continuamente que es infinita la misericordia de Dios, no permiten que se hable de su justicia. Fian tanto en la Divina misericordia, que pierden el temor á la justicia, y piensan que á poca ó ninguna costa, de balde han de adquirir la bienaventuranza. Mas, digo, y nunca diré demasiado, de la misma confianza en la Divina misericordia toman ocasion para desenfrenarse en ofensas de su justicia.

8 ¡Que horror! ¡Que desvarío! ¡Que lástima! ¡Que de razones me ocurren para reprehender tan vana, perniciososa, injusta presuncion! Pero basta haber oido de la boca del apóstol san Pablo, que el Señor es justo, y que nunca muestra ser mas justo juez, que quando en el día de nuestra muerte nos premia, y nos castiga. Y aun sobra este recuerdo, teniendo presente que María se-

¹ 2. ad Timot. c. iv.

ñora nuestra se mereció toda la gloria de que goza. Porque sea enhorabuena exénta de las leyes que suponen culpa, ó que se cumplen con indecencia; mas no de la ley universal con que Dios dispuso dar á cada uno el premio correspondiente á sus merecimientos. Antes bien fuera desdoro de María, que se entendiera fué mas favorecida ó dichosa, que benemérita. Porque si hasta el mundo injusto é ignorante en el aprecio que hace de las cosas, confiesa que son de mayor honor las dignidades que se confieren al mérito, que no las que se franquean á la recomendacion ó al parentesco: con mas razon se contemplará en el cielo ser la mayor gloria de María tener bien merecida toda la gloria que posee

9 Con acierto pues admirable canta la Iglesia en la presente festividad el Evangelio, en que san Lúcas nos refiere que dos hermanas Marta y María hospedaron en su casa á la Magestad de Christo con la mayor atencion, cortesía y liberalidad, ocupándose aquella en prevenirle la comida, y esta en hacerle compañía. Porque los santos padres convienen en que estas dos hermanas son figuras ó símbolos de la vida activa y contemplativa de los justos, que empleados en las obras de misericordia, y en la oracion, merecen la vida eterna. Y como por otra parte las mismas dos hermanas nos representan á María señora nuestra, debemos venerar en ella la perfeccion y el mérito de entrambas. A la verdad fué la Virgen Marta en el cuerpo, María en el espíritu: Marta en el trabajo, María en el ocio: Marta en la pena, María en el gozo. Y para decirlo de una vez, Marta en la vida activa, María en la contemplativa; habiendo unido en sí misma las excelencias de una y otra vida.

La primera parte, ó la vida activa de María Santísima es lo mismo que con alguna mayor extension se dice en el panegírico siguiente de num. 7. á 10. En lugar del num. 11. dice:

No

10 No acabo pues de admirar, señores, que sea entre los christianos afrentosa la pobreza, y que haya quien se atreva á despreciar á un hombre de bien, y á insultarle con la expresion de que es hijo de un pobre hombre. Porque, que los gentiles llamaran por oprobrio á los primeros christianos, discípulos del hijo de una pobre hilandera, era muy conforme á su infidelidad y á su soberbia. ¿Pero nosotros hemos de hablar el mismo lenguaje? ¿Nosotros que sabemos lo que valen al peso del santuario la nobleza y las riquezas temporales? ¿Nosotros que creemos honrada en María Santísima á la pobreza? ¿Nosotros? ¡Ah somos christianos en el nombre, y en la realidad y vanidad gentiles.

Segunda parte.

11 *M*as no penseis, señores, que por haber sido Marta perfecta en la vida activa, dexó de ser perfecta María en la contemplativa. Verdaderamente el evangelista dividió entre dos mugeres los ejercicios de una y otra vida, aunque hermanándolos nos dió á entender, que de algun modo deben unirse en los justos para asegurar el logro de la eterna. Porque quien quiera entregarse del todo á las obras de misericordia, sin tener un rato de oracion, se expone evidentemente al riesgo de que se disipe su espíritu, y haga por la vana gloria lo que debe hacer por amor de Dios. Quien quiera dedicarse del todo á la oracion, negándose á practicar obras de misericordia, es de temer que padezca mil ilusiones su espíritu, y dé en el precipicio en que cayéron, y caen con perjuicio de la sólida piedad, tantos quietistas infelices. Por eso el gran patriarca san Benito prescribió á los monges en su regla la oracion y el trabajo de las manos. Por lo mismo los antiguos anacoretas unieron á la oracion el trabajo de las manos; el qual

qual tambien en los monasterios de vírgenes consagradas á Dios se experimenta provechosísimo siendo moderado, de modo que no las distraiga de la oracion, ni llegue á perturbarlas como á Marta. No hay duda que la vida contemplativa es la mas perfecta, segun declaró Jesu-Christo en el evangelio. *Maria optimam partem elegit.* Pero una vida del todo contemplativa es para pocos. Solamente para aquellos, que con la mortificacion de los sentidos, con el ayuno, silencio y desprecio de las cosas del mundo, domadas las pasiones rebeldes del apetito, alcanzaron una quietud, que es remedio de la vida bienaventurada.

Pudiera, señores, con edificacion vuestra proponeros los exemplares de algunos antiguos contemplativos anacoretas. Pero no lo permite el tiempo, ni parece que conduce demasiado para hablaros de una vida contemplativa sin exemplar, que no ha tenido ni tendrá semejante. Porque María señora nuestra, concebida sin la culpa original, libre de sus funestos efectos, sujetó su apetito á la razon, y su mente ilustrada y unida íntimamente con Dios, nada podia apartarla de la mas sublime contemplacion. Dueña de sus potencias y sentidos, los aplicaba á las obras que queria, para socorrer á sus próximos, sin dexar de tratar con su Dios. Orando trabajaba, y trabajando oraba. Puesta al trabajo, y al mismo tiempo puesta, como la María del evangelio, á los pies de su amado hijo, oia de su boca la mas celestial doctrina. ¿Que de misterios la reveló el Señor, ó que misterios dexó de revelarle? San Ambrosio ¹ la llama la corte ó palacio de los sacramentos del cielo, y atribuye la sabiduría Divina del evangelista san Juan al trato familiar que tuvo con nuestra Señora. ¿Que materia pues tan fecunda de meditaciones halló la Virgen en lo que oyó decir, y en lo que vió hacer á su Hijo redentor del mundo?

12 Nuestro evangelista refiere que todo lo conservaba en su memoria, ó por mejor decir, mas á la letra

Tom. II.

I

y

¹ S. Amb. de *Instit. virg.*

y al intento, en su corazon: *Conservabat omnia verba hæc conferens in corde suo* ¹. Porque no lo tomó de memoria como una historia de indiferencia, sino que lo grabó en su corazon, en donde comenzaba y se terminaba la contemplacion de las perfecciones de Dios, y de sus beneficios. Pues, segun enseña el angélico doctor santo Tomas ², aunque la contemplacion sea acto propio del entendimiento, tiene su principio y su fin en la voluntad; siendo el amor de Dios el que nos mueve á la contemplacion de su bondad, y la contemplacion de su bondad la que nos excita á su amor. Segun este mutuo influxo, ó recíproca correspondencia de la contemplacion de Dios con su amor, ¿quan elevada seria la contemplacion de María Señora nuestra? ¿Quan fervoroso su amor? ¿Quan grande su perfeccion? Era todo luces su entendimiento, dice nuestro gran prelado santo Tomas de Villanueva, toda llamas su voluntad; y creciendo mas y mas de cada dia, y de cada instante su gracia con el exercicio de la caridad en la fragua de la oracion, llegó á lo sumo la hermosura de su espíritu. De propósito, paraque no deslumbrara á los hombres, se mantuvo oculta allá dentro de esta soberana princesa, como cantó David: *Omnis gloria filiae Regis ab intus* ³. Oculta en su mente, contemplativa en su voluntad abrasada: *In fimbriis aureis*. La virtud del Altísimo, que como sombra la protegió, como sombra la ocultó á los ojos de los hombres: *Virtus Altissimi obumbrabit tibi*. Solo el Espíritu Santo que baxó á su seno, puede dar testimonio de su perfeccion, y de su mérito.

13 ¿Que podré yo pues decir por último del premio que mereció, de la gloria que adquirió en su Asuncion, y está gozando en los cielos? ¿Diré que es superior á la de todos los bienaventurados, igual á sus me-

¹ Luc. c. II. v. 19. ² D. Th. 2. 2. q. 180. a. 7. Ps. XLIV.

merecimientos, y como ellos, inefable é incomprehensible? ¿Diré que la Asuncion de nuestra Señora es un misterio, que no dudó san Bernardo compararle con la Encarnacion del hijo de Dios en sus entrañas? Porque si entónces se eximió la Virgen de una de las maldiciones, que incurrió nuestra madre Eva por su pecado, pariendo á Jesus sin dolores, despues se libró de la otra maldicion de convertirse en polvo, permaneciendo incorrupto su cuerpo, hasta que volvió á unirse con su alma, hasta que resuscitó segun se cree, á tres dias de muerta, para subirse á los cielos. Si entónces los celestiales exércitos cantáron las glorias de Dios, en este dia publicáron las glorias de María. ¿Con que fineza baxáron los ángeles á celebrar sus exéquias? ¿Con que respeto la acompañáron al cielo? ¿Con que magestad subió nuestra soberana Reyna? ¿Con que demostraciones de honor y de júbilo le salió al encuentro su amado Hijo con todos los cortesanos del empíreo? ¡Con que cariño la recibió en sus brazos! ¡Que dulces fuéron sus ósculos! ¡Que tiernos sus coloquios! ¡Que inmensas sus delicias!

14 Nadie puede explicar, decia san Bernardo, la generacion de Christo, ó el modo con que Dios entró en el útero virginal de su madre; y nadie puede explicar la Asuncion de María, ó el modo con que entró triunfante en la corte de su Hijo: *Generationem Christi, & Mariæ Assumptionem quis enarrabit?* Ciertamente así como no hubo en la tierra lugar mas digno que el purísimo vientre de María, en que fué Dios hospedado: así no hay en el cielo lugar mas eminente que el real solio en que está colocada María. Allí Jesu-Christo sentado á la diestra del eterno Padre, tiene á su madre á la derecha. El padre y la madre miran en medio al Hijo de entrambos. Ve el Padre en su Hijo la persona Divina, que engendró en la eternidad. Ve la madre en su hijo la

¹ S. Bern. Serm. 1. De Assumpti.

naturaleza humana, que engendró en el tiempo. Gozase el Padre en su Hijo: en el mismo se goza la Madre. El Padre le dice: En mi seno te engendré ántes de producir al mundo. La Madre tambien le dice: En mi seno te engendré para redimir al mundo. Confúndese humilde María, dice santo Tomas de Villanueva, al considerar, que de algun modo alterna en la dicha y en la gloria con el eterno Padre; y agradecida, no cesa de cantar el cántico, que cantó en la casa de Zacarías ¹. Engrandece mi alma al Señor, que hizo en mi alarde de su poder: *Magnificat anima mea Dominum . . . quia fecit mihi magna qui potens est.* Y nosotros llenos hoy de gozo, en cumplimiento de su profecía, la aclamamos feliz y bienaventurada: *Beatam me dicent omnes generationes.*

15 Mas no han de ser estériles nuestras alegrías y admiraciones, sino fecundas de buenas obras, si queremos que sean nuestros cultos agradables á María Santísima, y provechosos á nosotros. Porque sin ellas nos desemejamos á nuestra Señora, desmerecemos su protección, y la participacion de su gloria. Con ellas, singularmente con la misericordia y oracion, tenemos dos hostias ú ofrendas, con que conciliarnos su estimacion, y la de su Hijo: *Talibus hostiis promeretur Deus* ². Con ellas tenemos dos alas para volar tras de esta águila generosa que nos provoca, nos llama á la esfera celeste. Finalmente con los ejercicios de la misericordia y de la oracion, de la vida activa y contemplativa, asemejándonos á Marta y María, y por consiguiente á su original la Virgen Madre, logramos la dicha de hospedar al mismo Dios, y regalarle en nuestro corazon. Porque no podemos decir que no estando ahora el Señor en la tierra, no tenemos ocasion de exercitar con él la misericordia, habiendo declarado, que lo que hacemos por qualquiera de nuestros próximos, lo hacemos por su

¹ D. Th. á Vilan. *conc. 2. de Nat. Virg.* ² Hebr. c. xlii.

su Magestad: *Cum uni ex minimis meis fecistis mihi fecistis*¹. Y sin embargo tenemos la crueldad de no vestir á tantos desnudos, de no dar de comer á tantos hambrientos, de no socorrer á tantos próximos como vemos acosados de la necesidad. ¿No tememos la terrible sentencia con que el Señor, si somos impios con los pobres, nos condenará al fuego eterno? Sí, Dios mio. Tememos los rigores de vuestra justicia. Imploramos vuestra misericordia. Ablandad, Señor, el duro corazón de los que rozan galas por ostentar su vanidad, estando Vos desnudo: de los que buscan á toda costa exquisitos manjares para saciar su gula, estando Vos hambrientos: de los que atesoran riquezas, sin saber para quien, estando Vos tan pobre. Alumbrad nuestros entendimientos, para que contemplemos vuestra infinita bondad, conozcamos nuestras miserias, lloremos nuestras culpas, y digamos arrepentidos, que nos pesa de haber pecado. Perdonadnos, amabilísimo Jesus, por vuestro amor, y por la intercesion de vuestra madre y madre nuestra. Admitidnos á vuestra amistad. Atraednos hácia Vos con los poderosos auxilios de vuestra gracia, para que corriendo tras de la fragancia de los vestidos, con que sube nuestra gran Reyna á los cielos, imitando sus virtudes, siguiendo sus pasos, os veamos reynar con el Padre y Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

¹ Math. c. xxv. & ibi. S. Aug.

S E R M O N XXIX.

DE LA ASUNCION DE MARÍA SANTÍSIMA. (*)

Martha satagebat circa frequens ministerium. Luca.
c. X. v. 40.

Es muy conforme al espíritu de la Iglesia, Ilustrísimo Señor mi Señor, que nuestra devocion corresponda á la grandeza de las festividades que celebramos. Es justo que quanto mayor es la festividad, tanto mayor ha de ser nuestra devocion. De cuyo principio inferiréis, Hermanos míos, que debe ser máxima, suma nuestra devocion en este dia, en que veneramos la Asuncion de María Señora y Madre nuestra á los cielos. Porque siendo sin competencia María mas santa, y mas digna de veneracion que todos los santos, las festividades consagradas en su honor deben ser de superior clase á las que se dedican al culto de los santos. Y ciertamente entre todas las festividades de María Santísima es la mas solemne y regocijada la de este dia, en que admiramos la gloria que consiguió, subiéndose á los cielos á recibir el premio de sus merecimientos, y á coronarse Reyna de los Angeles, de los Patriarcas, de los Profetas, de los Apóstoles, de los Mártires, de las Vírgenes, y de todos los santos.

No podemos negar que son admirables los otros misterios de la vida de María Señora nuestra, que celebramos en diferentes dias del año; pero como todos ellos acontecieron en este mundo, mar tempestuoso, tierra miserable, en que apenas, y aun sin apenas, pue-

(*) Predicado en la santa iglesia de Valencia el año de 1762.

puede conseguirse una alegría perfecta, estuviéron sujetos á muchas penas. En efecto, por grande que fuese la alegría de la Virgen en el Nacimiento de su Hijo, no pudo dexar de afligirse al verle en un establo, en un pesebre, en el mayor desabrigo. Grande fué la alegría que al cabo de ocho dias tuvo, quando á su Hijo se le impuso el divino nombre de Jesus; pero entónces mismo le vió derramar sangre y lágrimas en su Circuncision dolorosa. Grande alegría tuvo, quando poco despues oyó lo que en el templo dixéron Simeon y Ana en alabanza del Señor; pero allí mismo oyó los tristes vaticinios de su muerte, y de aquella aguda espada, que habia de traspasar su corazon. Grande fué la alegría, que causó en la Virgen la Resurreccion de su Hijo; mas no bastó á borrar en su corazon la imágen ó triste memoria de su reciente pasion y muerte. Y aunque fué extréma la alegría que tuvo en la gloriosa triunfante Ascension del Señor á los cielos: no pudo dexar de ser grande la pena de quedarse en este valle de lágrimas ausente de su amado Hijo.

2 En fin todos los gozos que tuvo María Santísima en su vida estuviéron mezclados con penas, las que enteramente cesáron en este dia, que siendo el término de su peregrinacion en este mundo, y de todos sus trabajos, fué principio de un gozo perfecto, y bienaventuranza consumada. Porque en este dia, subiendo la Virgen á los cielos, llegó á su patria, entró en el palacio de su Padre, de su Esposo, y de su Hijo, que inundáron su alma de delicias, su cuerpo de resplandores, y declarándola el Padre Eterno por su Hija, el Espíritu Santo por su Esposa, y el Hijo por su Madre, la coronáron Reyna del empireo. Esta es pues la gloria de María, que aplaude la Iglesia en este dia, y de ella debo habláros, hermanos míos, esta mañana, de modo que excite en vosotros los mas vivos deseos de ir al cielo, á participar de aquella gloria, y alabar eternamente-

mente con los bienaventurados á nuestra Soberana Reyna.

¿Mas como? Si vosotros, hermanos míos, vierais á María Señora nuestra inmediata al trono de la Trinidad Beatísima, colocada á la diestra de su Hijo, ó para decirlo con la frase de la Escritura, reclinada sobre su pecho, inundada de delicias, tengo por cierto, que despreciando todos los bienes terrenos, huiríais del mundo, para asegurar en los desiertos el logro de aquel único sumo verdadero bien. Mas no pudiendo yo rasgar los cielos, para que veais con vuestros ojos la gloria de que goza María, ¿como puedo manifestárosela con mis palabras? ¿Como? Si san Pablo ¹ despues que baxó del cielo dixo, que no podia hablar de lo que habia visto: si el mismo Apóstol declara, que ni los ojos han visto, ni los oídos han oido, ni el entendimiento humano es capaz de concebir el bien que Dios tiene preparado para los que le aman: ¿como, pregunto con san Bernardo ², podré yo comprehender, ni explicar la inmensa gloria, que el Señor tenia destinada, y concedió en este dia á la Madre que le engendró, y amó mas que todas las criaturas? Confieso con el santo doctor mi impericia y mi rudeza; y hecha la debida reflexiõn reconozco, que no lo acerté en otras ocasiones, empeñándome á manifestaros en sí misma la gloria que alcanzó María Santísima en su Asunciõn á los cielos. Porque aunque no fuesen falsos ni profanos mis pensamientos, á lo mas pudieron formar un diseño muy tosco de aquella gloria, y pudieron causar en vosotros alguna admiraciõn ó regocijo, afectos por lo comun estériles, y ciertamente ménos provechosos, que el de una devociõn verdadera, que segun enseña el angélico doctor santo Tomas, consiste en la prontitud del ánimo, y buen deseo de servir á Dios, y hacer quanto sea de su agrado.

¹ 1. Cor. c. 11. ² S. Bern. serm. 1. de Assump.

3 He resuelto pues , hermanos míos , tomar esta mañana otro rumbo. Y considerando , que Dios confiere la gloria ó bienaventuranza eterna en premio y á medida de los merecimientos de cada uno , juzgo que la sencilla exposicion de la excelencia de los merecimientos de María Señora nuestra os hará conocer la inmensidad de su gloria , y os enseñará el camino , que no es otro que el de las virtudes , por donde debéis ir al cielo , para alcanzarla. Por estas razones sin duda san Bernardo , habiendo hablado en su primer sermón de la Asuncion de María , en los tres siguientes habló de sus virtudes , ajustándose y explicando las cláusulas del Evangelio , que canta la Iglesia en la presente festividad. En él san Lucas , como habeis oido , nos refiere que dos hermanas Marta y María , hospedaron en su casa á la Magestad de Christo : y que Marta oficiosa se ocupó en disponer la comida , mientras que María humilde puesta á los pies del Señor le hacia compañía. Y aunque á primer vista no parece que este suceso diga respecto á María Señora nuestra , con todo mirándole con los ojos de los santos Padres descubrimos , que aquellas dos hermanas fueron símbolos de la Virgen , y lo fueron tambien de la vida activa y contemplativa , con cuyos santos ejercicios mereció la vida ó gloria eterna de que goza. Así pues de unos como de otros , así de la contemplacion y amor de la Divina bondad , que son los ejercicios propios de la vida contemplativa , como de las obras de misericordia , que lo son de la vida activa , pudiera hablaros esta mañana ; pero no permitiéndome la cortedad y la estacion del tiempo dar tanta extension á mis discursos , os hablaré solamente de las obras de misericordia , ejercicios de la perfectísima vida activa , con que María Señora nuestra se mereció la mayor gloria. Concédanos el Señor por la intercesion de su Santísima Madre la divina gracia , para que mis palabras os muevan á la imitacion de sus obras y merecimientos.

4 Aunque confesemos con san Agustin, que la eleccion de los predestinados á la gloria es un gracioso liberal acto ó efecto de la misericordia de Dios, con todo no podemos negar, que el Señor confiere la gloria exercitando su justicia. Porque san Pablo, insigne, peregrino predicador de la gracia y misericordia de Dios, declara ¹ que entran en el cielo triunfantes los que pelean valerosamente y vencen en la tierra al mundo, al demonio y á la carne: que consiguen la joya los atletas que corren velozmente en el estadio ²: y que la corona de la gloria es una corona de justicia, y no como quiera, sino tan de justicia, que la da el Señor puesto en su tribunal, como justo juez. *Reposita est mihi corona iustitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die iustus iudex.* ³ De ahí se infiere, que la gloria, que Dios desde la eternidad por su misericordia, sin atencion, ni prevision de merecimientos, quiere dar á los predestinados, la da despues de justicia, como premio, y á medida de sus merecimientos; bien que aun en esto mismo, en la execucion de su justicia acredita Dios su misericordia: porque sin que preceda ningun mérito nuestro, graciosamente nos concede la gracia habitual, sin la qual no podemos merecer la gloria; y todavía mas, nos franquea el Señor los auxilios ó gracias actuales de que necesitamos para merecer el aumento de la gracia habitual, y de la gloria: por lo que el sagrado concilio de Trento, con las palabras de san Agustin definió, que Dios coronando nuestros méritos, corona sus propios dones.

5 Lo dicho no se entiende de los niños bautizados, que mueren ántes de llegar al uso de la razon; porque Dios á estos, verdaderamente hijos suyos, da la gloria como herencia, no como premio, ni corona: se entien-

¹ II. ad Timoth. v. I I. ² I. ad Corint. c. IX. ³ II. ad Timoth. 4.

tiende de los adultos, que llegando al uso de la razón, no pueden conseguir la gloria, sino como un premio de sus merecimientos. Y aunque yo no reprehenda la envidia, que algunos muestran tener á los que mueren niños, no puedo dexar de reprehender la necedad de los que piensan, que Dios es mas misericordioso con aquellos, que con los christianos adultos. Porque siendo la gloria que podemos merecer, sin comparacion mayor que la que heredan los niños, hace Dios una gran misericordia á sus predestinados, alargándoles la vida, y dándoles su gracia para que puedan merecerla. Y aun mas debo reprehender á los que manifestando en aquella envidia algunos deseos de salvarse, y alcanzar la gloria, en vez de procurar merecerla con sus buenas obras, la desmerecen, y merecen con sus malas obras condenarse, y ser eternamente infelices en el infierno. Lamentémonos, hermanos míos, de la desgracia de estos necios perezosos, á quienes, como decia el Espíritu Santo en los Proverbios ¹, matan sus propios ineficaces deseos. Adoremos los aciertos de la divina Providencia, que ha dispuesto el negocio de nuestra salvacion de modo, que ayudados de su gracia podemos merecer, y hacernos dignos de una inmensa gloria. Y contemplemos ya las excelentes obras de misericordia, exercicios de la vida activa, con que María Señora nuestra mereció ser exáltada en este dia sobre todos los coros de los ángeles.

6 No hay duda que todos los pensamientos, deseos, palabras y obras de los justos, hechas por el influxó ó imperio, á lo ménos virtual, de la caridad, son merecedoras de la eterna bienaventuranza. Sin embargo leemos en el evangelio de san Mateo ², que Christo Señor nuestro, hablando del juicio final, declara, que en aquel dia sentado en trono de magestad, teniendo á su mano derecha á los buenos, y á la siniestra á los malos, dirá á aquellos: Venid benditos de mí

K 2

Pa-

Padre á poseer el reyno, que está destinado para vosotros desde el principio del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer: tuve sed, y me disteis de beber: fuí peregrino, y me hospedasteis: estuve desnudo, y me vestisteis: enfermo, y me visitásteis: estuve en la cárcel, y venisteis á verme. Y preguntando los justos ¿Quando, Señor, te vímos hambriento, y te dímos de comer: sediento, y te dímos de beber: peregrino, y te hospedámos: desnudo, y te vestimos: enfermo, ó encarcelado, y te visitamos? Responderá el Señor diciendo, y con juramento: Todo el bien que hicisteis á uno de estos mis hermanos pobres pequeñuelos, me lo hicisteis á mí. *Amen dico vobis, quam diu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis.*

7 Así, señores, concluye la Magestad de Christo el juicio de los buenos, sin hacer mérito de otras virtudes que de su misericordia, en cuyas obras solamente funda la sentencia de su salvacion, que pronuncia; dándonos á entender claramente que las obras de misericordia con preferencia á las demas merecen el agrado de Dios, y la eterna bienaventuranza. Pues si segun esta verdad evangélica nosotros con las obras de misericordia que exercitamos con los pobres hermanos de Jesu-Christo, y como él mismo dixo, apoderados suyos para recibir las limosnas que nos piden en su nombre, merecemos una inmensa gloria; ¿que alto concepto debemos hacer de la gloria que mereció María Señora nuestra con las obras de misericordia que exercitó con el mismo Jesu-Christo? No pudo la Virgen decirle: Quando te ví hambriento, y te dí de comer? ¿Quando te ví sediento, y te dí de beber? ni lo demas que dirán los justos en el dia del juicio. Porque siempre estuvo viendo con sus propios ojos, y asistiendo con sus manos á su amado hijo Jesus. Luego que vino al mundo, le hospedó en su útero virginal. Nacido, le alimentó con la leche de sus pechos: y en todo el discurso de su vida le asistió con la comida, bebida, vestido,

tido, y con quanto hubo menester. Fué inseparable compañera del Señor en todos sus trabajos: al principio tierno infante le llevó en sus brazos á Egipto, para librarle de la crueldad de Heródes, y á lo último de su vida se mantuvo constante al pié de la cruz hasta verle espirar; y aun pasando su piedad los términos de la muerte, recibió en sus brazos á su Hijo difunto, y le puso en el sepulcro.

Fué pues María en el obsequio del Señor sin comparacion mas solícita y oficiosa que Marta. Porque fuera de que no sabemos que Marta mas de una vez hospedara en su casa á Jesu-Christo, hemos de creer, que siendo una muger rica, toda su solitud y oficiosidad se reduxo á dar á sus criadas las órdenes correspondientes, y á estar á la vista, para que en todo pusieran el mayor cuydado, al modo que vemos lo executan en semejantes ocasiones las prudentes madres de familias que son como deben ser. Pero María Señora nuestra, muger de un pobre carpintero, tuvo el cuydado que Marta, y á mas el humilde pesado trabajo de guisar, fregar, barrer, y hacer por sí misma quanto se ofrecia en su casa para la asistencia de su Hijo. ¡O Marta prodigiosa! ¡Mas qué Marta! No ha habido, ni puede haber en el mundo Marta tan obsequiosa con el Señor, como lo fué María.

8 A la verdad no pudo hacer mas de lo que hizo en obsequio de su Hijo. Y esto no obstante, no se dió por satisfecha, sino que quiso dilatar mas y mas las entrañas de su misericordia, exercitándola en obsequio del Señor con los hombres hermanos suyos. Fuera de desear que los evangelistas hubiesen escrito la historia de María Señora nuestra, paraque supiésemos y admirásemos las estupendas obras de su misericordia. Mas por razones misteriosas que no alcanzamos, nos dexáron muy cortas noticias de su vida: bien que con lo poco que dixéron, bastantemente manifestáron, que fué inimitable su misericordia. Pues la primera vez
que

que san Lúcas habla de la Virgen ¹, refiriendo la encarnacion del Divino Verbo en sus entrañas, nos dice, que con la noticia que entónces la dió el ángel del preñado de su prima santa Isabel, se fué á asistirle en su parto. ¿Y quan de priesa? En el mismo dia de la encarnacion, dicen unos: dos dias despues, dicen otros: y el Evangelista expresamente dice, que marchó á toda priesa: *Abiit cum festinatione*. Ni la detuvo la alta dignidad de Madre de Dios que acababa de recibir: ni la delicadeza de su tierna edad, ni la distancia y aspereza del camino: luego, luego, no sufriendo dilaciones su cariñosa piedad, marchó á las montañas de Judea. ¿Y qué admirables benéficos efectos causó su arribo? Llenó de gracias al Bautista, de regocijos á Isabel, de bendiciones á toda la casa de Zacarías, y de admiracion á toda la comarca; y en los tres meses que la Virgen se mantuvo allí hasta el parto de su prima, prosiguió, segun nos asegura san Ambrosio ², derramando perenes, copiosos raudales de misericordia.

9 Igualmente en las bodas de Caná de Galilea dió María Santísima muestras de que toda era ojos, y que no tenia límites su misericordia. Pues, segun nos refiere san Juan ³, fué la primera que advirtió la falta del vino, y fué la primera y la única que acudió al remedio, para evitar, segun discurre san Juan Chrisóstomo, el sonrojo y disgusto que tendrian los novios, diciéndole á su Hijo: No tienen vino. *Vinum non habent*. Nada mas dixo, así como nada mas dixéron Marta y María en la enfermedad de Lázaro, que: Señor, está enfermo el que amas. Y aquella sencilla insinuacion bastó para que Jesu-Christo convirtiera el agua en vino generoso. Porque penetrando el corazon de su madre, y sus entrañas todas de misericordia, vió el ardiente deseo que tenia de que socorriera aquella necesidad,

¹ Luc. c. 1. ² S. Ambr. lib. 2. com. in Luc. 1. post init.

³ Ioann. c. 11.

sidad, y por complacerla obró el primer milagro de su poder, que puede llamarse milagro de la misericordia de María.

10 En otras muchas ocasiones sin duda acreditó la Virgen con sus palabras y con sus obras, su inefable misericordia. Y es sensible, vuelvo á decir, que los evangelistas no nos dieran, para nuestra edificacion, una exácta noticia de ellas. Mas en parte supliéron esta falta los santos Padres, que fieles depositarios de la tradicion, quiero decir, fieles testigos de muchas verdades que oyéron, y no escribiéron los apóstoles, y evangelistas, nos aseguran, que María Santísima fué el consuelo de los afligidos, el socorro de los necesitados, el conducto por donde su Hijo dispensó las gracias, exercitó su infinita misericordia con todos. Y de aí con razon infieren, que la Virgen fué el original de aquella preciosa muger fuerte de los Proverbios. Porque dexando aparte las demas virtudes, de que estuvo adornada María, y fixando la atencion en su misericordia, que hace mas á mi intento, la contemplo en aquel sumo grado de perfeccion, que reconoció Salomon en la muger fuerte. Pues fué muy laboriosa, para poder ser mas misericordiosa, diciéndonos Orígenes, que hilaba, san Epifanio que cosia, san Gerónimo que texia, y todos los santos Padres que continuamente trabajaba en lino y lana para vestir á su Hijo, y á su Esposo, y socorrer á los pobres: que es lo que Salomon dixo de ella en profecía ¹: *Quæsiuit lanam & linum, & operata est consilio manuum suarum. : Manum suam aperuit inopi, & palmas suas extendit ad pauperem.*

11 ¿Y que esto no obstante haya muger christiana que dexé de trabajar en lino y lana, labores provechosas? ¿Haya mugeres pobres que no quieran trabajar, quando no para dar limosna como la Virgen, á lo ménos para no tener que pedirla, faltando á la obligacion que Dios les impuso de trabajar para comer? ¿Haya

mu-

¹ Prov. c. xxxi.

mugeres ricas, que con el pretexto de sus riquezas estén todo el dia ociosas, ó frívolamente ocupadas con bagatelas? Mas ricas que vosotras fuéron las Conegundas, las Matíldes, las Isabelas, y trabajáron á la rueca y almohadilla. Y para que no me salgais con la indigna disculpa de que fuéron santas, sin serlo Blanca de Francia, Constanza de Aragon, Isabel de Castilla, y otras muchas reynas insignes fuéron sumamente laboriosas. Sin ser christiana la emperatriz Livia trabajó en lino y lana tanto, que su marido Octaviano Augusto César no vistió otras telas, que las que su muger le hizo. Sobre todo, que seais pobres, que seais ricas, en María Santísima teneis una maestra que os enseña con su exemplo lo que debeis hacer. Si sois pobres, la Vírgen fué la mas pobre, la mas laboriosa: si sois ricas, sabed, que Jesu-Christo pudo dar á su Madre todas las riquezas del mundo, y pudo mandar á millares de legiones de ángeles que baxaran á servirla; pero no quiso, sino que fuese pobre, con el fin de que trabajando con sus manos para mantenerle, y socorrer á los pobres, resaltara mas y mas su misericordia.

12 No quisiera, hermanos mios, que lo que hasta ahora os he dicho de la continua aplicacion de María Santísima al trabajo, y al socorro de los pobres, os hiciera pensar, que estos ejercicios de la vida activa sirviéron de impedimento á la contemplacion y al amor de Dios, ejercicios de la vida contemplativa. Porque así como las dos mugeres del Evangelio Marta y María fuéron hermanas, así estuviéron en la Vírgen hermanadas ámbas vidas; pues María Señora nuestra trabajando oraba, y orando trabajaba. Al mismo tiempo que como Marta trabajaba, como María miraba á su Hijo, oía sus palabras, las que meditaba, ó segun se explica nuestro Evangelista, conservaba, mas que en su memoria, en su corazon abrasado con el fuego de la caridad. Y quanto mas subia en su voluntad, segun la expresion de san Gregorio, el amor hácia Dios,

tan-

tanto con mas fuerza baxaba su amor hácia los hombres, mereciendo ser exáltada en este dia sobre todos los cielos.

13 No podemos imaginar, Hermanos míos, que Christo Señor nuestro se contentase con decir á su Madre en el dia de su Asuncion á los cielos, lo que dice á los misericordiosos en el dia de su muerte ó juicio: Venid benditos de mi Padre á poseer el reyno que os tiene preparado, porque exercitásteis la misericordia conmigo, y con los pobres. Debemos creer que el Señor no solo determinó en justicia conferir á su Madre una gloria substancial, que consiste en ver, amar y gozar de Dios, superior á la de todos los hombres y ángeles, sino que habiéndola concedido el especialísimo privilegio de resucitarla, para que con cuerpo y alma se subiera á los cielos, quiso en este dia de su triunfo favorecerla con las mas honrosas cariñosas demostraciones. Mandó á sus ángeles, segun discurre san Anselmo, y nuestro santo prelado Tomas de Villanueva, que baxaran á acompañarla: salió á recibirla con todos los cortesanos del empireo: y con las palabras de los Cantares la dixo: Ven amada mia, paloma mia, hermosa mia, ven á coronarte. Ya se acabó el invierno de las tribulaciones, ya cesó la lluvia de las lágrimas; ven: vea yo tu bello rostro, suene tu dulce voz en mis oídos, ven á mis brazos á recibir el delicioso premio de los trabajos que padeciste por mi amor. Así reclinada sobre su amado Hijo entró María en el empireo, y colocada á la diestra del Señor, enagenada de gozo cantó, y cantará eternamente el cántico que cantó en casa de Zacarías: Engrandece mi alma al Señor, que ha hecho en mi alarde de su poder. Y nosotros llenos de la mas tierna devocion en cumplimiento de su profecía, debemos aclamarla feliz y bienaventurada. *Beatam me dicent omnes generationes.*

14 Mas para que el fin corresponda al principio, y designio de mi oracion, y procureis celebrar dignamente-

mente la presente sagrada festividad, no puedo dexar de repetiros, que la verdadera devocion consiste en la prontitud del ánimo, y buen deseo de agradar y servir á Dios. Baxo cuyo supuesto, por poca reflexion que hagais, conoceréis si sois verdaderos devotos del Señor y de su Madre. Quizá pensariais serlo, estrenando oy un nuevo, rico, costoso vestido, cubriendo la mesa con abundantes delicados manjares; Que error! ¿Acaso pueden agradar á Dios, y á su santísima Madre esos excesos? ¿Pueden ser efectos de una verdadera devocion? ¿No nacen de la vanidad, y de la gula? Por mas que troqueis los nombres de las cosas, llamando virtudes á los vicios, no lograréis que los vicios sean virtudes, que sean devocion la vanidad, y la gula. ¡Qué mal instruidos estais en los principios de nuestra Religion! ¿Quereis adorar al verdadero Dios, como adoraban los gentiles á Júpiter, y á Baco? Pensais adorar en espíritu y verdad á un Dios que se hizo pobre, hijo de una Madre pobre, miéntras que rozais galas, y saciais vuestros apetitos? ¿A un Dios misericordioso, hijo de una Madre misericordiosa, miéntras que no socorreis á tantos que claman hambrientos, desnudos, enfermos, encarcelados? ¿Como esperais oír de la boca del Señor: Venid benditos de mi Padre? ¿Como no temeis, que el Señor os diga: id malditos desapiadados al fuego eterno? Desengañaos, amados hermanos míos: para ganar una sentencia favorable en aquel justo tribunal, debeis imitar á María señora nuestra, ser modestos en el vestido, parcós en la comida, paraque ahorrando gastos superfluos podais socorrer á los pobres, y dar á la virtud de la misericordia lo que quitais á la vanidad, y á la gula. Esto es lo que la Iglesia intenta en este dia proponiéndonos la gloria, que alcanzó la Virgen en premio de su misericordia. Esto desea nuestra amorosa Madre, y para conseguirlo nos ofrece su proteccion poderosa. Implorémosla, Hermanos míos, con la mayor humildad, diciéndola con las

palabras de la Iglesia: Mostrad con las obras que sois nuestra Madre. Limpiad, aligerad nuestras almas de terrenos afectos; abrid en nuestro corazon el camino de la virtud, desembarazadle de vicios, para que siguiendo vuestros pasos subamos al cielo, lleguemos á ver en compañía vuestra á vuestro Hijo, que reyna con el Padre, y con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

S E R M O N XXX.

DE LA ASUNCION DE MARÍA
SEÑORA NUESTRA. (*)

Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea. Luc. c. X.

I **H**abiendo predicado no sé quantas veces de la Asuncion de María señora nuestra á los cielos, Ilustrísimo señor mi Señor, bien puedo decir con san Leon¹, ser muy difícil hablar muchas veces digna y aptamente de un mismo asunto. Aunque en esta ocasion debo confesar, que mi dificultad no proviene de la cortedad del asunto, sino de la cortedad de mi ingenio: porque quanto mas sublime é inefable es el asunto, tanto mas copiosa materia da para su elogio; y jamas puede faltar que decir, quando nunca puede ser bastante lo que se dice. Así se explicaba aquel eloqüentísimo Padre de la Iglesia en uno de los muchos sermones que predicó de la Pasion y muerte de nuestro

L 2 Re-

(*) Predicado en la santa Iglesia de Valencia el año de 1765.
¹ S. Leo, Ser. II. de Pass. Domini.

Redentor Jesu-Christo. Y así debo explicarme yo, Hermanos míos, habiendo de hablar de la muerte y Asuncion de María señora nuestra á los cielos. Porque si bien es infinito el exceso que Christo Dios verdadero lleva á su madre María, pura criatura, con todo la excelencia y la gloria de esta queda en la clase de inmensa: de modo, que por mucho que se diga, jamas se apura el asunto, siempre resta mucho mas que decir en su alabanza.

2 Y esto que se verifica de María Santísima en su Concepcion, Nacimiento, Anunciacion y demas misterios de su vida, con mayor propiedad se verifica en su muerte, y Asuncion á los cielos; quando estuvo mas que nunca llena de gracia, y quando elevada sobre los coros de los Angeles, Arcángeles, Potestades, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines, y colocada junto al solio de la Trinidad Beatísima, consiguió una gloria no solo inefable, sino verdaderamente incomprehensible. Porque si san Pablo ¹ decia, que ni los ojos han visto, ni los oidos han oido, ni cabe en el pensamiento humano la bienaventuranza que Dios tiene preparada para los que le aman; ¿quien puede comprehender, decia san Bernardo ² la gloria que el Señor tenia destinada, y concedió en este dia á la Madre que le engendró en sus entrañas, le crió á sus pechos, y le amó mas que todas las criaturas?

3 Ríndase pues, ó para decirlo con las mismas palabras de san Leon ³, sucumba mi rudeza á la inmensa gloria de María, y reconózcase incapaz de aplaudirla dignamente. Sin embargo siguiendo el exemplo y la doctrina del mismo santo Padre, para cumplir con la obligacion de mi ministerio, y no defraudar vuestra devocion, debo, Hermanos míos, hablar del misterio que hoy celebramos, del modo que lo permita
mi

¹ I. Corint. c. II. ² S. Bern. serm. 1. de Assump. ³ S. Leo loc. cit.

mi insuficiencia. Y supuesto que la última vez que prediqué en este día os propuse á la Virgen semejante á aquella muger llamada Marta, que, segun nos refiere el evangelista san Lucas, fué muy oficiosa y solícita en servir á Jesu-Christo hospedado en su casa; me parece ser consiguiente os proponga á María Santísima semejante á la otra María hermana de Marta, que puesta á los pies del Señor, estuvo dulcemente embelesada en oírle, contemplarle y amarle. Quiero decir, que siendo, segun enseñan los santos Padres aquellas dos hermanas simbolos de la vida activa y contemplativa, y simbolos tambien de María señora nuestra, despues de haberos manifestado los exercicios de la vida activa de María, pienso mostraros los exercicios de su vida contemplativa. Mas claro, habiéndo ponderado entónces las excelentes obras de misericordia, con que la Virgen mereció alcanzar en el día de su Asuncion á los cielos el premio de la mayor gloria, intento haceros ver esta mañana, que aun la mereció mejor con la contemplacion y amor de la Divina bondad.

Y para conseguir mi designio, Hermanos míos, me ceñiré á hablaros solamente del tiempo que vivió María Santísima en este mundo despues de la muerte de su amado Hijo. Porque fuera de que entónces fué su vida enteramente contemplativa, he hecho el ánimo de ser de aquí adelante ménos prolixo de lo que he sido hasta ahora, para imitar á los santos Padres en la brevedad, ya que no puedo en la eloqüencia ni en el zelo. Y con esta inteligencia os ruego, y espero me oigais con atencion por un breve rato.

4 Muchos se admiran de que sean tan pocas las noticias que nos dexaron los evangelistas de María señora nuestra, pues nada nos dicen de su Concepcion, nada de su Nacimiento, ni la nombran hasta que llega el caso de referirnos la Encarnacion del Hijo de Dios en sus purísimas entrañas. Despues muy de paso, y

como por incidencia escriben algunas de sus acciones. Pero aun es mas de admirar, que san Lúcas habiéndolo compuesto un libro para narrar los Hechos de los Apóstoles, despues de la Ascension del Señor, solamente en su principio nos refiere, que se congregaron en el cenáculo, en donde permaneciéron orando en compañía de María Madre de Jesus; y nada mas: ni una palabra del resto de su vida, ni del lugar, del tiempo, y del modo de su muerte. Y no pudiendo atribuirlo á descuydo, debemos juzgar, que san Lúcas tuvo muchas buenas razones de su silencio.

5 San Epifanio ¹ discurre que los Escritores Sagrados de propósito ocultaron la prodigiosa vida de María despues de la muerte de su Hijo, paraque no asombrara, ni pasmara á los hombres su noticia. Y aunque en esta parte debemos venerar la piedad de aquel santo Padre, no podemos seguirla, miéntras que puesto en el empeño de impugnar á los hereges, que con sus lenguas blasfemas se atreviéron á manchar la pureza de la Virgen, se dexó llevar, ó como se explica el cardenal César Baronio ², arrebatarse del ímpetu ó vehemencia de su devocion hasta el extremo de dudar de la muerte de María señora nuestra. Porque es cierto, y debemos creer que murió la Virgen, como murió su divino Hijo; y así la Iglesia en este dia no ménos celebra su dichosa muerte, que su gloriosa Asuncion á los cielos.

El Angélico doctor santo Tomas ³ con la piedad y solidez que acostumbra, nos enseña, que María Santísima estuvo adornada de todos los dones y gracias en el grado mas excelente; pero que no tuvo el uso, ó exercicio de todas ellas, sino en quanto competia á su condicion. Del don de sabiduría, dice el santo doctor, tuvo el uso para conocer y contemplar las perfecciones

¹ Hær. 78. §. II. ² Bar. ad ann. 48. §. II. & 12. ³ S. Th. 3. p. q. 27. art. 5. ad 3.

nes y misterios divinos, mas no para enseñarlos á los hombres. Ni de la gracia de hacer milagros usó María Santísima mientras vivió en el mundo, como ni tampoco los hizo el Bautista: porque debiendo entonces confirmarse la verdad de la doctrina de Jesu-Christo, convenia, que solo el Señor, y los apóstoles que eran sus operarios, hiciesen milagros. Así pues, habiéndose propuesto san Lucas referir, como se propagó en el mundo la fe, y religion christiana, no correspondia que hablase de María señora nuestra, que no fué elegida para predicar el Evangelio.

6 Como quiera, de este silencio, verdaderamente misterioso, bien podemos inferir, Hermanos míos, que María Santísima despues de la muerte de su Hijo vivió separada del comercio del mundo, recogida en la casa del evangelista san Juan, y enteramente dedicada al exercicio de la oracion ó contemplacion. Antes, mientras vivió su Hijo Jesús, se empleó en asistirle como buena Madre, y en servirle como una humilde esclava suya. Entónces fué Marta solícita laboriosa, y mucho mas laboriosa que Marta. Porque esta muger rica pudo tener el trabajo de cuydar que sus criadas previniesen la comida para su huésped Jesu-Christo; pero María nó teniendo criadas á quien mandar, hubo de guisar, fregar, barrer, y hacer por sí misma quanto hacen en sus casas las mas pobres mugeres. Y á mas de esto con el trabajo de sus manos, segun escriben los santos Padres hilando, cosiendo, ó texiendo ayudó á su esposo Joseph á mantener á su Hijo Jesús. ¡O Marta prodigiosa! exclama nuestro gran Prelado santo Tomas de Villanueva. Mas que Marta? Ni hubo, ni puede haber en el mundo tal Marta.

Pero al mismo tiempo que María señora nuestra mejor que Marta exercitó con su hijo las obras de misericordia propias de la vida activa, tambien se exercitó en las que son propias de la vida contemplativa. Porque trabajaba orando, y oraba trabajando: Marta

servía á Jesus como á su dueño, y María le adoraba como á su Dios: hasta que despues de su muerte dexando de ser Marta, fué toda María. Ya no perturbáron su ánimo los cuydados, ya no afligiéron su coazon las penas, ya no fatigáron su cuerpo los trabajos: ya no fué Marta solícita laboriosa; sino que como María dedicándose del todo á la contemplacion, eligió, y se llevó por entero la mejor parte. *Maria optimam partem elegit.* Con cuyas palabras nos dió á entender san Lucas, que aunque son muy buenos los ejercicios de la vida activa, son mucho mejores los de la contemplativa.

7 Y esto mismo conoció Séneca, quando puesto á graduar la bondad de las cosas criadas, atendiendo el órden ó respecto que unas dicen á otras, y advirtiendo que Dios crió todas las cosas visibles para beneficio del cuerpo humano y de sus sentidos, que produjo los sentidos para que sirvan al entendimiento y á la voluntad, y que dió á nuestras almas estas dos nobles potencias para que las empleemos en conocer y amar al Criador; concluyó diciendo, que el conocimiento y amor de Dios es lo mas perfecto, el sumo bien, y la bienaventuranza del hombre. Pues si los filósofos gentiles hicieron tanto aprecio de aquel conocimiento y amor de Dios, que pudieron adquirir con las luces y fuerzas naturales: ¿que alto concepto debemos nosotros formar del conocimiento y amor de Dios que adquieren en la oracion los santos, ayudados con las sobrenaturales luces de la fé, y con los auxilios de la gracia? Y quan altísimo concepto debemos formar del conocimiento y amor de María Santísima, cuyo entendimiento estuvo ilustrado con el don de la mas sublime sabiduría, cuya voluntad estuvo inflamada con el mas ardiente fuego de la caridad, cuya memoria, segun dice nuestro Evangelista ¹, fiel conservaba quanto habia visto hacer, quanto habia oido decir al mismo Dios?

¹ Luc. c. II.

Dios? ¿Y acaso, preguntaré con Isaías ¹, la mejor madre pudo olvidar jamás acción ó palabra alguna de su amado unigénito Hijo? O bien le contemplaba concebido en su útero virginal, ó nacido en un pesebre, ó dormido en su regazo, ó arrimado á sus pechos. O bien le contemplaba predicando en las ciudades, y en los desiertos, ó aplaudido de las turbas, ó perseguido de los Fariseos, ó muerto en una cruz, ó resuscitado, ó triunfante en los cielos. Y penetrando la profundidad de tantos misterios, se elevaba su mente sobre el empíreo á contemplar la esencia, y los atributos de Dios. Volabas, ó águila generosa, volabas más alto de lo que puede alcanzar mi débil vista.

8 Y no es ménos difícil, hermanos míos, registrar los senos de su voluntad, ó corazón enamorado de Dios. Porque si bien la contemplación es acto del entendimiento, según enseña S. Tomás ², nace de la voluntad; ó por mejor decir, el entendimiento y la voluntad concurren, y recíprocamente se ayudan en el ejercicio de la oración. La voluntad mueve al entendimiento á que contemple la bondad de Dios, á quien ama: y quanto más contempla y conoce el entendimiento la Divina bondad, tanto más se inflama la voluntad en su amor. Siendo pues tan elevada la contemplación de María Santísima, ¿quan ardiente sería su caridad? Siendo infinito el amor de Dios para con su madre, é inestimables los favores que la dispensaba, ¿quan fina sería la gratitud y correspondencia de la Madre para con su Hijo Dios? Y hallándose María libre de toda culpa, de la rebeldía del apetito, de afectos y pensamientos terrenos, y por consiguiente de distracciones, fué toda su vida, singularmente después de la muerte de su Hijo, un perenne continuo ejercicio de la más fervorosa oración. ¡Qué dulces serían sus coloquios con Dios! ¡Quan frecuentes sus éxtasis, raptos y deliquios! ¡Quan perfecta

Tom. II.

M

su

¹ Isai. c. XLIX. v. 15. ² S. Th. 2. 2. q. 180. art 1.

su caridad! ¡Quanta la plenitud de su gracia á lo último de su vida!

9 Ya en el primer instante de su ser estuvo María Señora nuestra llena de gracia; pero esto no obstante, por una especie de milagro, fué llenándose mas y mas de cada dia, fué siempre de aumento su caridad y su gracia, de un modo que no podemos alcanzar. Sin embargo permitidme, señores, que para daros alguna luz me valga de una doctrina teológica. Enseñan los teólogos con santo Tomas¹, que con los actos de caridad ó amor de Dios merecemos el aumento de la misma caridad y de la gracia: con esta diferencia, que si los actos son remisos ó tibios, en sentir de algunos se retarda el aumento de la caridad, hasta que prorumpimos en actos fervorosos; mas quando los actos son fervorosos, desde luego conseguimos en premio el aumento de la caridad. Por exemplo, si tenemos quatro grados de caridad, y en este instante hacemos un acto fervoroso como cinco, merecemos el aumento de un grado de caridad: si en el siguiente hacemos un acto fervoroso como seis, adquirimos otro grado de caridad, y así se va doblando el aumento en lo sucesivo. Contad pues, si podeis, Hermanos míos, los innumerables instantes de la vida de María Santísima, y sabiendo que en todos ellos hizo los mas fervorosos actos de caridad, conoceréis admirados, que esta se aumentó hasta lo sumo, hasta que no pudo aumentarse mas, hasta el extremo de quitarle la vida las vehementes dulces violencias de la caridad.

10 Parece que el indecible mutuo amor con que se amaban Jesus y María, pedia que al mismo tiempo que el Señor espiró en una cruz, muriese su Madre que estaba al pié de ella traspasada de dolor, para que así jamas se separasen. Pero confesando que son inescrutables los juicios de Dios, bien podemos discurrir, que el Señor dispuso que su Madre quedase en el mundo,

¹ 2. 2. q. 24. a. 6.

do, para que dedicada enteramente á la oracion con los mas fervorosos actos de caridad, mereciese toda aquella inmensa gloria á que la habia predestinado. Porque bien que la eleccion ó predestinacion de los santos á la gloria preceda sus merecimientos, y sea acto de la misericordia de Dios, con todo el Señor, segun enseña san Pablo ¹, no les confiere la gloria sino como corona, ó premio de sus merecimientos, y con un decreto de la mas rigurosa justicia. Y esto mismo debemos juzgar de la gloria de María Señora nuestra. Sea enhorabuena efecto de la Divina liberalidad haberla exímido de la culpa original, y de las maldiciones en que por ella incurrió nuestra primer madre Eva: sea gracia ó privilegio haberla preservado de la corrupcion, y haberla resuscitado para subir en cuerpo y alma á los cielos; mas no se diga que no tuvo derecho á toda la gloria de que goza. Fuera desayre suyo creerla mas dichosa que benemérita. Pues aunque á veces el mundo lisonjero aprueba ó disculpa, que por afectos de carne y sangre se den á parientes ménos dignos los empleos, que deben darse á los mas dignos: por lo comun el mundo mismo hace la justicia de reprobalo, y de honrar á los que por sus méritos consiguen las dignidades. Y en fin sea lo que fuere del juicio del mundo, lo cierto es, que en el juicio de Dios no hay ninguna accpcion de personas: de modo que san Agustin expresamente dixo, que poco le hubiera aprovechado á la Virgen el parentesco de Madre de Jesu-Christo, si no le hubiese llevado mejor en su corazon, que en su vientre: esto es, si no le hubiese servido y amado con la fineza y fervor, que habeis oido.

II Recocijaos pues en este dia, hermanos mios, os diré con san Bernardo, viendo que nuestra madre María alcanza la bienaventuranza y la gloria, que de justicia le era debida por sus merecimientos: una gloria superior á la de todos los santos, ángeles y serafines: una

M 2

glo-

¹ 2. Timoth. 4. ² S. Aug. lib. de S. Virg. cap. 13.

gloria, que como os dixe al principio, mas puede admirarse, que comprehenderse. Pero no quisiera haber solamente excitado en vuestro corazon los estériles afectos de regocijo y admiracion: deseo que mis palabras produzcan en vosotros los mas abundantes frutos espirituales: deseo que quede impreso en vuestra memoria y corazon lo que acabo de decir de la justicia, con que Dios confiere la vida eterna á los que la merecen con sus buenas obras; y tanto mas lo deseo, quanto mas conozco, que son muy pocos los que temen á la Divina justicia, y muchísimos los que loca y vanamente confian en la Divina misericordia. No negaré, que uno ú otro se condena de desesperado; mas me habréis de confesar, que son innumerables los que se condenan de confiados. Pues continuamente estamos oyendo que los pecadores reprehendidos ó amenazados con las penas del infierno responden, que es infinita la misericordia de Dios, y añaden ser poderosísimo el patrocinio de su Madre María Señora nuestra; y así con esta confianza prosiguen obstinados en sus culpas.

12 ¡Que error! ¡Que lástima! ¡Que injuria haceis á Dios, pecadores, tomando de su infinita misericordia ocasión ó pretexto para ofenderle! Quando, segun decia san Pablo ¹, la benignidad ó misericordia de Dios debe moveros á la penitencia ó arrepentimiento de haberle ofendido, con su desprecio y con la dureza de vuestro corazon atesorais tesoros de ira para llorar sus rigores en el dia de la ira, y del juicio. ¡O deplorable desvarío! vuelvo con razon á exclamar, pues por infinita que sea la misericordia de Dios, ni quiere, ni puede el Señor salvar á los que no se arrepienten de sus culpas. Y por mas eficaz que sea la proteccion de María Santísima, ni quiere, ni puede pedir á su Hijo que perdone á los pecadores impenitentes. Desengañaos pues, hermanos míos, deponed esa vana loca confianza en la misericordia de Dios: sea vuestra esperanza

cuer-

¹ Rom. c. II.

cuerda, racional, christiana, fundada en la fe de que Dios misericordioso, arrepintiéndoos de vuestras culpas, os concederá su gracia, y perseverando en ella hasta la muerte, os dará la gloria como corona y premio de vuestras buenas obras.

13 A mas de esta verdad deseo, hermanos míos, tengais muy presente otra no ménos provechosa, es á saber, que para arrepentiros de vuestras culpas, para perseverar en gracia de Dios, y merecer la gloria eterna, es absolutamente necesario el ejercicio de la oracion. Creer que sin la oracion podeis vencer á los enemigos de vuestra alma, resistir sus tentaciones, ir al cielo por el camino de la virtud, es creer, que sin armas podeis vencer á vuestros mas fieros enemigos bien armados, caminar á obscuras y sin guia por una senda angosta y escabrosa, curar sin medicina, vivir sin alimento. Y aun si bien se mira, estos símiles de que se vale la sagrada Escritura, no demuestran bastantemente la gran necesidad que tenemos de la oracion, tanta, quanta es la necesidad que para salvarnos tenemos de los socorros de la Divina gracia, que el Señor dispensa á los que humilde y fervorosamente la piden. Ahora bien. ¿Quereis, amados hermanos míos, salvaros? ¿Deseais ver la inmensa gloria de que goza María Señora nuestra en el cielo? Imitadla en el ejercicio de la oracion. No pretendo que vuestra vida sea enteramente contemplativa: me contento con que destineis algun rato del dia para recogeros á contemplar la infinita bondad de Dios, sus perfecciones y beneficios, de modo que vuestra voluntad se inflame en su amor. Vuestras muchas ocupaciones no pueden ser estorbo, ni disculpa para dexar de cumplir con el precepto que el Señor nos impuso de orar, y de orar con freqüencia; pues san Pablo ¹ hablando con todos los christianos, nos decia: Orad á todas horas. Y sin duda mas ocupado que vosotros estuvo David, rey de las doce Tribus
de

¹ Ephes. c. vi.

de Israel: mas lo estuvo Daniel primer ministro del rey de Babilonia: mas lo estuviéron otros innumerables santos; y esto no obstante fué continua fervorosa su oracion. Por lo mismo que estais muy ocupados, y quanto mas ocupados esteis en negocios temporales, tanto mayor es el peligro de que vuestro espíritu se disipe, vuestro corazon se manche con terrenos afectos, y vuestra alma se pierda en el laberinto de este mundo; por consiguiente tanto mayor es la necesidad de orar y pedir al Señor que os guie y lleve al cielo por el camino de la virtud.

14 Así lo conocemos, amabilísimo Jesus, y ya prostrados á vuestros pies os pedimos, no con la lengua sino con el corazon humillado y contrito, no honras, ni riquezas, ni bienes terrenos, sino lo que Vos declarasteis ser la mejor parte, lo único necesario, la gracia de serviros y amaros en esta vida: y la pedimos por vuestros infinitos merecimientos y por la intercesion de vuestra Madre, y Madre nuestra María, paraque amándoos en este mundo, merezcamos la dicha de amaros eternamente en el cielo, y veros reynar con el Padre, y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

SERMON XXXI.

DE SAN ROQUE.

Sint lumbi vestri præcincti. Lucæ. c. XII. v. 35.

1 La vanidad y la ignorancia introduxéron en el mundo la costumbre de celebrar los dias en que cumplen años los hombres, como si no hubieran nacido á ser míseros, infelices, mortales y pecadores. La piedad christiana estableció en la Iglesia la práctica de celebrar los dias en que muriéron los santos, á los quales llama dias de su nacimiento, porque en ellos sus almas, saliendo de la cárcel del cuerpo, nacióron á la inmortal vida de la gloria. Todos los fieles debemos alegrarnos de la gran felicidad que empezáron á gozar los santos en el dia de su muerte, venerar su memoria, é implorar su patrocinio. Pero al mismo tiempo que la fe nos enseña que el culto de los santos es muy justo y agradable á Dios, nos previene que es muy inferior al que debemos tributar á su Divina Magestad. A Dios criador de cielo y tierra, á Jesu-Christo Redentor de nuestras almas, debemos adorar con una suprema adoracion, con la que reconocemos su soberano dominio, y nuestra sujecion y dependencia. A los santos debemos venerar por aquella parte de santidad y gloria que les ha comunicado el Señor, y aun paraque este culto sea acto de Religion debe dirigirse y terminarse á Dios, como al origen y á la fuente de la santidad que ellos gozan.

2 Lo mismo, oyentes míos, debo deciros á cerca de la invocacion de los santos. Debeis invocarlos muy de
otra

(*) Predicado en Benicalaf.

otra manera que á Dios. A Dios debéis pedirle que os dé su gracia, y que os perdone los pecados: que os dé la salud, y que os cure la enfermedad: que os dé buenas cosechas, y que remedie vuestras necesidades; porque Dios es quien hace y puede hacer todo esto. A los santos, ni á María Santísima, no teneis que pedirles que os den bienes, y que os quiten males; porque nada de esto pueden por sí mismos: lo que pueden hacer y hacen, es interceder con Dios por vosotros; y así invocadlos, no como á dueños, sino como á abogados vuestros. Advertid con reflexion esta diferencia que hay entre la adoracion que debéis á Dios, y la veneracion que debéis á los santos: no sea que la ignorancia en lugar de devotos os haga supersticiosos. Y para entenderlo fácilmente, reparad en el modo con que venerais al rey y á aquellos grandes señores que están en su palacio, y á su lado. Al rey le venerais con un profundo rendimiento como á señor y dueño vuestro: á aquellos señores los mirais con un respeto debido á la alta dignidad que gozan, y á la confianza que merecen del soberano. Y aun mas clara se percibe la diferencia en el modo de hacer las súplicas. Al rey le suplicais que os haga alguna gracia, ó que os perdone algun delito. A los señores favorecidos del rey y á su propia madre, pedís que intercedan con su Magestad para el logro de vuestra pretension. Pues así mismo, quando os postrais en presencia de Dios, adoradle como á dueño, criador y salvador vuestro, y rogadle que misericordioso socorra vuestra necesidad. Esto es lo primero que debéis hacer quando entráis en el templo; hecho esto, recurrid á los santos, implorad su patrocinio, y venerad en ellos no aquellas prendas naturales que los hicieron sobresalir entre los hombres (sería este un culto profano) sino las virtudes y la gracia que los hacen resplandecer en los cielos.

3 No venereis en el gloriosísimo santo de este día el señor san Roque, la elevada nobleza de su sangre

ilus-

ilustre , sino el esplendor de sus virtudes heróicas: no las riquezas de su patrimonio, sino la piedad con que las distribuyó entre los pobres: no el dominio y mando que tuvo sobre sus vasallos, sino la perfecta obediencia con que se sujetó á Jesu-Christo y á su santa ley. Sabiendo que el Señor manda en el Evangelio á sus discipulos, que al modo que los soldados antiguamente se ceñian con un cinto militar, que era la insignia de su profesion, así tambien ellos se ceñian los lomos: *sint lumbi vestri præcincti*: porque es lo mismo, ser christiano que ser soldado de Jesu-Christo, que debe pelear contra el mundo, contra la carne, contra el demonio que nos hacen continua guerra: Sabiendo, digo, esto nuestro Santo, se ceñó los lomos, sentó plaza de soldado de Jesu-Christo, sujetándose á todas las leyes y ordenanzas del Evangelio. Y como la primera obligacion de un soldado es sufrir los trabajos de la guerra, y su mayor gloria es exponerse á los peligros: san Roque para ser perfectísimo christiano ó soldado de Jesu-Christo sufrió los mayores trabajos de esta vida, y se expuso á padecerlos por sus próximos. Estas serán las dos partes de mi oracion. En la primera veréis su paciencia heróica: en la segunda su caridad y misericordia insigne. Aprenderéis á ser sufridos, y misericordiosos, si me estais atentos.

Primera Parte.

4 **L**os ricos y los nobles quanto ántes logran los primeros empleos militares; porque la nobleza de la sangre y las riquezas son los medios mas poderosos para subir en la milicia del mundo: pero no lo son para adelantarse en la perfeccion christiana ó en la milicia de Jesu-Christo, ántes son muy á propósito para atra-

sarse; porque las armas con que pelean los christianos no son de oro ó de plata: son las penitencias, los ayunos. No son armas del cuerpo: son del espíritu, como decia san Pablo: *Arma militiæ nostræ non sunt carnalia*. La guerra no la hacen para conquistar alguna provincia del mundo, sino el reyno de los cielos, que está destinado, no á los soberbios y á los ricos, sino á los pobres, á los humildes y pacíficos, segun declaró la magestad de Christo por el evangelista san Mateo ¹.

5 Por eso me causa admiracion que Roque se pudiese á servir en esta milicia, habiendo nacido entre las riquezas, los regalos y las vanidades de un suntuoso palacio, y habiendo nacido heredero de los estados de su padre Don Juan, que le destinaba á que continuara la sucesion de su ilustre casa. Segun esta idea debió de ser su educacion y crianza, como suele la de los hijos de los grandes y príncipes. Todo contemplaciones, todo juegos, todo ociosidad. Apénas por medio de algun criado los instruyen ligeramente en los principios de nuestra fe, todo el cuydado le ponen en enseñarles cumplimientos, cortesías, bayles: lo que llaman obligaciones de su estado. Con la edad crece en ellos la malicia, la libertad y el desahogo; y como nadie los corrige, ni ménos les castiga, es un milagro si no se pierden.

6 Por eso dixé, y vuelvo á decir, que me causa admiracion que Roque se mantubiera inocente en su palacio, á pesar de tantos peligros. Fué muy semejante á aquellos quatro jóvenes de la real sangre de Judá, que no se contaminaron entre las delicias y los regalos del palacio de Nabucodonosor. Y si bien se mira, los excedió; pues apénas tenia doce años, mortificaba su cuerpo tierno con disciplinas y con ayunos, y no queria comer sino legumbres. Y fué así mismo muy semejante al jóven Tobías en la devocion y en la piedad, con que iba á los templos, en la misericordia con que

¹ Matth. c. v.

socorría á los pobres, en la afabilidad con que trataba a todos. No hay virtud que no exercitara en los palacios, en que mas suelen reynar los vicios.

Así, oyentes míos, peleaba y vencía á los enemigos de su alma en sus tiernos años; pero al mismo tiempo conociendo los riesgos á que estaba expuesto, y disgustado de la sumision y respeto con que le trataban sus vasallos, y de la soberanía y magestad de su empleo, resolvió dexarlo todo por ser humilde soldado de Jesu-Christo. Muerto su padre, vendió los bienes libres de su patrimonio, y los distribuyó entre los pobres: el gobierno de sus estados le encargó á su tío, y con el traje de pobre peregrino se fué á visitar las iglesias de Roma.

7 ¿No fuera bueno, te preguntaré, ó Santo mio, que fueran en tu compañía y servicio algunos criados? ¿No fuera bueno que tus parientes los reyes de Francia y de Mallorca te dieran cartas de favor para los príncipes de Italia? ¿No reparas en la aspereza de los Alpes que has de pasar, y en las incomodidades de un largo camino que exceden las fuerzas de tu edad? ¿Bien tendrás ánimo de ir pidiendo limosna de puerta en puerta? ¿Bien sufrirás el escarnio y el desprecio con que te tratarán los ricos? ¿Como? responderia Roque. ¿Mi Dios fué pobre en el mundo, y yo me he de avergonzar de serlo? Debo imitar al Señor: debo ser su discípulo, y para serlo, segun nos dice por san Lucas, es menester renunciar quanto tengo: *Qui non renuntiat omnibus quæ possidet, non potest meus esse discipulus* ¹.

8 No iba nuestro Santo á Roma por la curiosidad de ver sus suntuosos edificios, no por el gusto de gozar las delicias de su amena campaña. Iba en busca de los trabajos, para exercitar su paciencia. Iba á pelear, como esforzado soldado de Jesu-Christo, con el demonio,

N 2

nio,

¹ Lucæ. c. XIV.

nio, que para derribarnos se agarra de las cosas terrenas á que estamos asidos; y así Roque pobre, solo, desconocido, sale de su palacio, pasa los Alpes, llega á Roma, y se hospeda en un hospital. No le veriais ir á los teatros, en donde se representan óperas ó comedias: no á los paseos públicos, en donde se ostenta la vanidad: no á los festines, en que se permiten indecentes desahogos. Frequentaba aquellas venerables basílicas en que se veneran los príncipes de los apóstoles Pedro, y Pablo: entraba en aquellas cuevas, que fuéron los sepulcros de los mártires, y volvía á dormir sobre el duro suelo de un hospital. Vió Roma en Roque un peregrino verdaderamente christiano, cuyo mérito, segun decia san Gerónimo, no consiste en ir á Roma, sino en vivir bien en Roma. Vió Roma en nuestro Santo renovada la memoria de aquellos primeros discípulos de los apóstoles, pobres de espíritu, firmes en la fe, fervorosos en la caridad, sufridos y constantes en los trabajos.

9 No sabré, oyentes míos, ponderaros lo que padeció nuestro Santo en aquella ciudad, y en su peregrinacion. A las inclemencias del tiempo, al rigor de la hambre y de las miserias, perdió toda la gallardía y hermosura de su cuerpo. Su tio y sus vasallos le vieron volver á Francia con los pies desnudos, los cabellos erizados, el color denegrido, y todo tan desfigurado, que no le conociéron: tubieronle por espía, y dispuso el cielo que le metieran en la cárcel. Me confundo, oyentes míos, al contemplarle en un obscuro calabozo, cargado de grillos y cadenas. Nadie solicita su libertad: nadie le visita: nadie le socorre, paraque pudiera decir con Jesu-Christo: *in cárcere, & non visitastis me.* ¿Que espectáculo tan extraordinario y tan triste sería verle salir macilento de su calabozo, verle comparecer como delinquente ante el tribunal de un juez que era su propio vasallo? No hay paciencia en un hombre para tanto tormento. Ya, Santo mio, parece ser razon que

que digas quien eres. En tu boca tienes las llaves de tu prision. Al oír tu nombre, el juez y sus ministros se postrarán á tus pies, y sobre sus hombros te pasarán desde la cárcel al palacio. Ya en veinte y siete años que tienes de edad has exercitado bastantemente tu paciencia, ves á gozar con el descanso el premio que mereces. No: no quiso nuestro Santo tener el premio en esta vida: quiso ganar el reyno de los cielos con su muerte: quiso morir entre los trabajos, para merecer el alivio de los de sus próximos, que habia socorrido vi- viendo; como veréis en mi segunda parte, en que he de manifestaros brevemente su caridad y misericordia.

Segunda parte.

10 **A**quel soldado que defiende el puesto que su general le señala, que pelea y vence al enemigo, que la suerte le pone delante, merece el premio y el aplauso en los exercitos. Exponerse al riesgo de perder la vida en defensa de sus compañeros, se admira como un prodigio del valor. Y hasta Christo Señor nuestro solo manda á sus discípulos ó soldados, que se carguen y lleven la cruz de sus trabajos: *Tollat crucem suam, & sequatur me.* Y con solo esto los anacoretas allá entre las soledades del desierto merecieron una gloria inmortal. Cargarse con la cruz de los trabajos agenos, supo hacerlo nuestro Redentor, y paraque lo practique algun hombre es menester que Dios le comunique una caridad fervorosa, y una misericordia excelente; y mas quando la calamidad excede las fuerzas humanas para socorrerla y remediarla, es menester, que el Señor le comunique parte de su poder y virtud, como lo practicó con nuestro Santo.

11 Padecía el mundo el castigo mas formidable de la ira de Dios, el mal mas atroz, en una palabra, affi-
gia

gia al mundo una cruel peste, cuyo nombre solo horroriza. A las otras enfermedades se encuentra en la naturaleza algun remedio eficaz: para la peste no se halla ni remedio, ni precaucion: con el mismo alimento se pega el contagio, con el ayre que respiramos se bebe la muerte. Ni aun el alivio de la compañía tiene el enfermo: porque todos huyen de él, como de un apestado. Allá á sus solas agoniza, sin la esperanza de que algun hombre le dé remedio. Roque fué ángel baxado del cielo para consuelo del mundo casi desesperado. Tomó en la mano una cruz, y entrándose por las casas y los hospitales con su señal iba dando la salud á los mas desauiciados

12 Pero no penseis, oyentes míos, que nuestro Santo solo tuvo el trabajo de ir curando con la señal de la cruz. Esta gracia la acompañó con los excesos de la mayor misericordia. Al modo que el real profeta David ¹ en tiempo de peste, cubierto de ceniza y de cilicios, postrado en tierra, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, clamaba al cielo: Levantad, ó Dios mio, la mano del castigo de mis vasallos, descargad sobre mí vuestra indignacion, porque yo soy el que he pecado: *Ego qui peccavi*: así tambien san Roque para aplacar la ira de Dios se ofrecia á padecer los males que todos padecian, y esto siendo inocente, y no habiendo cometido las culpas que cometió David, y fueron la causa de aquel castigo. Y á estas súplicas que hacia á Dios, su ánimo compasivo, añadia el piadoso trabajo de limpiar las llagas con sus manos y aun con su propia boca. No tenia aquel asco que tienen ahora tantos, que ni aun mirar quieren las llagas de sus próximos: porque no tienen aquella caridad que á nuestro Santo le hacia mirar como propios los males ajenos. Los enfermos sentian en su cuerpo las llagas, y Roque sufría en su corazon las heridas.

Pu-

¹ II. Reg. c. xxiv.

Pudo tambien curar la peste, porque supo, como dice el Chrisólogo, compadecerse de ella.

13 Y aun no fué la compasion y la lástima bastante desahogo á la misericordia de nuestro Santo: quiso padecer el mal de sus próximos. Quiso para decir con verdad lo que decia san Pablo, ser enfermo apestado con los apestados; y lo logró, para dar un nunca visto exemplo de misericordia. Apénas nuestro Santo se sintió herido de la peste, se salió de la ciudad de Placencia, y se fué á un monte, por no inficionarla mas con su contagio. ¡Que prodigio! Aquel que como valeroso soldado de Jesu-Christo se expuso á los mayores peligros para librar á otros de la muerte, no quiere empeñarlos en su socorro. Aquel que buscaba á los apestados, quando todos huian de ellos, huye ahora de todos, por no apestarlos. Aquel que se fatigó tanto en alivio de los enfermos, se aparta quando enfermo de los alivios humanos; pero con esta accion heróyca de misericordia, merece que hasta los brutos sean misericordiosos con nuestro Santo.

14 En medio de los acerbos dolores de su enfermedad no sentia tanto su desamparo, como el que padecen los míseros apestados. Entre las angustias de aquella cárcel en que le encerráron sus vasallos, no se acordaba de sus males, supuesto que tenia en su mano el remedio, sino del mal de la peste; y así le pedia continuamente á Dios que le continuara despues de su muerte la proteccion que le habia concedido en vida, que le concediera ser en los cielos protector de los apestados, como lo habia sido en la tierra. Oyó Dios sus súplicas, ofreciéndole que hallarian alivio quantos apestados recurrieran á su patrocinio, y luego murió nuestro Santo en manos de la paciencia, y en brazos de la misericordia.

15 No dudo, oyentes míos, que el temor de la peste, os ha hecho elegir á san Roque por abogado, y que le venerais por patrono, para libraros de un mal

tan

tan horrible. Pero os advierto, que vuestra veneracion para ser verdadera, como dice san Agustin, debe ir acompañada de la imitacion de sus virtudes. A los mismos á quienes nuestro Santo ofrece su patrocinio contra la peste, les dice desde el cielo: Si quereis conseguirle, imitadme en la paciencia y en la misericordia. Y lo mismo os digo yo en su nombre, feligreses míos, en este dia en que he venido como párroco vuestro á predicar de un tan gran Santo. Ya que la divina Providencia os ha hecho nacer ó vivir en estas campañas, ménos expuestos que los que se crian entre regalos y vanidades, no malogreis vuestra suerte. No teneis que envidiar las aparentes dichas que gozan los poderosos, porque hay entre ellos muy pocos que quieran imitar á san Roque en la paciencia y en la misericordia. Estas dos virtudes os son muy propias y muy necesarias. No una, sino muchas veces tendréis en vuestra casa trabajos en que exercitar la paciencia. No una, sino muchas veces los veréis en las de vuestros vecinos, para exercitar la misericordia. Sed pues sufridos, sed misericordiosos. Mirad los trabajos como enviados de Dios para ganar el cielo, y nunca serán tan grandes como los que quiso padecer san Roque para conquistar el reyno de los cielos; y así paciencia. A vuestros próximos miradles como á vosotros mismos: socorred sus necesidades quando podais, que Dios os colmará de bienes en esta vida, y os premiará con la gloria vuestra misericordia &c.

SERMON XXXII.

DE SAN BERNARDO ABAD. (*)

Vos qui secuti estis me. . . . sedébitis super sedes duodecim iudicantes duodecim tribus Israel. Math. c. XIX. v. 18.

I El primer ser de todas las cosas fué efecto del infinito poder de Dios: el orden y hermosa disposicion con que se conservan, se atribuye á su inefable providencia. Algunos creyeron que al mundo le produjo el acaso, y que todo lo criado estaba sujeto al absoluto dominio de una ciega fortuna, sin la menor dependencia de la soberanía del Dios verdadero. Otros pensaron que era indecoroso á su Divina Magestad el cuydado de las criaturas corruptibles, las que a su juicio, segun nos refiere Job ¹, debian estar desconocidas de aquel Dios, que se pasea por la cumbre de las estrellas, y por los quicios de los cielos. *Nec nostra considerat, & circa cárdines cæli perambulat.* Unos y otros carecieron de las luces de la fe, que nos enseña ser Dios no ménos pródigo que omnipotente. Desde la eternidad fué Dios omnipotente, esto es tuvo poder para producir todo lo posible; pero no le exercitó hasta el principio del tiempo y del mundo, en que crió los cielos y la tierra: en aquellos produjo á los ángeles, y en esta al hombre; y para su bien crió en lo animado desde la hormiga hasta el elefante, y en lo insensible desde el tomillo hasta el cedro, desde la mas menuda arena del mar hasta el monte mas elevado de la tierra.

Tom. II.

O

Pro-

(*) Predicado en la iglesia de Religiosas Cistercienses del convento de la Zaidia año 1736.

¹ Job, c. XXII. v. 14. & 12.

Produxo entónces Dios por sí mismo, sin concurso de otra causa, todo lo visible é invisible. Y aunque es verdad, señores, que Dios concedió al hombre, y á las otras criaturas la virtud de producir á sus semejantes, paraque en ellos se fueran conservando en el mundo las especies de todas las cosas: con todo se reservó la dignidad de causa primera, con cuyo título concurre inmediatamente á todos los efectos de las causas segundas, y los conserva tan dependientes de su soberano influxo, que si llegara á retirarle, se arruinaría de un golpe todo el universo.

2 De este, como primer principio de nuestra Religion, se vale el señor santo Tomas de Aquino ¹, para establecer en Dios una providencia universal de todo lo criado: porque todas las causas, dice el Angélico doctor, obran por algun fin, al que ordenan y dirigen los efectos que producen; y siendo Dios causa de todas las cosas, es fuerza, que por una suprema infalible razon, á quien llamamos providencia, prescriba á todas ellas el orden que deben guardar. Aquellos sucesos, que para nosotros son casuales y contingentes, no lo son para Dios, que ya desde la eternidad los tiene previstos. Ni se desdeña este gran Señor de atender á las criaturas mas viles y abatidas; ni puede decirse que se descuida del mundo, porque permite en él tantas iniquidades, tantas abominaciones: ántes sí se vale de ellas su divina Providencia, ó para humillar á unos, ó para exercitar á otros, ó para aquellos fines, que no llega á comprehender nuestro entendimiento. ¡Que destrozos, que ruinas no ha padecido la Iglesia, esposa amada del unigénito Hijo de Dios, primer empleo de su cariño y de su cuidado! Ya se vió perseguida de los tiranos, ya combatida de los hereges, ya infamada por las ignominiosas costumbres de los mismos christianos, y en fin se vió reducida á los estrechos términos de una corta porcion de la Europa. Quando en estas angus-

¹ D. Th. 1. p. q. xxii. n. 2.

gustias pudo temerse , que Dios, ó abandonaba la Iglesia católica, ó desesperaba de su remedio; entónces abatiendo el orgullo de los idólatras, confundiendo la ciega pertinacia de los hereges, reformando las costumbres de los christianos, ó dilatando nuestra santa fe á nuevas bárbaras provincias, entónces digo, hizo Dios el mayor alarde de la acertada conducta, desvelo y benignidad de su providencia.

3 Al modo pues que estas mudanzas tan repetidas en la Iglesia militante se han creído siempre soberanos designios de la divina Providencia: así tambien deben reconocerse misteriosas, las que han acontecido en la esclarecida religion del Gran Patriarca san Benito, parte la mas noble de aquel místico cuerpo. Esta religion insigne fué la que detuvo el impetuoso torrente de vicios, que inundaba la christiandad al principio del siglo sexto: ella fué la que restituyó al mundo la virtud y la santidad ya casi desconocida, la que por los aventajados méritos de sus hijos, favorecida del cielo en pocos años, con pasos de gigante subió á la mas alta cumbre de la gloria. Pero ¡ó fatal inconstancia de las cosas del mundo! ¡O incomprehensibles juicios de Dios! exclamaré con el apóstol san Pablo ¹: *Quam incomprehensibilia sunt iudicia eius!* A pocos soplos del tiempo se apagáron las llamas del divino amor en aquella ardiente fragua, en que se encendian y purificaban los mas frios duros corazones. Aquel alcazar guarnecido de todas las virtudes sin resistencia se rindió al infame dominio de los vicios.

4 Despues de la muerte de Benito descaeció á toda priesa en sus monasterios la regular monástica disciplina, se dispensáron, ó por mejor decir, se aboliéron las sagradas leyes de su estatuto, y al siglo XI llegó la relaxacion á tal extremo, que compadecido aquel santo patriarca, segun imagina el piadoso monge Filoteo, pidió en el tribunal de la Divina piedad el remedio mas

¹ Rom. c. xi. v. 33.

executivo. ¿No veis, dixo, ó Dios omnipotente, los estragos que padece mi religion? ¿No veis que mis monjes, desertando de los claustros, se alistán soldados en el siglo? ¿No veis que mezclados en los profanos, licenciosos concursos se hacen cómplices en las disoluciones, que debían reprehender en los seculares? ¿Que se hizo la abstinencia, el recogimiento, la vida exemplar y religiosa, que practiqué y establecí en los desiertos del occidente? Ea, Señor, acudid pronto al reparo, si no quereis, que se desplome la excelsa fábrica de mi órden, y se sepulte entre sus ruinas mi memoria.

*Surge, age, iamque hominum sortem miseratus acerbam,
Eruet de tantis pignora nostra malis.*

Dixo, y mereció de Dios esta favorable respuesta. No temas, ó valeroso caudillo de mis exércitos, alienta, no desmayes: vuelve la vista á la Francia, y verás en las campañas de Borgoña el socorro prevenido á tus huestes derrotadas. ¿No ves en los brazos de Aletha, santísima y nobilísima matrona aquel hermoso niño, cuyas mexillas matizadas de púrpura, y nieve manifiestan la candidez de su ánimo, y los incendios de su corazón? ¿No le ves correr presuroso al templo á cumplir el voto, que hizo su madre, quando me le ofreció en sus aras? Repara, repara bien, ó Benito, y conocerás que este niño ha de ser el Elizeo heredero de tu zelo, que renueve en tus claustros el fervor de tu espíritu, ha de ser el Samuel que, cumpliendo de lleno tus deseos, restituya la observancia á tu estatuto, la veneracion á tu cogulla, y la gloria á tu religion.

5 Este coloquio entre Dios y Benito se fingió la piedad de Filoteo, para introducirse en el elogio del esclarecido abad san Bernardo. Y á mi juicio, pudiera arrojar la pluma: porque nada puede añadirse en su alabanza, despues de haber dicho, que fué restaurador insigne de la religion de Benito, empresa en verdad,

sino

si no imposible, á lo ménos la mas árdua y mas gloriosa. Qualquier poderoso consigue fabricar un suntuoso edificio, pero en llegando á desplomarse una torre por pequeña que sea, ¿quien se atreve, ni puede detenerla? Bien pudieron Nino, Cyro, Alexandro y los Romanos, levantar con el valor y la fortuna aquellas quatro mas célebres monarquías del mundo, representadas en la estatua que vió Nabucodonosor entre sueños; pero ¿quien pudo detener la piedra que baxó del monte á derribarla? ¿Quien pudo restaurar aquellos imperios? Lo mismo fué, segun nos refiere el profeta Daniel, desprenderse del monte la piedra, que dar en los pies de la estatua, y reducirla á polvo, para que se llevara el ayre su magestad, y su memoria: *Redacta quasi in favillam æstivæ aræ quæ rapta sunt á vento*¹.

6 No una sola, señores, sino muchas piedras de escándalo se arrojaron contra la sublime sagrada estatua de la religion de Benito, y faltando ya en sus pies la firmeza, ó en sus monges la observancia, se venía de golpe al suelo, quando arrimando Bernardo el hombro, logró enderezarla y fortalecerla, y aun eternizarla, añadiéndola el arrimó ó la proteccion poderosa de esta soberana reyna. Entre todas las religiones, dixo la santidad de Gregorio X., se distingue y se singulariza el órden Benedictino cirterciense Bernardo en la devocion á María². Todos sus templos están dedicados á María. Todos sus hijos la veneran por madre, á imitacion de Bernardo, que tanto se esmeró en su obsequio. Deben, pues, ó divina Señora, seros agradables los cultos que este Real y religiosísimo monasterio tributa á vuestro amado hijo Bernardo, debeis interesaros en sus glorias, no me niegue vuestra piedad la asistencia, que para referirlas os pido, diciéndoos con el ángel. *AVE MARIA.*

7

¹ Dan. c. ii. v. 34. ² Apud. Bolan, in vita Sancti Roberti, tom. 3. Aprilis, ad diem, 29.

7 De las mismas palabras de la Magestad de Christo se vale la Iglesia, para formar el panegírico de un abad santo, que de un apóstol; Privilegio en verdad inestimable!; Elogio el mas excelente! Porque ¿que mayor gloria puede conseguir un Santo, que igualarse en las alabanzas á los apóstoles, primogénitos de la santidad y de la sabiduría? A unos y á otros confiesa Christo en el evangelio de este dia el mérito de haberle seguido, y les ofrece en premio sentarlos entre los jueces de las doce tribus de Israel: *Qui secuti estis me . . . sedebitis super sedes duodecim, iudicantes duodecim tribus Israel.* Este elogio comun á todos los santos abades, parece convenirle con ventajas al santísimo abad Bernardo. Christo solo promete la judicatura á los que le siguen, despues de su muerte en el dia del juicio: *In regeneratione cum séderit filius hominis in sede maiestatis suæ:* y á Bernardo se la concedió ántes del fin de su vida. Debió adelantarse mucho en seguir á Christo, pues llegó á sentarse en aquella silla de tanto honor ántes del tiempo señalado. Yo así lo entiendo, y confio, señores, persuadíroslo en el discurso de mi oracion, haciéndoos ver en la primera parte el excesivo fervor de su espíritu en seguir á Christo, y en la segunda su grande autoridad en el mundo; paraque le veneréis colocado en la mas alta cumbre de la perfeccion, y juez supremo de todos los hombres.

Primera parte.

8 Despues que la magestad de Christo empezó á esparcir por el mundo las luces de su doctrina, despues que abrió, digámoslo así, las puertas de una nueva sagrada escuela de perfeccion, y despues que por espa-
cio

cio de tres años enseñó á muchos con la voz y con el exemplo: á solos doce confirió el grado de apóstoles ó de maestros de su Religion, ó porque no debía ser mayor su número, ó porque otros no tuvieron la dicha de merecerlo. Subióse este divino Maestro á la gloria; y aunque no perciben ya nuestros oídos sus palabras, con todo no puede decirse que ha enmudecido, y que se ha cerrado su escuela: porque desde los cielos habla al corazón de todos los hombres con las voces expresivas de su gracia; y sus ministros colocados en su cátedra continúan la enseñanza. Cada día claman los predicadores, que la verdadera felicidad del hombre consiste en seguir á Christo, y á todas horas este Señor está llamando á las puertas de nuestro corazón; pero son muy pocos los que le escuchan, y aun ménos los que le siguen: porque el mundo con vanos ruidosos aplausos nos ensordece, y con halagos nos detiene. Al querer salir del Egipto del siglo, para librarnos del Faraon del pecado: al querer entrar por el desierto de la penitencia para llegar á la tierra prometida de la gloria, se doblan, dice Bernardo ¹, las tentaciones y los asaltos de los enemigos de nuestra alma. Se nos representa intolerable el rigor de una vida penitente, insufrible la continua mortificación de los sentidos: la memoria acuerda los pasados placeres: el apetito se finge nuevas delicias: entre la variedad de objetos tan distantes queda el ánimo indeciso: se aprovechan de la suspensión las pasiones rebeldes: poco á poco se entibia el fervor del espíritu, y en fin se malogran los santos propósitos de seguir á Christo.

9 Todos, señores, sois testigos de esta verdad. Todos tendréis en vosotros mismos bastantes experiencias de lo mucho que atrasan, y aun desvian del camino de la virtud las dudas y las dilaciones. Bien previno en los primeros años de su edad la perspicacia de Bernardo estos riesgos; pues apenas con las inspiraciones de la

gra-

¹ S. Bern. lib. de conv. ad Cler.

gracia llamó Dios á las puertas de su alma, las abrió á toda priesa, para entregarle el dominio de su voluntad. No se detuvo á consultarlo con sus sentidos, sino que los cerró desde luego á todos aquellos objetos, que podian ofender á Dios y á su pureza. Siendo su corazon de cera á las impresiones del cielo, era de diamante á los mas crueles golpes del infierno. Temió el demonio la intrepidez y la constancia de este jóven, é hizo los mayores esfuerzos para quebrantarla. No penseis, señores, que se valió el mundo para ganarle de vanas promesas y esperanzas, con que alimenta y burla á tantos inadvertidos: le puso en sus manos quantos deleytes puede desear el apetito, quantas glorias puede apetecer la vanidad. La gallardía de su cuerpo, aunque acompañada de una singular modestia, era á su disgusto el embeleso de quantas le miraban. Era mas hermoso Bernardo de lo que él quisiera, pues aun sin querer, le querian. La hermosura, que con tanta ansia y con artificios solicitan los mundanos, para sacrificarla á la lascivia, fué para Bernardo el mayor tormento. ¿Quantas veces despertó del sueño con susto de ver en su propia cama las No culpeis, que interrumpa la narracion de este suceso, porque temo que peligrara la decencia al referirlo. Imaginad caricias, fingid halagos, pensad quanto puede executar una muger soberbiamente hermosa, locamente enamorada, resuelta á perder el honor y la vergüenza; pero no lo penseis: porque solo el pensamiento puede entorpecer vuestra pureza. Fixad la consideracion en la heroica resistencia de Bernardo. Así como el niño Hércules despedazó la culebra, que le enroscaba en su cuna, así el Jóven Bernardo ahuyentó aquellas sierpes que pretendian ahogar su castidad en la cama. Así como el viejo Xenócrates se creyó insensible entre los brazos de la ramera mas lásciva de Aténas, así Bernardo en ménos años se acreditó mármol firme entre las llamas de la impureza de aquellas que podian competirle en la hermosura.

10 No escarmentó el mundo quando vió rompidos los torpes lazos, en que quiso prender al apetito de Bernardo: le puso otros igualmente fuertes en las sendas de la vanidad y ambicion. Dedicado nuestro Santo al noble exercicio de las letras, hizo tales progresos en ellas su entendimiento sublime, que en poco tiempo logró los primeros créditos de literato. Como su sabiduría estaba sostenida del gran valimiento de sus parientes, era seguro el logro de las primeras dignidades de su patria. Su padre y hermanos, miéntras por su parte merecian las mayores honras en los exércitos, esperaban que Bernardo en las escuelas añadiría nuevo lustre á la nobleza, nuevas riquezas á la opulencia de su casa. Y quedáron sorprendidos al oírle la resolucion de abandonar al mundo, y sus esperanzas. ¿Que es esto Bernardo? dirian. ¿Porque malogras nuestros desiguos? ¿Porque olvidas las glorias é intereses de tu familia? Estos cuidados bien caben en un ánimo christiano. ¿Acaso no pueden en el siglo practicarse las virtudes? ¿Es fuerza salirse á los desiertos? Repara que tu complexion delicada no permite las asperezas de la penitencia. Tal vez será veleidad tu propósito: suspende su execucion, piénsalo bien, no te atropelles.

No, no. No hay que hablar en eso, responderia Bernardo: es vuestra persuasion inútil: son vanos vuestros temores. ¿Que soldado valeroso, decidme, ántes de la batalla considera lo apreciable de la vida que arriesga, ó el furor del enemigo que le acomete? Volveria sin duda cobardemente la espalda, perdiendo con el ánimo la gloria militar que apetece. Sabeis que las mayores hazañas militares han sido siempre hijas del arrojo, y de una fortaleza casi temeraria; ¿y quereis que me detenga yo ahora en consultar con las falsas reglas de la prudencia humana la accion heróica de seguir á Christo? No: porque es mas seguro el dictámen del Evangelio, que me manda aborreceros, ántes que dexar á Christo. Tengo á la vista el exemplar de Pedro,

que á la primera voz del Señor, desde luego, inmediatamente arrojó las redes, único caudal de su patrimonio, por seguirle: *Continuò relictis retibus secuti sunt eum* ¹.

II En esta constante resolucion de Bernardo se dexa ver bastantemente la intrepidez de su ánimo, pero mejor aun se descubre en el modo de executarla. Casi todos lo que llama Dios á una religion austera ocultan su designio á quantos pueden embarazarle: desconfian de sus fuerzas, y hacen de su vocacion un misterio, que solo le fian á Dios y al director de su conciencia: pretenden librarse del mundo sin estrépito, empezando á vencerle con el temor de no ser vencidos. Estos, en verdad felices, ántes puede decirse que huyen, que no que se retiran del mundo. Bernardo sigue otra conducta mas ariesgada; pero mas gloriosa. Publica su vocacion entre sus parientes, informa de ella á todos sus amigos. Y al modo que Alexandro no quiso acometer al formidable ejército de Darío con el favor de la noche, sino que aguardó el día, para que sus mismos enemigos fueran testigos de su valor, y supieran todos que no necesitaba de ardidés y estratagemas para conquistar el orbe: así Bernardo declara la guerra al mundo su enemigo, para que saliendo á la batalla prevenido y auxiliado de la carne y del demonio, sobresalga mas su corage, y sea mas insigne la victoria. Y aun no contento con vencer al mundo, pretende despojarle de lo mas precioso, ó á lo ménos no dexar en él cosa que sea suya.

Elige Dios á Bernardo, y él toma gustoso el empleo de apóstol de su familia y de su patria. Predica desengaños á su padre, hermanos, parientes y amigos, y les exhorta á que sigan en su compañía á Jesu-Christo. A unos los mira ciegos de vanidad, buscando entre las muertes coronas de laurel en las campañas: á otros bien hallados con las riquezas y regalos de sus casas;

y

¹ Math, c. IV. v. 20.

y á todos tan distraídos del pensamiento de imitarle, que se asustan del nombre solo de penitencia. Movido de cariño y de lástima sin duda les dice lo que nos dexó escrito: Que no es ignorancia, es infidelidad posponer la eterna gloria á las perecederas glorias mundanas: *Pro tam exiguis parvipendere gloriam, non tam insipientie quam infidelitatis esse dignoscitur* ¹: Que es vileza de ánimo sujetarse á las crueles ansias de la avaricia, y á los continuos sustos de la sensualidad, y acobardarse de las útiles y apacibles fatigas de la penitencia: *Avaritiam colere aut vanitatem sectari, prorsus degeneris animi indicium est* ².

12 A estas razones y ruegos añade Bernardo eficaces súplicas á Dios, y logra sus santos deseos. Ya sale Bernardo triunfando del mundo con tan nobles trofeos. Ya sale de Egipto este nuevo Moyses, caudillo de un nuevo escogido pueblo de Dios. Ya camina con mas de treinta compañeros al desierto. ¿Y que desierto? ¡ó Dios mio! Me horroriza la imágen de la soledad del Cister, á donde se encamina Bernardo; porque nos la describen mas con señas de infierno que de mundo: *Locum horroris, & vastæ solitudinis*. Horrible por lo escabroso de la montaña, impenetrable por lo intrincado y espeso del bosque. Entre las breñas apenas se descubre un edificio humilde de tablas, que mas parece choza que monasterio. En él se ve un corto número de monges ó anacoretas, que se alimentan de hojas de haya: que arrancan con sus manos las malezas para sembrar cebada: de este y de otros granos silvestres amazan un pan mas desabrido que el de Elías: que afligidos de la sed y hambre, del frio y la desnudez, del trabajo y de las vigílias, viven una vida mas austera que la que describe S. Pablo á los Corintios. Estas señas, señores, puedo daros del desierto, en que entró Ber-

P2

nar-

¹ *Lib. de conver. ad clericos. cap. 8. n. 14.* ² *Ibidem. n. 15.*

nardo á morir al mundo, para vivir y estrecharse con Jesu-Christo. Estos fuéron los principios del órden Cisterciense, en cuya escuela entró Bernardo á aprender disciplina tan severa. Con razon temian aquellos venerables padres, ser los primeros y los últimos de su familia; porque en espacio de quince años á nadie pareció imitable la austeridad de su vida. Todos les veneraban santos, y aun asombro de santidad; pero no se atrevían á tomarlos por maestros. Lloraba san Estéban su abad la esterilidad de su casa, quando llegó Bernardo con aquella lucidísima recluta, cantando lo que Dios por Isaías ¹: *Lauda sterilis quæ..... non pariebas.* Alégrate, ó Cister, da muchas gracias y alabanzas al Señor, que con mi arribo te fecunda, para que seas dichosa madre de innumerables hijos. Ya no caben ellos en tus entrañas: *Pelles tabernaculorum tuorum extende:* construye nuevos tabernáculos á tu Tribu: porque ha de poblar desde luego los desiertos del orbe. *Civitates desertas inhabitavit.*

13 Qualquiera que repare en la repentina mudanza, y admirable propagacion del instituto Cisterciense, tal vez pensará que Bernardo aligeró el peso de su observancia, para hacerla soportable: que quitó alguna aspereza al camino para abrir el paso á los hombres; y no fué así, señores, ántes añadió con su exemplo nuevo peso á aquella carga, nuevo vigor á aquellas rígidas leyes, al mismo tiempo que dió nuevo aliento á los hombres para imitarle. Aquellos Padres pudieron avergonzarse de su tibieza á vista del fervor del espíritu de Bernardo. Ellos tendrían mortificados los sentidos, pero Bernardo los tiene muertos. Ni ve lo que mira, ni oye lo que escucha, ni gusta de lo que come, camina todo un dia por la orilla de un lago, y á la noche pregunta de su sitio: ignora si tiene techo la celda en que habita, toma un vaso de aceyte, y queda persuadido que era agua. La misma naturaleza favorece su absti-

nen-

¹ Isaïæ, c. LV, v. 1.

nencia; pues le cierra la debilidad la garganta, y le priva del sentido del gusto, paraque le sea sin-sabor el mas delicado alimento. Bien puede decirse de Bernardo sin exâgeracion lo que la Magestad de Christo del Bautista: *Neque manducans neque bibens* ¹. Ni come, ni bebe, ni siente, ni vive su cuerpo: solo vive su espíritu íntimamente unido con Jesu-Christo.

14 No puede, señores, pasar de aquí mi discurso. Ya porque no llega mi entendimiento á penetrar el interior del espíritu de Bernardo: era menester dice un venerable discípulo suyo ², para referir los tiernos afectos de su voluntad, la continua alta contemplacion de su entendimiento, la celestial sabiduría, que le comunicó el Señor, las delicias, las dulzuras, los prodigios de su vida espiritual, era menester tener el mismo espíritu de Bernardo. Ya porque me he detenido demasiado en manifestaros los primeros pasos que dió Bernardo siguiendo á Christo; y todavía he de persuadirros en la segunda parte, que este Señor, en premio de su diligencia y constancia le concedió en vida la dignidad de juez supremo del mundo: *Sedebitis super sedes duodecim*.

Segunda parte.

15 **P**ara conseguir la judicatura, que ofrece la Magestad de Christo en nuestro Evangelio, no basta tener la dicha de morir en gracia; porque muchos de los justos comparecerán en el juicio final como reos, á ser juzgados, y á oír la sentencia de gloria eterna. Es propia aquella dignidad de los apóstoles, y de los que
me-

¹ Math. c. xi. v. 18. ² Guillelmus Ab. lib. 1. Vita. D. Ber. c. 4.

merecieron imitarlos. Se debe solamente á aquellos, que tuvieron un zelo apostólico de la honra de Dios, un ánimo desprendido de todos los afectos terrenos, un entendimiento ilustrado con las luces del cielo, una conducta en todo acertada en el gobierno de las almas. Y aun es menester, que separada por la muerte el alma del cuerpo, vuelva por la resurreccion á unirse con él ya glorificado; porque las pasiones de un cuerpo mortal son capaces de torcer la recta distribucion de la justicia. Bernardo estuvo ya en vida libre de incurrir estos yerros. No diré que fué su cuerpo glorioso, pero parece que en alguna manera le conviniéron sus dotes. Atenuado por la penitencia, era en extremo sutil y delicado: su rostro se dexó ver muchas veces claro y resplandeciente: era tan insensible á los mas duros trabajos, que se creia impasible: era ágil para volar al socorro de los ausentes afligidos. Y en fin como sus juicios jamas tuvieron dependencia de su cuerpo, no pudo este embarazar sus aciertos, ni el logro de la universal judicatura sobre las doce tribus: *Sedebitis &c.*

16 Pero no penseis, señores, que fué Bernardo en el mundo juez como lo será en el dia del juicio. Aquel será un tribunal de horror y de espanto, un tribunal ejecutivo, en que no se admitirán defensas, ni apelaciones, un tribunal en que comparecerán los hombres para oír las sentencias definitivas de eterna gloria, ó eterna condenacion. La judicatura de Bernardo fué mas benigna, mas apacible, instituida solamente para el bien y consuelo de los mismos reos: fué como la de Moyses sobre el pueblo de Israel, pero mas venerada, pues nadie se atrevió á quejarse de sus sentencias, quando allá en el desierto no se oyéron sino quejas y murmuraciones del juez y de su gobierno; y mas universal su jurisdiccion, porque se extendió á todo el universo, comprehendido en sentir de san Beda baxo del nombre de las doce tribus del Evangelio: *Per duodecim tribus Israel universitas eorum qui iudicandi sunt ostendi-*

ditur ¹. En lo demas hubo una perfecta semejanza entre Moyses y Bernardo. A entrámbos sacó Dios al desierto de entre la confusion de Egipto ó del siglo: á entrámbos los eligió, para que como caudillos de su propia familia, y de una innumerable multitud de fieles, los condujeran á la tierra de promision, ó á la gloria. Y si Moyses mereció, que el mismo Dios le diera las leyes, con que habia de juzgar al pueblo de Israel: que le hablara con la misma familiaridad que acostumbra un hombre hablar con su amigo: *Sicut solet homo loqui ad amicum suum* ²; y que le glorificara tanto entre las gentes, para que fuera temido y venerado de todos: tambien Bernardo logró estos favores del cielo. ¿Quantas veces en los bosques del Cister le comunicó Dios las mayores luces? Por eso llama á las encinas y á las hayas maestros y directores de su espíritu. ¿Quan continuo era su trato y comercio con el Señor? Reparaban sus súbditos gravarle con los mas precisos cuidados del monasterio, por no interrumpirle las celestiales delicias que gozaba en el paraíso de su celda. ¿Quantas veces le viéron baxar del monte Cisterciense, bañado de resplandores, despidiendo rayos de su rostro, y arrojando por su boca raudales de la mas profunda teología? No encubrió Bernardo su rostro con un velo, como Moyses, y huian los monges de su vista deslumbrados. Hablaba el mismo language que los ángeles, y no podian entenderle los hombres.

17 Admirados los Padres Cistercienses de tales prodigios, y juzgando que era notorio agravio, que pareciera reo y súbdito quien debia ser superior y juez de ellos mismos, le eligieron á los veinte y quatro años de su edad, y á los dos de religioso, fundador y Abad del monasterio de Claraval, una de las quatro primogénitas hijas del Cister, y sin competencia la mas ilustre.
Era

¹ S. Beda, Hom. in natali S. Benedicti. ² Exodi. c. xxxiii. v. 11.

Era aquel valle por su aspereza una cueva de ladrones; y Bernardo le transformó en tabernáculo de alianza, ó en tribunal de justicia. Aquí estrenó su judicatura. Los primeros reos en que exerció su jurisdiccion, fuéron sus parientes y amigos, que saliéron en su compañía del Cister, para ser súbditos suyos en Clara-val. Como solo estaba hecho á tratar con Dios, no tenia noticia de la humana fragilidad, y queria juzgar y regir á los hombres por el conocimiento experimental que tenia de sí mismo. Por eso al oírles confesar algunas casi inevitables ilusiones de su imaginacion, algunas involuntarias distracciones de su espíritu, se exâsperaba, pronunciando la terrible sentencia, de que los religiosos no cometen tales faltas, ó dexan de serlo al cometerlas. Creia que eran los monges ángeles, que con qualquier leve culpa se hacian apóstatas, sujetándose al rigor de su juicio, como lo estarán al de Pablo los demonios al fin del mundo: *Quoniam & ángelos iudicabimus*. Esta severa conducta de Bernardo, al mismo paso que manifiesta la angelical pureza de su espíritu, parece que podia ser á sus monges materia de desesperacion y de ruina, y no fué para mayor maravilla, sino motivo de edificacion y de provecho; porque ¹ á imitacion de Job, oian sus palabras con aquella veneracion con que deben escucharse las de un Santo. Reconocian que no podian ménos que parecer impuros y pecadores en presencia de aquella alma divinamente immaculada. Por eso se confundian y se humillaban, y por no incurrir de nuevo su enojo, buscaban como mortificar del todo sus sentidos. Llegáron á pensar que era imperfeccion el gusto, que encontraban en la penitencia. Elegian los manjares mas desabridos; pero los deseos de padecer se los volvian sabrosos. Les era ya desagradable la mortificacion, por lo mismo que se agradaban y complacian en ella. Gustaban solo del disgusto, y se disgustaban de aquel gusto que hallaban en el dis-

¹ Iob. c. vi. v. 10.

gusto. ¡O intrincado laberinto de santos saludables pensamientos! ¡O tribunal admirable de Bernardo, que vuelves á los reos ingeniosos fiscales de sí propios! Yo no sé como Bernardo pudo reprehender, y castigar con tanto rigor los delitos, sin irritar á los delinquentes. ¡Que tiernos serian los afectos de su voluntad, que suavizaban la severidad de sus juicios! ¡Que soberana seria la prudencia, que moderaba los impulsos de un zelo tan ardiente!

19 Y paraque no se creyera ser Bernardo fiero é inhumano, el mismo Dios en trage de hermoso niño, le aprobó estos primeros ensayos de su judicatura: el mismo Dios induxo á los hombres á que se sujetaran á su juicio. Veriais que los pecadores, inspirados del cielo, baxaban de aquellos montes al valle de Claraval á confesar sus delitos. Veriais á los mas soberbios del mundo, postrados á los pies de un humilde monge. Los veriais reos convencidos en el tribunal de Bernardo. Jamas dió sentencia que no fuera muy conforme á los méritos de la causa. Nadie hubo que se quejara ó se atreviera á suplicar á otro juez, ántes los mismos reos se ofrecian á ser voluntarios verdugos ó executores de sus penas. Resonaban aquellos montes al golpe de los azotes, y á los continuos ayes y suspiros de los penitentes. Se apacentaban en aquel valle mansos corderos, los que fuéron lobos fieros en el siglo: se anidaban en aquellas cuebas cándidas palomas, los mas astutos crueles sacres del mundo. Horribles fuéron los encantos de Circe, que transformaban los hombres en fieras: agradables los prodigios de Bernardo, que convertia en hombres á las fieras, ó para decirlo en frase de la Escritura, á las duras piedras transformaba en hijos de Abrahan.

20 Fué, señores, absoluta la jurisdiccion de Bernardo sobre las conciencias de los hombres, y aun sobre las haciendas y las vidas de todos ellos. Se erigió en Claraval una como universal audiencia de todo el

mundo. ¿Que litigio hubo empeñado, que no se terminara con su sentencia? ¿Que discordias entre poderosos que no se ajustaran con su mediacion? ¿Que guerras que no se acabaran á su arbitrio? ¿Quantas veces puesto entre dos exércitos enemigos, al imperio de su voz tocáron á recoger las caxas y las trompetas, despues de haber dado la señal de la batalla? ¿Quantas veces reconcilió á los príncipes christianos, para empeñarlos en la conquista de la tierra santa? La paz y la guerra estubiéron pendientes de la boca de Bernardo. Ni en lo profano, ni en lo sagrado hubo discordia, que no se remitiera la decision á su juicio. Si Pedro Abaylaro, venerado por el mas sabio de su siglo, muy persuadido de que nada ignoraba, soberbio con loca vanidad, de que jamas habia pronunciado la vergonzosa palabra: *No sé*: si este hombre, digo, engañado de sutiles falaces discursos se atreve á introducir novedades en la católica doctrina, se le opone Bernardo, y le cita al concilio de Sens. Allí le turba, le confunde, le obliga á confesar su ignorancia, le convence, y le condena. Si los Gilbertos de Potiers, los Arnaldos de Bresa, los Enriques de Tolosa, siembran heregias: Bernardo las descubre, Bernardo las extingue. A Bernardo debió la fe su pureza, no ménos que la union y la paz la Iglesia.

21 Gemia en aquel tiempo dividido y desolado el reyno de Dios en la tierra por el fatal pernicioso cisma del antipapa Pedro Leon. Fugitivo el verdadero pontífice de Roma, veneraba aquella capital del christianismo en la silla de Pedro al Anti-Christo. Se hallaba su injusta causa sostenida de las riquezas, del poder y de las armas de muchos príncipes belicosos, defendida tambien de algunos sabios ambiciosos ó lisongeros. Con las disputas y con el tiempo se iba obscureciendo la verdad, se turbaban ya las conciencias, y no se encontró remedio mas eficaz ni mas ejecutivo, que recurrir al tribunal de Bernardo. Llamado pues al concilio de

Es-

Estampes, todos sus padres defirieron á su dictámen. El solo fué todo el cónclave, todo el concilio, él solo representó toda la Iglesia universal. El colocando en las sienas de Inocencio la tiara, dió la sentencia definitiva á favor de la justicia; y se ofreció á ponerla en execucion. ¿Que angustias, que fatigas no padeció Bernardo, corriendo de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, exhortando, persuadiendo, amenazando á los cismáticos, hasta dexar reconocido de todo el mundo, y sentado en el trono de Pedro á su verdadero sucesor?

22 Aquí vuelve á descubrirse segunda vez la semejanza entre Moyses y Bernardo. Aquel sin ser pontífice ungió á Aaron su hermano en sumo pontífice de Israel; señaló el número y distribuyó entre los Levitas todos los sagrados empleos, sin reservarse alguno para sí. En la clase de persona privada entre los Israelitas, fué venerado por orden del cielo, juez y supremo caudillo de aquel pueblo. Así tambien Bernardo repartió tiaras, señaló prelados á las mas insignes iglesias de la Christianidad, sin que le pudieran reducir á que admitiera alguno de tantos obispados y arzobispados, como le ofrecieron. Se distinguió entre los hombres, no por la dignidad, sino por el mérito. El mando y el poder, que logró en el mundo, no fué consecuencia de algun empleo, sino atributo de su persona. Sin mas insignia, que un tosco hábito de lana, gozó todas las preeminencias, que se adjudican á la regia ó sagrada púrpura. Uno fué Bernardo en realidad, pero pareció muchas veces el mismo ser distinto de sí propio. Si le mirais su pobre vestido, su semblante macilento, su cuerpo enfermizo, casi siempre moribundo, diriais que era un desconocido, humilde, penitente monge. Si vierais la intrepidez de su corazon, la grandeza de su ánimo, y la despotiquez con que gobernaba todo el universo, diriais, que era mas que rey, mas que emperador, mas que Pontífice. Si atendierais al baxo concepto que él

formaba de sí, no creyerais que era aquel, que manifestaba el juicio y la universal aclamacion. Se tenia por siervo inútil del señor, quando todos le veneraban Padre de familias del christianismo. Alumbraba como sol todo el orbe, y decia ser antorcha, que sin lucir, humeaba en una cueba ¹: *Latens in caverna. . . non lucens, sed fumigans*. Al tiempo que su humildad profundísima le persuadia ser el mas indigno de los hombres, y le arrojaba á los pies de todos ellos, veriais que en defensa de la honra de Dios se elevaba sobre sí mismo, y como que se desconocia, pisando los áspides y los basiliscos, y postrando los mas soberbios cedros del Líbano.

23 No acertarian los hombres á componer acciones entre sí tan distantes: las unas harian increíbles á las otras. El crédito de su autoridad representaria á su monasterio un palacio correspondiente á la magestad de su dueño, magnífico en su fábrica, espacioso en sus claustros, hermoso en sus celdas, abastecido de los mayores regalos: su templo se creeria el mas suntuoso, el mas adornado, el mas rico. Esta imágen, que segun los informes de la fama formaria la vana imaginacion de los hombres, la desmentiria la vista: porque encontrarian un monasterio humilde, pobre y desacomodado, su templo sin mas adorno que la limpieza, las cruces de palo, los candeleros de hierro, los ornamentos de lana, y todo muy conforme á aquella piadosa severidad con que juzgaba y escribia el Santo ², que los christianos debian emplear el oro, la plata, las riquezas en cubrir la desnudez de los pobres, no las paredes de las iglesias.

No hubo menester Bernardo sentarse en un trono de marfil, como Salomon, no el fausto y la pompa de este monarca, para ser respetable á toda la tierra, y pa-

¹ S. Bernard. *De moribus Episcop.* c. 1. ² *In apologia.*
c. 12.

paraque no una sola reyna Sabá, sino muchas reynas, reyes y príncipes fuesen á ver, y consultar aquel infalible oráculo, escondido en el desierto. Y algunos le dixéron lo que aquella Etiopisa: *Beati servi tui qui stant coram te semper*. Felices, ó Bernardo, tus monges, que merecen vivir en tu compañía: envidiosos de su dicha desde ahora te prestamos la obediencia, para servir á Dios baxo tus órdenes. El mismo vicario de Christo fué á visitarle en su monasterio, ó para confesarse hechura suya, ó para manifestarle su veneracion y su cariño; sin que en su recibimiento se viera otro aparato, que un santo regocijo, una modestia religiosa, una pobreza reverente: sin que con el estrépito de aquella lucida numerosa corte se perturbaran las horas del silencio y de la oracion: sin que el hospedage se llevara mas costa que el de unas legumbres con que regaláron á sus huéspedes. ¡O monstruo de la gracia! ¡O imposible agregado de los extremos de la humildad, y de la elevacion! ¡O excesos de la Divina liberalidad, que concedió á Bernardo lo sumo del poder y de la gloria, sin los riesgos de la vanidad!

24 Fué, señores, sin exemplar la autoridad de nuestro Santo en la tierra: la tuvo con facultad de sustituirla. Porque ¿ que otra cosa fuéron los monges Cistercienses en su tiempo, que ministros subalternos suyos, jueces reformadores del mundo? ¿ Que otra cosa fuéron sus monasterios, sino otros tantos tribunales de piedad y de justicia, que erigió Bernardo para la mas exácta observancia de las divinas leyes? Sin advertirlo empezaba á mezclar las glorias del Cister con las de Bernardo; y en verdad pudiera continuarlo sin desviarme de mi asunto, y sin ofender á su primer abad y fundador san Roberto. Porque este glorioso Santo le admite por compañero en la dignidad de patriarca del orden Cisterciense. Sus hijos al venerable nombre Cisterciense añaden el glorioso renombre de *Bernardos*. A

Ber-

¹ III. Reg. c. x. v. 1.

Bernardo debió esta frondosa rama del árbol benedictino extenderse de mar á mar, en mas de 1800 monasterios de religiosos, y 1400 de religiosas, y que cada uno fuera un seminario de santidad y de sabiduría. Pero no, no permite el tiempo explayarme en el inmenso hermoso campo Cisterciense: fuerza es ya, y basta recoger la vista al monasterio de Claraval, para ver salir de sus claustros innumerables monges á ser lumbreras resplandecientes de la Iglesia. Quince obispos y arzobispos, quatro cardenales, y un pontífice sumo en vida de Bernardo, y á un mismo tiempo daban leyes á toda la christiandad. Y despues de su muerte han sido siempre aquel monasterio, y sus ochocientos hijos minerales fecundos, que á los benévolos rayos de Bernardo han producido varones esclarecidos, que como piedras preciosas formaran su mas insigne corona, si de las hojas de sus libros no pudiera texerse otra igualmente lucida. *Spiritu laureatus*, diré con san Ambrosio, *scriptis coronetur suis*. Coronense, pues, sus sienes con duplicadas coronas. Sean sus hijos con la imitacion de sus virtudes el gozo de su amado padre, y el retrato mas perfecto de tan gran héroe. Sean sus escritos el mas auténtico testimonio de su mérito, y el maestro y director seguro de nuestras almas.

25 En ellos, señores, se ven los pasos que dió Bernardo, siguiendo á Jesu-Christo; y se admiran los aciertos de su juicio. No siguió á Christo por las torcidas sendas del mundo: no juzgó á los hombres con leyes del siglo. Fué para todos un juez recto y justo sin impiedad; solo fué para consigo demasíadamente severo. Se conoce que en su tribunal no hubo acepcion de personas: con la misma entereza y acrimonia reprehende en sus cartas á los reyes que á los vasallos, á los ricos que á los pobres, y les da á entender, que es uno solo el Evangelio de los christianos, uno el camino de los cielos. ¡ O quan engañados viven aquellos, que se valen de los privilegios de la nobleza, de la dignidad, ó

del

del sexò, para ser atendidos en el tribunal de la conciencia! Que buscan en los jueces ó confesores, una infiel contemplacion, una engañosa benignidad! Por eso se repiten sin enmienda las confesiones, se confiesan hoy, para pecar mañana, se hacen increíbles los arrepentimientos, é inevitables los sacrilegios. Es incompatible el verdadero dolor de los pecados con la continua voluntaria costumbre de pecar. Quedarán sin duda condenados en el tribunal de Dios, por mas que en el de sus ministros se oyan ó se imaginen absueltos. Bernardo será el que pronunciará la terrible sentencia: será entónces inútil su patrocinio: ahora si que puede aprovecharnos, si seguimos sus consejos. Si aborrecemos el pecado, si huimos las ocasiones, si por el camino de la penitencia buscamos con un corazon humilde á Jesu-Christo, merecerémos oír de la boca de san Bernardo la sentencia de la eterna felicidad, que os deseo.

S E R M O N XXXIII.

D E S A N A G U S T I N . (*)

Qui fecerit & docuerit magnus vocabitur in regno Cælorum. Math. c. IX.

1 La vanidad y la ignorancia &c. como los números 1 y 2 del sermón XXXI.

3 No venereis, señores, en el Gran Padre y Doctor de la Iglesia san Agustin, que en este dia se propone

(*) Predicado en la Iglesia del convento de san Christóval en el dia del Santo, año de 1743.